

MÁS REVUELTAS

Cinco aproximaciones a la vida de Pepe

Humberto Musacchio

Fabrizio Mejía Madrid

Saúl Escobar Toledo

Francisco González Gómez

Armando Bartra

© Humberto Musacchio, Fabrizio Mejía Madrid, Saúl Escobar Toledo,
Francisco González Gómez y Armando Bartra.

Marzo 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Caricatura en portada cortesía de José HERNÁNDEZ.

@BRIGADACULTURAL

NOTA

A solicitud de la Brigada Para Leer en Libertad cinco compañeros respondieron a la petición: “Cuéntanos a Pepe Revueltas”. Los cinco textos resultantes tardaron en reunirse meses y han sido ordenados tal como llegaron a nuestras manos, ante la imposibilidad de darles un orden cronológico, puesto que cruzan diversos momentos de la vida del escritor y militante. Sobra decir que los autores cedieron sus derechos autorales para que esta edición pudiera ser gratuita.

EL COMPAÑERO PEPE

Humberto Musacchio

En 1967 la casa de Ana Rosa González y Manuel Blanco era sede de una improvisada comuna. Hasta ahí llegaban los amigos sin techo y la generosidad de los anfitriones permitía dormir en un cuarto de madera que estaba atrás y si éste ya estaba ocupado se podía disponer del sofá de la sala o, si no había más, tenderse en el suelo sobre un tapete.

El periódico que seguíamos era *El Día*, entonces el mejor por mucho, y no nos perdíamos un número de *Política*, la revista que dirigía Manuel Marcué Pardiñas. La biblioteca tenía una buena colección de literatura mexicana y, por supuesto, abundaban las obras de marxismo en ediciones soviéticas. Éramos una tropa de desempleados con tiempo abundante para la lectura y las discusiones interminables en torno a la revolución cubana, el frustrado asalto al cuartel de Madera y la oleada guerrillera de Sudamérica.

Temas obligados eran el reformismo del PPS —pese a que era el partido de los anfitriones—, las posibilidades de

éxito para un grupo guerrillero y, por supuesto, la inexistencia en México de una vanguardia revolucionaria, de un partido comunista digno de ese nombre, pues no teníamos mucho aprecio por el que había, con su cauda de purgas, expulsiones y anatemas, y su identificación con los soviéticos.

Éramos, pues, un pequeño círculo de inconformes asqueados de tanta injusticia. Habíamos apostado por un mundo de iguales y buscábamos caminos para dar cuerpo y destino a nuestros sueños. Simpatizábamos con el espartaquismo, corriente entonces en boga, que se proponía fundar un partido comunista que verdaderamente fuera la vanguardia del proletariado, capaz de navegar al frente de las fuerzas populares para llevarlas a las playas de la revolución y el socialismo.

Unos más otros menos, habíamos leído cosas de José Revueltas. Yo conocía *Los muros de agua*, *El luto humano* y *Los motivos de Caín*, tres obras que se despliegan en una atmósfera sofocante, en un mundo sin salidas, muy representativas de lo que Evodio Escalante llamó “una literatura del lado moridor”.

En casa de Manuel me topé con *Los días terrenales*, un libro que desde las primeras líneas significó un deslumbramiento que me regresó a mi infancia archicatólica y culposa: “En el principio había sido el Caos, más de pronto aquel lacerante sortilegio se disipó y la vida se hizo. La atroz vida humana”. Y el libro todo desplegaba las desgracias del mundo, las llagas de la existencia, la infelicidad como algo inherente a nuestra condición terrenal.

La abnegación, el heroísmo y todo aquello que se incluía en las convicciones del militante tampoco eran la res-

puesta. Lo que decían los libros soviéticos sobre la dicha del que combate por la felicidad humana era falso. Revueltas, muy en línea con el existencialismo, confirmaba que éste era un valle de lágrimas y que hasta Dios había conocido esas amarguras cuando se le ocurrió mandar a su hijo a transitar por estos andurriales.

Ese pesimismo brutal de su literatura le había costado a Revueltas la condena de la izquierda y una farragosa y severa crítica de Enrique Ramírez y Ramírez, cuando Ignacio Retes, en 1950, puso en escena *El cuadrante de la soledad*, pieza de escándalo que no se salvó ni siquiera por contar con escenografía de Diego Rivera, pues se advirtió en aquella obra un reprochable filo existencialista. Eso nos lo habían contado a algunos jóvenes de los años sesenta y el episodio agrandaba la figura de nuestro gran heterodoxo.

Si *Los días terrenales* nos obligó a situarnos en este valle de lágrimas, otro libro de Revueltas nos renovó la esperanza. Ése fue *Los errores*, novela dura, dolorosa, en la que pese a todo muchos advertimos una lucecita al final del túnel, una cierta confianza en la idea de que, con todas sus debilidades, los seres humanos podemos remontar nuestras limitaciones y sublimarnos en el servicio a los demás, en la militancia revolucionaria, y si no era así, quedaba la convicción de que por lo menos esa búsqueda valía la pena, valía todas las penas.

De la obra directamente política de Revueltas comentábamos *México: una democracia bárbara*, formidable alegato contra el priismo omnipresente y las deformaciones y simulaciones de nuestra vida pública. Ese libro contenía agudísimos apuntes y descubrimientos sobre la mísera reali-

dad política en que vivíamos, percepciones que apenas empezaban a filtrarse hacia la sociedad. Su autor había puesto en papel sus intuiciones y abría caminos moviéndose en la oscuridad de aquellos tiempos en que la ideología dominante, dictada por algún Huichilobos hegeliano, aseguraba que la revolución mexicana era un proceso permanente y en continuo perfeccionamiento y que los crímenes del Estado mexicano, la antidemocracia y la desigualdad no eran más que desviaciones o problemas que tendrían adecuada respuesta con la infinita sabiduría de los gobernantes.

Pero en los años sesenta, otra obra de Revueltas había removido los dogmas de la izquierda y abierto vías a la heterodoxia: el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Era un libro multicitado pero poco leído, pues la edición de 1962 fue de escaso tiraje y mínima circulación. Sin embargo, una noche alguien se apareció en casa de Manuel con un ejemplar de aquel libro que algo tenía de mítico y de mágico. De inmediato nos arrebatamos aquel volumen y más que leerlo nos lo devoramos, lo discutimos una y otra vez, lo citábamos para apoyar nuestras afirmaciones y lo convertimos en una especie de *Biblia* disidente.

En aquel tiempo, gran parte del debate de la izquierda giraba en torno a la inexistencia histórica del partido de vanguardia, el que debía ser la cabeza del proletariado para llevarlo a la revolución. Precisamente, para crear la mítica testa surgió el espartaquismo, nombre que tenía presente la gesta de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, quienes abandonaron y combatieron a la socialdemocracia alemana cuando ésta adoptó una posición chovinista y estuvo de acuerdo en mandar a los obreros germanos a la guerra contra sus hermanos de otros países.

En México el espartaquismo —o los espartaquismos, pues fueron varias las agrupaciones de esta corriente y cada una con diferencias y enconos respecto de las otras— se enredó en una intensa polémica contra el Partido Comunista y el Partido Popular de Vicente Lombardo Toledano, a los que tildaba de prosoviéticos y “revisionistas”, calificativo que habían puesto en boga los comunistas chinos en su disputa con Moscú.

Sin embargo, para entonces el campo de las heterodoxias se había multiplicado. El maoísmo contaba con pequeñas organizaciones, sobrevivían varios grupúsculos trotskistas y el guevarismo había cobrado un gran auge al calor de la revolución cubana, que llevó la teoría del foco revolucionario a su apogeo. Abundaban los círculos de estudios marxistas y en la Escuela Nacional de Economía de la UNAM se instituyeron como materias obligatorias Marxismo I y II.

Para mayor abundamiento, en el PPS y en el PCM se desenvolvía una intensa lucha interna entre los estalinistas de cepa y los que, sin romper con la URSS, se planteaban la búsqueda de un camino propio, al modo de los partidos eurocomunistas.

En 1968 vivimos con ansiedad el Mayo Rojo Francés, aquel maravilloso despliegue de imaginación estudiantil junto a la huelga de diez millones de obreros. El París de la revolución de mayo era la confirmación esperada, el cumplimiento de la profecía marxista: la revolución sí era posible en el capitalismo desarrollado, y eso humanizaría las versiones hasta entonces conocidas de socialismo, nacidas todas de la miseria.

Pero mientras el mundo contemplaba aquel momento de esperanza, en México la izquierda continuaba rumiando sus dogmas, con cada secta encerrada en su capilla. En el interminable debate, más que argumentos en favor de una u otra posición, lo que abundaba eran las acusaciones y descalificaciones. Circulaban toda clase de volantes, periodiquitos y folletos que buscaban participar en la discusión, pero que generalmente se quedaban en el estrechísimo círculo de los editores. Como los insultos menudearan, hubo momentos en que se llegó incluso a la violencia, como ocurrió en 1966 durante un debate celebrado en el auditorio Justo Sierra, rebautizado Che Guevara en la huelga de ese año. En aquella ocasión hubo intercambio de puñetazos y patadas, en vez de argumentos se esgrimieron garrotes y volaron sillas y otros objetos en la más lamentable demostración de impotencia de una izquierda atomizada, perdida en discusiones bizantinas y lejos, muy lejos de la clase obrera a la que quería y hasta decía representar.

Pero llegó el movimiento de 1968 y barrió con esos debates y pleitos. Las querellas teóricas o seudoteóricas perdieron importancia ante la magnificencia de aquellas manifestaciones multitudinarias, ante la potente energía social que ocupaba las calles y en que la izquierda pudo por fin dirigir enormes contingentes, estar a la cabeza de verdaderas masas movilizadas.

En esos días fascinantes, Revueltas *despachaba* en la Ciudad Universitaria, en el café de la Facultad de Filosofía, e íbamos allí con la esperanza de encontrarlo. No era difícil. Generalmente estaba rodeado de un grupo de muchachos con los que platicaba y a veces discutía como uno de ellos. Cualquiera podía acercarse y participar en la charla o el debate.

Cuando lo conocí, lo primero que me sorprendió fue la corta estatura física de aquel hombre que era mi gigante. Pero ahí estaba la leyenda de la izquierda, el chamaco de 14 años que estuvo preso en las Islas Marías, el huésped frecuente de las cárceles, el miembro de una familia en la que brillaban sus hermanos: el pintor Fermín, el músico Silvestre, Rosaura la actriz de Brecht y el propio José, agudísimo ensayista político y narrador de enorme poder literario. Pepe, como le decían algunos compañeros, era el periodista de *El Popular* y *El Día*, el argumentista de películas como *El rebozo de Soledad* y *La ilusión viaja en tranvía*, el cuentista excepcional de *Dormir en tierra* o el para mí más entrañable *Dios en la tierra*; el joven insurrecto a quien los años, más allá de las canas, no habían restado vigor ni rebeldía. Y ahí estaba él, tolerante ante las pendejadas que los jóvenes soltábamos como grandes verdades, con una sonrisa comprensiva y proyectando detrás de los anteojos un fulgor que se acentuaba con la palabra, su herramienta fundamental en la política y en las letras.

Regresé varias veces al café de Filosofía para escucharlo, para analizar sus dichos, sus movimientos, su mirada; para disentir y coincidir. Y siempre lo hallé dispuesto al diálogo de iguales, a la aclaración oportuna pero sin paternalismo. Junto a él nos sentíamos parte de la historia. Era el soldado que regresaba de todas las batallas en busca de un combate más. El hombre se veía pleno. Era un orgullo estar a su lado, tenerlo con nosotros.

Revueltas estaba otra vez en la revuelta.

LAS 4 RESURRECCIONES DE JOSÉ REVUELTAS

Fabrizio Mejía Madrid

LAS ISLAS MARÍAS

El 7 de noviembre de 1929, de la imprenta Vargas Rea en Santo Domingo sale un contingente de comunistas. La existencia de su Partido está prohibida y, a pesar de que sus miembros son clandestinos, van repartiendo una hoja de propaganda *Barbechando* que escribe Juan de la Cabada. El joven José, de catorce años, ayuda en la confección de otra hoja volante, *El Mauser*, hecha para los cuarteles. Cuando el contingente llega al Zócalo, un trabajador ferrocarrilero del que sólo sabemos el apellido —Guzmán— toma una bandera rojinegra y la iza en el asta bandera. De inmediato, los soldados de Palacio Nacional corren a detener a los manifestantes, acusados de “motín y sustitución del lábaro patrio”. Revueltas cae en la cárcel por primera vez: en la correccional cumplirá los 15 años de edad.

En 1932, Revueltas será trasladado al penal costero de Islas Marías por organizar una huelga entre los trabajadores

de la cigarrera del Buen Tono. Llega a un archipiélago de cárceles donde La Madre Conchita Acevedo de la liata, la que conspiró para que José de León Toral asesinara al presidente reelecto, Álvaro Obregón, convive con el director del penal, Francisco J. Mújica. Una católica radical y un cardenista radical; una fanática cristera y el autor del artículo 123 constitucional, sobre los derechos de los trabajadores: las dos caras del México de los treintas. Por su afición a la lectura y al ajedrez, José Revueltas es nombrado encargado de la biblioteca y ahí empezará su voracidad por los libros dominada por tres intereses: la novela rusa, las religiones y la filosofía. Esa tríada hegeliana dominará su producción literaria. Su pensamiento oscilará entre la inexistencia de Dios y el dolor de lo humano. En prisión concibe una novela sobre el encierro, *El quebranto*.

Tras ocho meses un barco lo abandona en el puerto de Mazatlán “como un montón de basura”. Es un Revueltas descalzo, pestilente, con la camisa agujerada y fiebre palúdica. Lleva un atado de lo que es un tesoro en la cárcel: ropa, una taza, un plato, ocho pesos y “un salvoconducto para el reo 1374”. Bajo el brazo, su primera novela. Al llegar a una tienda de abarrotes donde los dueños creen que es un asaltante, Revueltas se desmaya. Despierta en un sótano en el que la silueta de una mujer recortada por un halo de luz, le seca el sudor y le da de beber sopa de pescado.

“La recuerdo en fragmentos, en pedazos de ella, en voces tuyas desamparadas hasta el extremo más infeliz. Echada sobre mi hombro gemía en una protesta sorda y rabiosa contra mí, igual que si con toda su alma anhelara mi muerte.”

Esta mujer, cuyo nombre Revueltas nunca supo o no recuerda, será el origen de todos sus personajes femeninos: fuertes, compasivas, y desdichadas. El tema de esta especie de ángel femenino brotará en las novelas y también en las confesiones autobiográficas. Unas veces es una prostituta de la calle de Santa Veracruz, en el centro de la Ciudad de México, que se llama Luz y que “el Partido me prohibió seguir viendo”. Otras, una mujer salvaje, de cantinas, que le llevará serenatas en cada una de las tres lunas de miel de sus matrimonios. “En todo caso”, dirá en una entrevista de 1970, “yo veo a las mujeres, a las prostitutas, a las borrachas, a las ladronas, sólo en calidad de espías de la divinidad”.

De Mazatlán a la casa familiar en la Ciudad de México, en Delicias y San Juan de Letrán, Revueltas se gasta los últimos pesos en una cantina en Guadalajara. Cita siempre la máxima de Rubén Darío: “Bebo poco pero con severidad”. Al subir al tren, desorientado y trastabillante, el atado de su primera novela rompe la cuerda y se desbalaga por las vías. Nublado, desconcertado, se lanza a recoger sólo unas cuantas hojas: “*El quebranto* se había convertido, por obra del azar, en un cuento”.

Será sólo nueve años más tarde, en 1941, que su primera novela, *Los muros de agua*, vea la luz. Una novela, no simplemente sobre el encierro, sino de lo que éste tiene de metáfora emocional y política de la vida: “Donde la libertad se configura más cabalmente es en la cárcel porque reduce al individuo a su pura dimensión imaginaria”.

Para la publicación de su segunda novela, *El luto humano* (1943), Revueltas se ha convertido en un escritor de la posrevolución: el que no muestra ya a los generales y a

las tropas —el cine mexicano ya lo había explotado hasta el cansancio—, sino que busca el abismo en el México de la reconstrucción. Como todo autodidacta —del Colegio Alemán de la ciudad de México pasa a una escuela oficial en la que sólo cursa el primero de secundaria— desarrolla una teoría literaria propia: el realismo dialéctico. En *El luto humano*, sobre un desastroso plan de riego del gobierno de Abelardo L. Rodríguez que termina en un diluvio bíblico, y a cuyas víctimas Revueltas conoce en las Islas Marías, hay ya una formulación: “Las circunstancias son el material del historiador. Las situaciones son del novelista. La historia es terca y el novelista es insistente”. La inundación, la pequeñez humana ante el desastre natural que es, también moral, se convierten en las circunstancias de *El luto humano*, pero el realismo dialéctico de Revueltas toma a la situación como algo más orgánico y filosófico: “Se trata de hacer brotar las pasiones desde la estructura misma del lenguaje hacia la superficie de la anécdota”. De su conocimiento profundo de la dialéctica, Revueltas extrae formas artísticas en las que los cabos opuestos crean una síntesis pero no necesariamente positiva: “El luto humano es que, al enfrentarse los conflictos, hay una probabilidad de que la superación sea que todo termine sumido en la brutalidad”.

Esa será la tesis de su siguiente novela, *Los días terrenales* (1949), que provocó la condena del Partido Comunista del que Revueltas sería expulsado dos veces, la primera en 1943 y la segunda en 1960, junto con Diego Rivera, en el mismo dictamen. La estructura narrativa es un diálogo de sordos entre un burócrata del Partido y un joven que fracasa en evitar la represión en una huelga campesina en Acayu-

can, Veracruz, donde Revueltas había participado en labores de educación política por parte del Partido. Nuevamente, el método revueltiano busca una vuelta de tuerca a la realidad: “Los escritores no vivimos la vida de forma existencial, sino de manera literaria. El horror cotidiano siempre puede ser sustento de una buena narración”.

Pero esta vez su novela trajo consigo consecuencias políticas. Las críticas de Enrique Ramírez y Ramírez acusándolo de traición al comunismo obligaron a Revueltas a una actitud que él hubiera calificado de dialéctica y otros de redentora: sin saber si las críticas a *Los días terrenales* eran justas o no, decide retirar el libro del mercado hasta “no analizarlo en sus dimensiones”. Más de veinte años después, en 1972, le dice a un reportero que el análisis ha terminado: “Ahora quiero que todas mis obras sean publicadas bajo ese título: “*Los días terrenales*”. Ha pasado por una crítica cruenta de su obra desde el seno mismo de la burocracia del Partido Comunista, no sólo a sus novelas sino a sus obras de teatro (*El Cuadrante de la soledad* sufrirá un atentado incendiario de las mismas manos anónimas que asesinaron en Coyoacán a León Trotski) y hasta a los guiones de cine de los que él abjura por considerarlos “alimenticios”, la misma palabra que usaba Luis Buñuel en sus tratos con un Ismael Rodríguez que pedía “finales felices” para cada una de sus películas.

Pero, para los inicios de los años cincuenta José Revueltas ha extraído casi todas las lecciones, no de filosofía o religiones o de la narrativa rusa, sino de su principal experiencia literaria: la militancia y la cárcel. De la primera pregunta a los dieciséis años en la Biblioteca de México, tras la

muerte de su padre que ha dejado a la familia de un músico (Silvestre), un pintor (Fermín) y una actriz (Rosaura), en bancarrota, al argumento final del personaje de Gregorio en *Los días terrenales*, hay una ruta de Revueltas del materialismo al existencialismo. La primera pregunta, claro, es sobre la existencia de Dios. A la que Revueltas responde con un materialismo contundente: “No existe Dios más que en el hombre”. La segunda pregunta, tras una militancia siempre crítica en la izquierda mexicana, la prisión, y las represiones a los movimientos sociales: “Lo que más ha perjudicado al marxismo es que se le ha tomado como religión”. La tercera, en *Los días terrenales*, no será ya una pregunta sino una ética que sintetiza dialécticamente a las dos anteriores: “La vida es algo muy lleno de confusiones, algo repugnante y miserable en multitud de aspectos, pero hay que tener el valor de vivirla como si fuera todo lo contrario”.

EL PARTIDO

“En una novela, uno tiene que recordar lo que no existe”, escribe en sus apuntes luego de publicar *Los Motivos de Caín* en 1958, una de las primeras novelas en las que se trata el tema de la división de México a ambos lados de la frontera con los Estados Unidos. Son años en que el Grupo Hiperión de Luis Villoro y Jorge Portilla tratan de introducir el existencialismo en el país. En que el psicoanalista Santiago Ramírez y el poeta Octavio Paz tratan de delimitar lo que es ser mexicano. Revueltas aportará sus aforismos siempre en entrevistas en sus casas (nunca tuvo un domicilio fijo): “México es como el mar. Lleno de silencios y de gritos. Dé-

bil y, al mismo tiempo, con una fuerza extraña. Creo que es natural que la religión católica del mexicano sea triste, desgarradora y llena de nostalgia, pues se trata de una fe destinada a sustituir algo que se ha perdido y que ya no se sabe qué es”.

Pero 1958 es un año crucial en las luchas obreras del México hartado de la burocracia del Partido Único. El país de la Revolución Mexicana ha terminado en la nada que relata un hijo bastardo que va en busca de su padre fantasmal (*Pedro Páramo*, 1955) y la narrativa comenzará a hervir en relatos y estructuras que tratan de dar cuenta de un vacío existencial que ha dejado una matanza revolucionaria cuyas únicas promesas fueron cumplidas veinte años antes, durante el cardenismo. Lo que vino después ya no es una revolución sino su contrario, como le gustaba decir a la dialéctica materialista. Es en esos años que los escritores se involucran en las luchas obreras, en especial, en el movimiento ferrocarrilero de Demetrio Vallejo. Todavía resuena la anécdota de la huelga de hambre frente al Palacio de Bellas Artes que contaba Carlos Monsiváis: “José Emilio Pacheco, Sergio Pitol, Luis Prieto y yo tratamos de ayunar para que dejaran libre a Vallejo pero Benita Galeana, pretextando que éramos muy chicos para tales sacrificios, nos tentó con unos chocolates y fracasamos rotundamente en nuestra misión”.

Revueltas, un marxista, repensará el papel del Partido Comunista en la organización de los obreros. El resultado de su reflexión se entiende desde el título: *Ensayo de un proletariado sin cabeza*. “Históricamente inexistente”, la supuesta vanguardia leninista de la clase obrera había fra-

casado en México en el movimiento ferrocarrilero, dejado a su suerte para una represión brutal y generalizada que, con el encarcelamiento de cientos de trabajadores, refrendó el lema del Partido Único: dentro del Partido, nada; fuera del Partido, la cárcel.

Para la década de los sesentas, Revueltas ha sido expulsado de nuevo y definitivamente del Partido Comunista y ahora ha fundado su propia organización, La Liga Espartaco. Va a Cuba, a San Antonio de los Baños, a ayudar en la enseñanza de guiones cinematográficos, se enamora, tiene otro hijo, se viste de miliciano y concibe su quinta novela, *Los errores*. “Cuba”, escribe, “es una Revolución en estado atávico. Ha empezado por las palabras: esto es agua, esto es viento. Es por ello que decidí con Omega traer una criatura a este nuevo mundo”. A su regreso a México, uno sólo puede imaginar el nivel de relajo en el que Revueltas se había metido. Una carta de la dirigencia de su propio partido, la Liga Espartaco, fechada en enero de 1962, es apenas un indicio: “El Comité Central de la Liga Leninista Espartaco, al que usted pertenece, ha decidido enviarle esta carta considerando que su falta absoluta de militancia en su célula, en el Comité y en el Secretariado, su falta de responsabilidad al citar a reuniones en su casa, a las que falta, desorganizándolas con su inasistencia o el de su ingreso a la Marina, versión propagada por usted mismo, han provocado una situación de desconcierto y confusión que no puede prolongarse por más tiempo y amerita, desde luego, una explicación de su parte”.

Lo expulsarían en 1963 del partido que él mismo había fundado.

Se ha convertido en un trashumante: desalojado de Holbein 191, ahora se queda en casas de amigos por unas semanas y luego emprende de nuevo la huida. Escribe todos los días cartas a sus hijos, a sus mujeres, a sus amantes, y busca la forma de beber gratis. En casa del dibujante Héctor Xavier, Revueltas le propone convencer al español de los ultramarinos de la esquina que les regale una botella de ron a cambio de ver un “acto trascendental”. Cuando Xavier vuelve con el abarrotero, lo que ven es a Revueltas acostado, envuelto en una sábana y rodeado de veladoras. Por supuesto, el comerciante no les regaló nada.

Es en esos años, previos a 1968, que Revueltas comienza a practicar el método de escribir durante 72 horas y, luego, dormir 52. “Reconozco que mi método es pésimo pero no me gusta dejar el impulso trunco”. Por un aviso de infarto en 1951, se supone que tiene prohibido beber alcohol o café y fumar. Pero los tres vicios le son necesarios: escribe con tabaco y café y usa el alcohol para dormir. Son los años de los cuentos, *Dormir en tierra*, celebrados por “El Indio” Fernández, como “la verdadera sustancia de lo que debería ser el cine de México”. Pero Revueltas desprecia de toda crítica: “Según la crítica literaria mexicana yo debería de elegir entre ser un político o ser un escritor. ¿Qué clase de escritor? Ellos quisieran un literato puro. ¿Qué clase de político? Ellos quisieran un político conforme”. Escribir se le ha convertido en una “libertad desesperada”, en una “afirmación intrépida de la libertad”, “en el impulso de abrazar un vacío”. Desprecia, también, del ambiente literario de esos años: “No me diga intelectual. Soy un escritor. En México ser intelectual es ser un auxiliar en una oficina contigua a la de un político”.

En la víspera de 1968, Revueltas está enfrentado a todo y a todos: a los comunistas, a los espartaquistas, al mundillo literario, al del cine, al PCUS y al PRI. Revueltas es un puente entre la literatura y la vida, entre la militancia del porvenir y el arte, entre la existencia y la duda. Al final de 1967 dirá a un reportero: “Amar la vida es de canallas. Hay que amar la muerte, pero no pensando que la vida es una propiedad privada, sino pensándola como una condición de todos los hombres. Yo la abrazo”.

EL 68

La mañana del 13 de febrero de 1987 apareció este grafiti en la primera huelga estudiantil desde 1968: “Ay José, cómo me acuerdo de ti en estas Revueltas”. Estaba pintado con espray blanco sobre el letrero de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. Sus lentes severos, su piocha a la Ho Chi Minh, la greña volando arriba de su esqueleto se nos aparecían en la Facultad por las noches. Para el 20 de noviembre de ese año, con la huelga victoriosa, los estudiantes develamos una placa en el Aula Magna, bautizándola con el nombre del escritor. José Revueltas había vivido en ese salón de la Universidad en los días del conflicto de 1968. Ahí, rodeado de libros, periódicos, una máquina de escribir, desplegados corregidos y vueltos a corregir, tenía dos carteles: la famosa silueta del Che Guevara tomada por Alberto Korda y una foto de Fiodor Dostoievsky. “En la vida, como Dostoievski”, escribió, “y en el arte como Tolstoi”.

Hasta ese salón llegaban los estudiantes a conversar, beber y fumar con él. Encarnaba a cabalidad los sesentas, no

sólo en la vaga apariencia de un *hippie* — después de todo el primero había sido el propio Tolstoi —, sino en sus teorías sobre la libertad. Había entendido al movimiento estudiantil del 68 en su justa dimensión: “La lucha no es hoy por la socialización de los medios de producción. Es sobre la libertad, la independencia y la democracia”. Desde su celda abierta dentro de la Facultad de Filosofía y Letras advirtió tan pronto como agosto de 1968 cuál sería el desenlace fatal del movimiento de huelga: “El régimen diazordacista cree que cuando hablamos de Revolución nos queremos levantar en armas. Con eso justifican que sea el Estado diazordacista el que se lance contra nosotros en plena subversión”. Lleno de lemas sesenteros — “Se trata de entender por qué y cómo el 2+2 puede ser algo distinto al 4” —, mantiene en esos meses una conversación epistolar con tres escritores: Jean Paul Sartre, inmerso en el mayo francés, Arthur Miller, inmerso en las protestas en San Francisco, y Pablo Neruda. Se le identifica rápidamente como “el intelectual” detrás del movimiento estudiantil. Él abjurará de esa definición en una entrevista:

— Intelectual y escritor no son lo mismo. Es como creer que todos podemos cantar, aun sin sabernos la tonada.

— ¿Está diciendo que Carlos Fuentes no sabe cantar?

— Claro que Fuentes canta. El problema es que desafina.

En 1968 ha dado toda la vuelta al viaje de regreso hacia su propio naufragio. A fuerza de ser un expulsado es ya un desamparado que llora y goza con el abandono. A veces un náufrago sorprendido por la tormenta, otras, muchas, el que se arroja al mar para abrazar a los ahogados, Revueltas

va al encuentro de algo que lo expulse y se aferra a ello como un desahuciado. Por eso vive dentro de la huelga. Por eso encarna el 68.

A inicios de la huelga estudiantil escribe cartas a sus mujeres, recibe serenatas de sus amigas las putas, bebe cubas y vodka y tequila Herradura a pesar de la pancreatitis, es incapaz de usar un abrelatas por un resabio de su estancia en Islas Marías cortando madera, y redacta cuentos, inicios de novelas, desplegados, panfletos, ensayos donde lo mismo caben las crisis del socialismo que el futuro de la Humanidad tras Hiroshima, que la confrontación entre la URSS y China. Es un escritor que vive el ánimo del porvenir en los treintas, pasa por las derrotas de la República española —“más que las bombas sobre Barcelona debieron asustarse las toces de André Malraux”—, el periodismo mexicano —sus crónicas sobre el volcán Parícutín, el asesinato serial Goyo Cárdenas, y la marcha minera desde Santa Rosalía que tiene un título ejemplar: “La marcha sobre la nieve y el desierto”—, y los fracasos de una izquierda que no alcanza nunca a entender a los movimientos democratizadores como el de los ferrocarrileros de Demetrio Vallejo en 1958. Diez años después, en 1968, refugiado en la Facultad de Filosofía y Letras, protegido por los estudiantes, Revueltas dejará de ser comunista y propondrá una especie de anarquismo comunitario. Entre bromas, con los lentes severos, y la barba de Ho Chi Minh, dirá en una reunión del comité de artistas que apoyan a los estudiantes en el auditorio Che Guevara: “Compañeros: hay que pasar de la izquierda autodigestiva a la autogestiva”.

En 1968 vivía a salto de mata. Al departamento donde a veces dormitaba, uno de los líderes estudiantiles lle-

va una pistola .45. Juega con ella y se le dispara. Hace un boquete en la pared detrás de la que duerme Revueltas. Él sale, despeinado, enfurecido: “Como aquí no hay disciplina, compañeros, yo voy a seguir fumando”.

Al día siguiente, 13 de noviembre, va escoltado por los estudiantes a Filosofía y Letras para dar una conferencia sobre la historia de la resistencia en México, y es detenido por octava vez, desde aquella, en 1929, y llevado a la prisión de Lecumberri. Ahí cumplirá los 54 años.

En la prisión de Lecumberri seguirá una vida mucho más intensa que en libertad. La cárcel es su hábitat, es donde se siente en plenitud. De un lado del pasillo de la cruja “M”, discute con Heberto Castillo y Eli de Gortari sobre la propuesta de que el movimiento se convierta en un Partido. “A los movimientos no se les puede domesticar”, será su crítica. Del otro lado del pasillo conversa de literatura con un preso común, el escritor José Agustín, encerrado por consumir mariguana. Será Agustín el que, a su salida con la amnistía a los presos políticos —“Entramos ilegalmente y salimos ilegalmente” — hará una antología de los cuentos de Revueltas y, después, será el guionista de *El Apando*, la novela que Revueltas destiló de esta última experiencia carcelaria. De *El Apando* Revueltas dirá más tarde: “Certifico el momento en que el espacio se convirtió en una mercancía”.

Tras la enésima huelga de hambre de su vida, la del 10 de junio de 1969, Revueltas ya no se recupera. Desarrolla una pancreatitis que huele a las cáscaras de mandarina y de papa que destila para beber y a las gelatinas de vodka que su tercera esposa le lleva. Enfermo, tembloroso, dirige sus escasos esfuerzos a formular una teoría sobre la auto-

gestión. “Nada nos puede servir contra el capitalismo más que el sentido de una comunidad”. Al salir de su última prisión, Revueltas ha dado una nueva vuelta a sus preguntas sobre Dios y el hombre y ha replanteado una socialidad que ya no depende de los partidos ni del Estado socialista, ni de la piedad o la compasión, sino del encuentro grupal. Esa idea estará detrás de su último libro de cuentos, *Material de los sueños*, escrito desde su última casa, en Avenida Insurgentes. Como en el último acto de Nietzsche —abrazar a un caballo al que su conductor está moliendo a latigazos—, Revueltas pretenderá abrazar a los humildes, a los oprimidos, a los expulsados, sin atemperar sus defectos, su maldad intrínseca, en breve: su humanidad.

EL FUNERAL

El 13 de mayo de 1971 sale de su última prisión. Cinco años después, el 14 de abril de 1976, Revueltas morirá de un puñado de males: un infarto, un derrame cerebral, una anemia, una pancreatitis. Había decidido un suicidio lento pero severo: en 1976 cambió el vino blanco por el vodka. En un poema datado el 14 de junio de 1974 se leen estas líneas: “Todos somos una falsa alarma. Somos Tlatelolco. No puedo conmigo. Soy una cruz hablando. De la muerte, no; sálvame de la vida”. Recordó aquella vez cuando, a los diez años, salió del Colegio Alemán y cruzó hacia el callejón de La Romita. Los enfermos, los muertos, los agonizantes a las puertas de las clínicas. Los borrachos, los ladrones, las prostitutas a las puertas de las cantinas. Esa mañana, según lo dice Revueltas antes de morir, conoció lo que se llamaba la humanidad. “Todo ahí era tristeza descarnada, hielo mortal”.

El jueves 15 de abril de 1976 ocurre la cuarta resurrección de José Revueltas. Unos meses antes, el gobierno de Luis Echeverría había sacado los restos de su hermano, el músico, Silvestre. José, enfermo, había ido al acto en el que se depositaba en la Rotonda de los Hombres Ilustres, a su hermano mayor, al que había llevado corriendo tantos manuscritos para conocer su aprobación. De su hermano escribirá: “La mirada iracunda y llena de colérico estupor que se le dirige a un desconocido, a un intruso, a un asaltante que viola la muerte que no le pertenece. Bebía para sufrir y para entrar más en la vida”.

José no aguanta el segundo entierro de su hermano. Pasa al vodka pensando en una nueva novela, *El Tiempo y el número*, la historia de un convicto que tiene una extraña afición: correr todos los días hasta la punta de un camino en donde quiebran las olas del mar. Es una historia, otra vez, de las Islas Marías. “El tiempo es la sentencia de treinta años que se le ha dado y el número es lo que ha sustituido su nombre. Tiene un entretenimiento salvaje, correr hasta el borde del abismo y regresar antes de que se lo lleve el mar. Es un sentido de la libertad.”

En su funeral en el Panteón de La Piedad, el secretario de Educación de Luis Echeverría, el que había complotado con Gustavo Díaz Ordaz para asesinar y detener a los estudiantes de 1968, Bravo Ahuja, se presenta a dirigir un discurso sobre los Revueltas, sobre la vocación cultural del gobierno priísta, de lo atentos que están los burócratas a las obras de José.

Martín Dozal, el compañero de celda de Revueltas en Lecumberri, le espeta al secretario de Educación:

—¿No se da cuenta de que no queremos oírlo, señor?
Y viene la cuarta resurrección de José, cuando la estrofa de Violeta Parra suena:

Yo quiero que a mí me entierren
Como un revolucionario
Envuelto en bandera roja
Y con mi fusil al lado.
Yo quiero que a mí me entierren
Como a un revolucionario
En el vientre oscuro y fresco
De una vasija de barro.

La canción es seguida por una “Goya” de la Universidad Nacional. Ahí terminaba un hombre puente entre la generación de los sueños del porvenir de los años treinta y los de la libertad de 1968. Un puente entre los escritores y los militantes. Un puente, en fin, entre la ausencia de Dios y la simpatía que renace siempre entre nosotros.

LOMBARDO, REVUELTAS
y las opciones de la izquierda mexicana
Saúl Escobar Toledo

INTRODUCCIÓN

José Revueltas publica, en 1962, su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Con ello se convierte en el autor de una verdadera revolución intelectual que tuvo un impacto muy importante en la academia y en la izquierda mexicana. Este impacto, sin embargo, no fue inmediato y en su momento más bien fue poco entendido. Sin embargo, sobre todo después de 1968, el estudio de la realidad mexicana cambió drásticamente de tal manera que las ideas revueltianas se convirtieron en la base teórica de un nuevo pensamiento crítico en México.

La crítica de Revueltas en *Un proletariado sin cabeza* estuvo dirigida explícitamente hacia las tesis del Partido Comunista Mexicano y de Lombardo Toledano. Sin embargo, si se ve con más cuidado, sus reproches encajan mejor con

las tesis de este último. Es el dirigente de la CTM el verdadero interlocutor del libro y de otro ensayo publicado antes, en 1958: *México, una democracia bárbara*. Hay que recordar, además, que Lombardo fue el exponente más claro de las principales ideas de la izquierda mexicana entre los años treinta y los sesenta, y su influencia fue muy importante en el movimiento sindical y los grupos progresistas de nuestro país.

Por ello, resulta necesario ocuparnos del pensamiento de Lombardo y resaltar sus diferencias. Esta oposición nos muestra no sólo dos maneras de ver la realidad y la historia de México. Se trata de dos pensamientos que se oponen, casi en extremos polares, por razones filosóficas, políticas y teóricas y que, sin embargo, forman parte del acervo doctrinario e histórico de la izquierda mexicana.

Las tesis políticas de Revueltas, aunque se distinguieron por su profundidad y su rigor teórico, adolecieron de un problema fundamental: el realismo político. Podría decirse que la teoría revueltiana fue impracticable en la medida en que no logró influir en los principales núcleos partidarios de la izquierda mexicana: el PPS y el PCM, como tampoco en esfuerzos unitarios como el Movimiento de Liberación Nacional, fundado en 1961.

Esta distancia emblemática y característica de Revueltas entre la teoría y la práctica, entre la razón y la capacidad de influir en la realidad, fue sin duda también el signo de los tiempos en que se desenvolvió una izquierda asfixiada por el poder y la represión, de un lado, y el dogmatismo, del otro. Y de una época en que el pensamiento independiente y crítico corría por el filo de la navaja entre

la incondicionalidad al socialismo real y la cooptación del régimen. Al elegir el camino de la crítica a estas opciones, Revueltas se convirtió en el ideólogo excepcional, el crítico del poder que se escuchaba sólo en pequeños grupos, y sin duda el iconoclasta del marxismo y de la izquierda, el “ángel rebelde”.

A principios del siglo XXI, podría decirse otra cosa, muy diferente, sobre el pensamiento de Lombardo. Aunque se menciona pocas veces su nombre o muchas de sus tesis, la verdad es que éstas no carecieron de realismo, si bien los fines que buscaba no fueron alcanzados. Lo significativo del caso, sin embargo, es que a pesar del olvido del nombre de Lombardo y el lombardismo, la izquierda mexicana adoptó algunas de las tesis del Maestro, sobre todo aquellas relacionadas con el nacionalismo, el estado y la Revolución Mexicana, en función del renacimiento cardenista que se presentó a fines de los ochenta y de un realismo político que tuvo que adoptar en la disputa por el poder. Disputa que la izquierda nunca vio posible, por lo menos en términos electorales, durante casi todo el siglo XX. Otras ideas, sobre todo aquellas que reproducían dogmáticamente el marxismo de Moscú, desde luego ya no tienen sentido hoy, aunque formaron parte del pensamiento de Lombardo.

Por ello, revisar el pensamiento de Revueltas y Lombardo adquiere un nuevo interés. ¿Es válida la crítica de Revueltas, hoy, para una izquierda que está más cerca de Lombardo? ¿Ha cambiado tanto el país como para pensar que ni las tesis de Revueltas ni las de Lombardo tienen alguna vigencia para analizar los fenómenos históricos del

mundo actual y los desafíos de la izquierda mexicana? ¿Por qué las estrategias de Lombardo fracasaron rotundamente ayer y parecen tener alguna vigencia hoy?

En estos apuntes no se intenta contestar esas preguntas. Apenas planteamos, inicialmente, los rasgos fundamentales de las ideas de cada uno. Todo ello con la intención de recuperar un debate que aún no ha terminado.

LOMBARDO

“Desde que fui estudiante no he sido otra cosa que un soldado en el ejército invencible de la clase obrera” (Vicente Lombardo Toledano, 1964).

El papel de Vicente Lombardo Toledano en la historia de México del siglo XX no puede ser soslayado. Su papel determinante como líder sindical pero también como ideólogo, dirigente y promotor de la izquierda mexicana es una referencia obligada en cualquier estudio de la etapa post revolucionaria de México, particularmente desde los años treinta hasta los sesenta.

A pesar de este protagonismo notable, las ideas de Lombardo han sido menos estudiadas. El político se ha impuesto sobre el intelectual. Sus ideas han quedado relegadas frente a sus acciones cuando estuvo al frente de las centrales sindicales que encabezó (CROM, CGOCCM, CTM, UGOCCM) y aunque con menos fortuna, de los partidos que fundó y dirigió hasta su muerte: el PP y el PPS.

Sin embargo, Lombardo participó en la vida política y sindical de México con un conjunto de ideas que animaron sus proyectos y acciones. Las acusaciones de oportunismo

e incongruencia no pueden ocultar el hecho de que Lombardo defendió siempre una concepción de la historia nacional y con ello de la estrategia política.

El “lombardismo”, término común hasta los años sesenta, designó así tanto una corriente política como una forma de analizar la vida del país y del mundo.

Las ideas básicas de Lombardo atraen o repelen por su simpleza expositiva y su esquematismo. Sin embargo, contienen y reflejan un conjunto de tesis que, como veremos, permearon a la intelectualidad mexicana. Estas ideas fueron también parte de un pensamiento sostenido por muchos intelectuales y políticos de México y de América Latina.

De manera resumida, este cuerpo de ideas, puede dividirse en varios rubros:

La idea del progreso: el marxismo positivista

Lucha de clases y nacionalismo: el frente popular

El Estado y la sociedad

El culto a La Revolución Mexicana

La idea del progreso. Lombardo fue un marxista ortodoxo en el sentido de que muchas de sus tesis políticas se ajustaban e incluso dependieron de los lineamientos emanados del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la Internacional Comunista (KOMINTERN). Los cambios de estrategia de la dirigencia soviética, sobre todo en los años treinta y cuarenta, con motivo de la II Guerra fueron, —casi todos— adoptados sin crítica alguna por Lombardo. El más destacado de ello fue cuando la URSS firmó el pacto de no agresión con la Alemania nazi, lo que obligó a un cambio de discurso de la noche a la mañana. En este

seguidismo, cayeron, como se sabe, la mayor parte de los partidos comunistas del mundo incluyendo, el Partido Comunista Mexicano (PCM).

Pero la fidelidad doctrinaria de Lombardo fue más allá de las tesis políticas de coyuntura. El marxismo de Lombardo creía ciegamente en el progreso. Bajo la tesis de Marx de que “el desarrollo de las fuerzas productivas entra en contradicción con las relaciones sociales de producción” y ello provoca los cambios revolucionarios de la sociedad y explica el tránsito del feudalismo al capitalismo y de éste al socialismo y al comunismo, Lombardo creía firmemente que el progreso también traería a México, inevitablemente, el triunfo de la clase obrera.

Lombardo hacía extensiva esta visión de la historia mundial a la historia mexicana: así, la Revolución Mexicana era un peldaño histórico del país hacia el progreso y la superación del atraso, como lo había sido antes la Independencia y la época de Juárez. Bajo esta óptica, nada más natural que el país se dividiera entre los partidarios del progreso y sus contrincantes fueran los conservadores. Entre los primeros estaba el pueblo mexicano, en primer lugar los trabajadores, pero también empresarios, comerciantes, profesionistas y todos aquellos que buscaran el desarrollo económico del país, siempre que éste desarrollo fortaleciera a México como una nación independiente.

Al depositar el progreso en la industrialización, Lombardo creía firmemente en que ello pondría a México en la senda del desarrollo y el mejoramiento de los niveles de vida de la población. De ahí que apoyar la industrialización del país era una misión que la izquierda y la clase obrera deberían hacer casi sin reservas.

El marxismo de Lombardo no sólo definió su visión de la historia nacional sino también fue la inspiración para construir sus tesis políticas para la estrategia a nivel latinoamericano. La creación y conducción de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL) está claramente orientada por esta idea del progreso basado en la industrialización.

Lombardo fue así, proclive a minimizar los costos de esta modernización. Aún y cuando se definía como un soldado del ejército proletario, no dudó, sobre todo durante los años de la Segunda Guerra (los cuarentas) en sacrificar los intereses inmediatos de los trabajadores en aras del impulso progresista de la industrialización, táctica que le valió muchos ataques y hasta acusaciones de traición.

El culto al progreso o, en términos marxistas, al desarrollo de las fuerzas productivas, estaba ligado a otra idea del marxismo soviético “ortodoxo” que señalaba que el futuro socialista seguiría necesariamente después del capitalismo. Si la revolución socialista era “inevitable” en México, era lógico que la plena instauración del capitalismo en nuestro país fuera la mejor forma de luchar por el socialismo. La noción de país semicolonial, término muy usado por la KOMINTERN para designar a los países más atrasados, podía ser traducido como semi capitalismo, de tal manera que era indispensable, para el triunfo de la revolución obrera, que estos países siguieran el camino de las potencias capitalistas.

México era, según estas tesis, semi colonial o semi capitalista, y por lo tanto la izquierda tendría que superar esta etapa para convertirse en una nación plenamente capitalista y así poder transitar al socialismo.

Por ello, para Lombardo, no había ninguna incongruencia o no debería verse como tal, al esfuerzo de los trabajadores y de la izquierda en unirse con los capitalistas para construir precisamente un país capitalista.

“Los revolucionarios estamos condenados a la victoria” proclamaban los dirigentes del PPS. Y con ello querían decir que el socialismo vendría tanto por los caminos del progreso como porque después del capitalismo no podría darse otra realidad histórica que no fuera el socialismo.

Esta visión lineal de la historia no sólo podía cobijar estrategias políticas muy audaces, como las que propuso Lombardo en la primera mitad de los cuarenta, sino también la creencia de que los socialistas, los marxistas, o incluso en términos más amplios, la izquierda, se definía a sí misma —o se distinguía de la derecha— por su confianza en el porvenir, en el futuro. Las derrotas serían pasajeras puesto que la batalla final sería inevitablemente ganada por la clase obrera.

Unidad a toda costa. El frente popular fue una de las ideas básicas y más importantes del pensamiento lombardista. Lo fue también para el marxismo oficial de la Unión Soviética. Pero quizás en Lombardo fue una propuesta que no admitió, como en otros casos, ningún zigzaguo ni concesión alguna.

La idea del frente popular tuvo su mayor eficacia política en el cardenismo pero aún después, en los años de la guerra y la post guerra siguió siendo una propuesta reiterada de Lombardo. Unir a la clase obrera con los campesinos, pero también los capitalistas, y profesionistas, en un solo agrupamiento o tendencia política, se justificaba tanto por

sus objetivos comunes — la lucha por el progreso y el pleno desarrollo del capitalismo — como por las ganancias o conveniencias que ello les reportaría a todos sus participantes.

Los fundamentos de este frente estarían basados en algunas ideas básicas: independencia nacional; un estado fuerte, promotor del desarrollo; y mantener las conquistas revolucionarias, contenidas en el artículo 123 y la reforma agraria.

“Lombardo propuso formar un gran partido popular que sería un frente revolucionario independiente del gobierno y constituido por la clase obrera, los campesinos, los pequeños propietarios, la clase media, los pequeños comerciantes, intelectuales y funcionarios públicos. No sería un partido marxista o izquierdista, ya que su objetivo sería buscar el cumplimiento de las metas inmediatas de la Revolución Mexicana... El programa tendría que recoger la lucha de la Revolución por lograr la emancipación nacional, el desarrollo económico, la revolución industrial, el perfeccionamiento de las instituciones democráticas y el mejoramiento del nivel de vida de las masas. En política exterior el nuevo partido debería luchar por la paz, la eliminación del fascismo, la independencia del mundo colonial y una Política del Buen Vecino.”

El frente suponía también una alianza con el Estado o, por lo menos, con los sectores progresistas de la clase gobernante. Se trataba de criticar y combatir las políticas que atentaran contra los fundamentos señalados y apoyar las acciones que las respaldaran. Incluía también la idea de que el frente, sobre todo los partidos políticos y los sindicatos, que lo integraran, deberían ser independientes del partido oficial y su gobierno. Este último supuesto, como

veremos, fue muy difícil de sostener y dio pie a múltiples confusiones y desacuerdos. Ello hizo también que el lombardismo terminara significando para muchos, un apéndice gubernamental o una oposición poco seria:

Según resume Barry Carr en *La izquierda mexicana* a través del siglo XX: “Durante una gran parte del periodo anterior a 1960 (y más obviamente entre mediados de los treinta y finales de los cuarenta) el PCM y sus aliados, como los seguidores del VLT, se dedicaron a la búsqueda obsesiva de convergencias (e incluso fusiones) con el partido oficial y su base de masas.”

Sin embargo, por otro lado, el planteamiento del frente popular encajó casi perfectamente con los planteamientos de la Internacional Comunista en algunos períodos, particularmente a finales de los treinta, durante los años de la guerra, y en los primeros años de la posguerra. Por ello, la propuesta fue apoyada sin reservas por casi toda la izquierda, incluyendo desde luego al Partido Comunista Mexicano.

En realidad, las diferencias dentro de la izquierda mexicana desde los años del cardenismo hasta los sesenta no se dieron en torno a la estrategia política fundamental, contenida en la idea del frente popular, sino en torno a las relaciones con el gobierno en turno, su partido y sus líderes. Es decir en torno a si el presidente o algunos de sus funcionarios estaban más cerca o más lejos de los postulados revolucionarios.

El Estado fuerte. El origen revolucionario del Estado mexicano, algunas de sus políticas progresistas (casi todas del período cardenista) y la estrategia del frente popular (y sus supuestos), planteaban un apoyo crítico al gobierno pero también el fortalecimiento del Estado para sacar al país del

atraso. Por ello, era natural que el lombardismo construyera un ideario profundamente estatista y estatizante.

Como explica Máximo Zaragoza: “Lombardo no consideraba posible el establecimiento del socialismo en una economía estancada... pero en una economía como la mexicana, que avanzaba hacia la industrialización, el socialismo no sólo era apropiado sino indispensable... Por ello la aplicación del marxismo debería ser flexible... La Revolución Industrial en México no podría seguir el camino de las naciones europeas. La falta de capital nativo hacía indispensable la intervención del Estado en el desarrollo económico. Para ello se requería un Estado fuerte con recursos suficientes para lograr el financiamiento necesario para las reformas sociales. La vía mexicana al socialismo era para Lombardo, simplemente que el sector público debería tomar un papel más activo en la economía.”

Para Lombardo, el Estado no sólo era el agente del desarrollo económico, sino también una institución capaz de ordenar a la sociedad poniéndose por encima de los intereses de clase particulares. “Si nuestros gobernantes tenían esa voluntad —decía Lombardo— el Estado debe ser la entidad capaz de resistir los embates del imperialismo y fortalecer la independencia nacional.”

Por ello, consideraba que la intervención más decidida del poder público en los asuntos económicos del país era indispensable y que deberían jugar un papel crucial en la modernización del sistema capitalista.

Nacionalismo y estatismo fueron pues los signos más claros del lombardismo como propuesta política y estratégica. El nacionalismo revolucionario fue compartido por

casi toda la izquierda y muchos sectores del gobierno, y algunos empresarios. Por ello, muchas veces la distancia ideológica entre la izquierda y el gobierno se borraba o se confundía. Ello llevó también a que Lombardo tuviera una conducta errática en torno a las disidencias sociales que surgieron entre los años cuarenta y 1968, el año de la muerte de Lombardo. Los movimientos como la huelga minera de Nueva Rosita en 1948, o el movimiento ferrocarrilero y magisterial de 1958 - 59, recibieron de Lombardo y los lombardistas un tratamiento a veces de apoyo, otras de tibia solidaridad y a veces de franco rechazo. El extremo se presentó precisamente con el movimiento estudiantil de 1968, al que el Maestro y el PPS no dudaron en calificar de provocación contra el gobierno y condenarlo públicamente.

La Revolución: el acontecimiento fundador. La caracterización de la Revolución Mexicana dio sustento y esperanzas a las tesis de la acción progresista del Estado mexicano. Pero el marxismo soviético fue la otra vertiente doctrinaria que alimentó esa confianza, pues como hemos visto, los postulados tesis de la IC fomentaron la idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas era esencial para el tránsito al socialismo. Esta visión economicista del marxismo y la lucha de clases llevaba naturalmente a la conclusión de que el Estado era el único que podría conducir un desarrollo independiente, planificado y exitoso.

Por otro lado, en los años del Estado del Bienestar, posteriores a la Segunda Guerra, el concepto del Estado promotor, planificador y redistributivo fue incluso adoptada por gobiernos de distinto signo político en el mundo desarrollado.

Pero sin duda, el estatismo lombardista encontró, en la Revolución Mexicana, una base teórica tan o más importante que el marxismo soviético o la economía keynesiana.

La Revolución Mexicana —según Lombardo— no había sido sólo un levantamiento armado contra la dictadura sino; también había construido un programa de largo plazo de transformación del país. Este programa, contenido en la Constitución del 17, contenía sobre todo en sus artículos 27 y 123, las banderas de lucha más importantes de la izquierda y los trabajadores mexicanos.

Si la Constitución, entonces, era el programa de la izquierda, el Estado surgido de esa revolución debería ser encargado de realizarlo, y la izquierda debería presionarlo para que ello sucediera. De esta manera, la disputa política no se planteaba como una competencia real por el poder, sino por el rumbo que decidiera impulsar el grupo en turno a cargo de la administración del Estado.

REVUELTAS

Durante algunos años (sobre todo entre 1942 y 1949), Revueltas reconoce en Lombardo no sólo a un “pensador y escritor excepcional” sino también la encarnación humana de “una época mundial que se llama transición del capitalismo al socialismo, tiempo de la revolución”. Esta simpatía lo llevó a apoyar decididamente la creación del Partido Popular que naturalmente defendía las ideas centrales de Lombardo. Son momentos también en que Revueltas hace una crítica muy severa al Partido Comunista Mexicano, al que acusa de caer entre 1929 y 1935 en “el más desatentado

y suicida de los izquierdismos” por lo que “los elementos más avisados, más sanos y capaces de la clase obrera ... buscaron por su propia cuenta y sus propios medios la solución de dotar a las masas proletarias y populares de una dirección independiente, marxista y revolucionaria... Entre estos elementos ocupa un lugar de honor, Vicente Lombardo Toledano”.

En la Mesa Redonda de los marxistas mexicanos que a iniciativa de Lombardo se realizó en enero de 1947, y en la que participaron “todas las corrientes de izquierda”, Revueltas defiende las tesis de Lombardo “como verdadero filósofo marxista” y la propuesta de crear un partido popular revolucionario que “no será marxista ni de izquierda, en todo caso constituirá un vehículo para la actuación organizada de la corriente marxista de nuestro país”. Apoyó también las tesis de Lombardo sobre “el análisis de la actual etapa histórica de México” y se deslindó severamente de la “desviación de izquierda” sectaria y oportunista de la dirección del PCM y de la Acción Socialista Unificada (ASU). La tesis central de Revueltas en su ponencia presentada en la Mesa Redonda, muy fiel al pensamiento de Lombardo, consistió en plantear que lo que está en juego es la “desaparición de la nacionalidad mexicana como tal en aras del imperialismo”. Para enfrentar este peligro se debe “elaborar la táctica y precisar los objetivos del proletariado en la presente etapa de la Revolución Mexicana” que consiste resumidamente en que: “...mientras la burguesía no se convierta en una burguesía antinacional el proletariado no puede plantearse el problema de arrebatarle la dirección de la revolución democrática, pues el que la burguesía no haya abandonado sus posiciones nacionales indicará que

el antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción aún no ha llegado al punto crítico y la madurez indispensables, para que se produzca el cambio”.

En 1949 Revueltas publica su novela *Los días terrenales*, que es una crítica inclemente al dogmatismo de los partidos comunistas y un replanteamiento filosófico y moral de algunas tesis defendidas en ese momento por el marxismo estalinista sobre la historia y el humanismo. Revueltas traza un retrato dramático de los militantes de la izquierda, en particular de los comunistas, que según su relato tienen que lidiar con dos verdugos, la dictadura del Comité Central y la represión del Estado. La novela fue repudiada por la izquierda comunista y lombardista y la presión y la condena fueron tan duras que Revueltas aceptó retirar su libro de circulación. No aparecería otra vez sino hasta 1967 en una nueva edición.

Pero también es en 1949 cuando, según sus apuntes no publicados sino hasta después de su muerte, Revueltas empieza a cuestionarse la estrategia de Lombardo y le cuestiona, en una carta dirigida y entregada al maestro (que no tuvo respuesta), si no sería necesario que el Partido Popular diera “un viraje fundamental” para “transformarse en el gran partido de masas, dirigente de la pequeña burguesía y los campesinos”, y al mismo tiempo “organizar los marxistas para que encabecen al proletariado”. Llama a Lombardo entonces a convocar a la creación de un partido único marxista del proletariado en México. Como parte de su razonamiento Revueltas subraya: “La clase obrera está abandonada a sí misma, mediatizada por el Estado a través de los líderes traidores; sus fuerzas están desarticuladas y

su conciencia oscurecida y atrofiada por el colaboracionismo. La clase obrera no constituye en la actualidad un factor político independiente”.

Pero será hasta 1955 cuando Revueltas rompa públicamente con el PP y pida su reingreso al PCM, que lo acepta un año después sólo para salir de este partido otra vez y definitivamente en 1960. Estos cinco años son decisivos para la elaboración de una nueva teoría sobre la historia de México y sobre el Estado mexicano, reflexión que tiene su primera expresión en el ensayo “México: una democracia bárbara” (1958) motivado por el apoyo de Lombardo a la candidatura presidencial de López Mateos. Convencido entonces de que ni el PCM ni el PP ofrecen una salida teórica ni práctica a la izquierda mexicana, Revueltas emprende un nuevo camino que expresa ampliamente en su “Ensayo sobre un proletariado sin cabeza”, terminado en 1961 y publicado al año siguiente.

El estudio de la historia de México, desde la perspectiva de un marxismo renovado, opuesto al que difundían los manuales del PCUS, y desde la crítica a las tesis de Lombardo, llevó a Revueltas a formular una concepción particular, distinta a lo que se había escrito hasta entonces, de la Revolución Mexicana, y por lo tanto, del Estado mexicano contemporáneo.

Para ello Revueltas parte de un reconocimiento fundamental:

“En México se produce un fenómeno del que difícilmente puede darse un paralelo en ningún otro país del mundo contemporáneo. Este fenómeno consiste en que la conciencia de la clase obrera ha permanecido enajenada a

ideologías extrañas a su clase, y en particular a la ideología democrático-burguesa, desde hace más de cincuenta años, sin que hasta la fecha haya podido conquistar su independencia. O sea, su enajenación ha terminado por convertirse en una enajenación histórica... La clase obrera mexicana, de este modo, se proyecta en la historia de los últimos cincuenta años del país como un proletariado sin cabeza, o que tiene sobre sus hombros una cabeza que no es la suya (*Ensayo*)."

La conciencia enajenada o la falta de independencia de la clase obrera mexicana es un hecho excepcional en el mundo contemporáneo, que debe tener una explicación en razón de historia nacional:

"La raíz del fenómeno se encuentra en el hecho de que la burguesía nacional es la clase que pudo imprimir al proceso de desarrollo ideológico su propio sello, desde un principio, como clase dirigente de una revolución democrática-burguesa que la llevó al poder en el que se mantiene desde hace cincuenta años".

Así, la revolución de 1910 es el hecho histórico fundador del proceso de enajenación de la clase obrera. Esto fue así porque desde un principio la burguesía nacional fue la clase dirigente de dicha revolución.

Por eso, la mayor parte de los historiadores y pensadores de su época están confundidos, las cosas son al revés de como ellos piensan, tal como Marx hizo la crítica a Hegel:

"Para dichos ideólogos el fenómeno no consiste en que esa nueva clase se haya hecho dueña del Estado, sino que, al revés, dicha revolución haya dado a luz en la histo-

ria de México a un nuevo Estado: resulta así que el fruto de la Revolución Mexicana no es una clase burguesa nacional que se realiza en el Estado, sino un Estado no burgués en el que se desrealizan todas las clases de la sociedad mexicana, porque el Estado no representa a ninguna de ellas ”.

Gracias a esta confusión, “la burguesía ya no es clase burguesa, es México y la revolución, pues ahora puede permitirse el lujo de negarse en apariencia como clase, en tanto se afirma como Estado”.

A tal punto es poderosa la fuerza ideológica de la burguesía y el Estado que: “La ideología democrática burguesa dominante... asume para sí misma la conciencia socialista, la hace suya y reduce a la ideología proletaria a convertirse, cuando mucho, en su extremo más radical, en su ala izquierda”.

El origen revolucionario le imprime a la burguesía y el Estado nacional un elemento adicional: “La burguesía nacional sustenta siempre su política apoyándose en las grandes masas. La aparición del partido de Estado permite al gobierno democrático-burgués perfeccionar en grado sumo esta política, subordinando cada vez más bajo su dirección, a las “masas organizadas”.

Ello ha llevado a que: “El partido de la burguesía nacional, funciona como una especie de extensión social del Estado...”.

Pero la realidad, dice Revueltas, es muy distinta: “La clase que informa nuestro desarrollo histórico desde hace más de cuarenta años y desde el poder, no es otra que la propia burguesía nacional, porque es ella la que domina el proceso ideológico, la que lo mediatiza, la que le da su curso y la que le imprime su propio sello”.

Ahora bien, si en los primeros años de la revolución la burguesía estaba desorganizada, esta situación se corrigió pronto:

“Nace así en 1928 el partido de la burguesía en México: el Partido Nacional Revolucionario, cuya naturaleza de clase radica pues, obviamente, en que es el partido de Estado de una burguesía nacional que ha ejercido el poder, en forma interrumpida, desde 1917 hasta nuestros días”.

La legitimidad histórica de la burguesía, resultado de la Revolución Mexicana, y el control sobre el Estado, su organización en un partido que por lo tanto es un partido de Estado, y la enajenación ideológica que todo esto ha provocado tiene un efecto adicional:

“La burguesía nacional logra desde el poder en México lo que muy difícilmente se logra sin una férrea dictadura: eliminar la concurrencia política de las clases adversarias... nos referimos a aquella que entraña precisamente una competencia por el poder.

La estructura social que adopta en México el Estado llega a tener, con “la revolución hecha gobierno” una naturaleza y un funcionamiento tan particulares, que la clase gobernante puede tachar de inmediato como “seditiosa, subversiva o disolvente de cualquier concurrencia política...”

Aunque la explicación pueda sonar demasiado abstracta, están aquí presentes algunos rasgos esenciales de caracterización del Estado mexicano, que van a ser materia del debate intelectual y político diez años después:

a) El control de masas del Estado mexicano o como se llamó después su política de masas.

b) La falta de independencia orgánica e ideológica de las clases, sobre todo de las clases explotadas y en particular de la clase obrera, lo que explicaría la debilidad del sindicalismo mexicano.

c) La fuerza ideológica de la Revolución Mexicana para legitimar al Estado como representante de todos los mexicanos y para abarcar distintas posturas políticas.

d) La existencia de un partido de Estado.

e) La deificación del Estado (o su omnipresencia en las relaciones sociales).

f) La represión a las disidencias, sobre todo las disidencias de masas y las disidencias que aspiren al poder, como un rasgo fundamental del régimen.

Ahora bien, si la crítica revueltiana fue profunda, y apuntaba en un sentido correcto, al mismo tiempo parecía no dar cuenta cabalmente de otros fenómenos políticos de la historia mexicana. Por el ejemplo el nacionalismo. Pues, según Revueltas, el nacionalismo sería otro fetiche, otro elemento de enajenación de la conciencia para controlar al proletariado. Ponerle una cabeza nacionalista al proletariado sería prolongar su estado de enajenación.

Como dice Santamaría: “En *Ensayo sobre un proletariado sin Cabeza* Revueltas hizo una severa crítica del nacionalismo revolucionario y su influencia en los comunistas mexicanos. Para él quedaba claro que la ideología de la Revolución Mexicana era, desde una perspectiva marxista, inservible para los intereses de la clase obrera”.

Sin embargo, en la realidad, las cosas no eran tan claras:

Volvemos con Santamaría: “En la década de los cincuenta y en los primeros años de los sesenta, la izquierda

mexicana sufría, a pesar de su reducida influencia política y escasa membresía, de un acendrado divisionismo. No obstante, había un factor ideológicamente compartido: era profundamente antianqui y nacionalista”.

Y agrega: “Precisamente cuando el autor de Los bienes terrenales... termina *El Proletariado sin cabeza*, se gesta un amplio movimiento político que reivindica centralmente el papel del nacionalismo revolucionario en la organización de las clases sociales antiimperialistas de México”.

Aún más, “La defensa de la primera revolución socialista en el Continente Americano (la revolución cubana) va a crear las condiciones para que en México se cree un amplio frente de casi toda la izquierda, la marxista y la nacionalista, ambas antiimperialistas, que pasará de la solidaridad con Cuba a la creación de un sólido programa de acción política nacional”.

Dos meses después de que Fidel Castro declarara el carácter socialista de la revolución cubana, Lázaro Cárdenas y otros personajes progresistas convocaron, el 5 de marzo de 1961, a la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional la Emancipación Económica y la Paz, que reuniría a las fuerzas pacifistas de todos los sectores sociales y de todas las doctrinas de la América Latina.

Al finalizar la conferencia, diferentes sectores de la izquierda política e intelectual mexicana empezaron a trabajar la idea de crear una nueva organización democrática que defendiera los intereses nacionales contra los enemigos de dentro y afuera. De esa decisión surgió, dice Alonso Aguilar en *Política* del 15 de septiembre de 1961, el Movimiento de Liberación Nacional, organización creada por ciento ochenta delegados de casi todos los estados del país.

El MLN, decían sus fundadores, es una “respuesta responsable y madura de un grupo de ciudadanos a las exigencias de lucha y de progreso del pueblo mexicano. Es una manera eficaz de enfrentarse al problema más grave y menos artificial de nuestro tiempo, como es el imperialismo”.

En el programa y en el ideario del MLN, los conceptos de soberanía nacional, emancipación económica, solidaridad, democracia y paz sostenían la estructura de su discurso. Pero, sin duda, la principal preocupación en el programa de este frente seguía siendo, como había dicho Lombardo hacía tiempo, la independencia económica.

“La independencia económica es condición indispensable para la independencia política de la Nación, y que sólo ha de lograrse a través de una lucha de todas las fuerzas democráticas y patrióticas contra el imperialismo. Que el imperialismo no sólo opera desde el exterior, sino que cuenta con poderosos aliados dentro de la República.”

Las ideas expresadas por el MLN eran compartidas por Lombardo e incluso podría decirse que habían sido defendidas e inspiradas por él desde hacía décadas, como tratamos de exponer más arriba.

Sin embargo, como hemos visto, para Revueltas el problema se planteaba de otra manera. Si antes había tomado como problema central el peligro de la “desaparición de la nacionalidad mexicana como tal, en aras del imperialismo”, siguiendo a Lombardo, ahora repudiaba este punto de vista y afirmaba que:

“para ciertos países formalmente independientes, donde el desarrollo capitalista ha hecho progresos considerables, como en México, la contradicción nación -impe-

rialismo ha dejado de ser la más importante en la medida en que la burguesía nacional tiende a realizarse o tiende a realizar al país como nación reaccionaria antipopular y antiproletaria, a través de una independencia nacional relativa y favorable al imperialismo en la correlación mundial de fuerzas contra el sistema socialista”.

Más adelante Revueltas completa su planteamiento: “La burguesía nacional ha encontrado una fórmula de desarrollo: el capitalismo de Estado”. Por ello, la lucha contra el imperialismo “debe llevarla a cabo la conciencia nacional del proletariado, no la conciencia nacional de la burguesía”. Incluso, dice Revueltas, la fase de revolución popular debe excluir a la burguesía nacional.

El debate sobre el papel de la burguesía nacional es relevante no sólo por sus implicaciones estratégicas para la izquierda de aquel momento, sino porque planteaba también implícitamente la disyuntiva entre una estrategia reformista de cambios dentro del capitalismo, o una de orientación revolucionaria que se propondría la construcción del socialismo. Esta disyuntiva, sin embargo, fue zanjada muchos años después con el derrumbe del llamado socialismo real. Desde entonces, la opción de los cambios graduales, la vía electoral y la reforma del capitalismo se impuso en casi todo el mundo. Así fue en el caso de México también.

Como escribió Arturo Santamaría en *El viaje de la izquierda mexicana en cuarenta años*: “En muchos sentidos, las propuestas del PRD y el EZLN recogen planteamientos que ya hacía el Movimiento de Liberación Nacional en materia política, social, jurídica y cultural... (aunque) se distancian de su programa económico, radicalmente nacionalista y le

dan un énfasis y claridad a la constitución pluriétnica, multilingüe y pluricultural de la nación mexicana que no tenía el MLN”.

Pero volvamos de nueva cuenta a Revueltas. En aquel momento, la crítica revueltiana podría ser teóricamente correcta pero su aplicación práctica llevaba a un sectarismo extremo y a un aislamiento político muy profundo. El nacionalismo ahora bajo el lema antiimperialista, en cambio, parecía unificar a los grupos progresistas, quienes, seguían proponiendo el cambio bajo el programa de la Revolución Mexicana.

Las interpretaciones revueltianas y nacionalista revolucionaria diferían sustantivamente en un punto: el poder de la ideología.

En *Una democracia bárbara* Revueltas señaló: “Si queremos poner al descubierto la esencia del fenómeno socioeconómico y político mexicano.... es preciso subrayar con todo el énfasis necesario el papel que desempeña la ideología dentro del complejo del poder, pues es (aquí) donde se agazapa y disimula la manipulación real que constituye una de las bases primordiales en que se sustenta el sistema de dominio, al cual se encuentra enajenada la sociedad mexicana...

Gracias a esta fuerza ideológica entonces, “todos los partidos y fuerzas políticas del país, de un modo u otro, de mayor o menor grado, viven, se nutren, actúan dentro de las normas de lo que constituye, en su cabal connotación peyorativa, la práctica de una política ‘a la mexicana’, o sea esa política críptica que se ve en la necesidad histórica ... de proceder a base de sustituciones ideológicas y fetiches doctrinarios que son la expresión subvertida, la idealiza-

ción a la inversa de los propósitos y objetivos verdaderos... que se proponen realizar las clases dominantes de nuestro país". En síntesis, se trata de una ideología que da lugar a un discurso que lo dice toda y nada y por lo tanto puede ocultar sus verdaderos fines.

El nacionalismo podría entonces ser una pieza de esa ideología que confundía los verdaderos propósitos de la clase dominante (Revueltas) o la base de un discurso liberador antiimperialista (MLN).

Llegamos aquí a una conclusión importante: la fuerza total y totalizadora del Estado mexicano es resultado, entre otras cosas, pero fundamentalmente, de una ideología que no encontró oposición ni en otra ideología alternativa, ni en una fuerza social organizada, ni en un partido político alternativo. Ni el socialismo ni el liberalismo (en sus muchas variantes) se convirtieron en ideología en el sentido revueltiano: "como falsa conciencia de lo real" o como "razón de la historia" que fuera adoptada por los sujetos sociales como propia y que expresara sus verdaderos intereses de clase.

Estas ausencias se explican, por un lado en el hecho fundador de la ideología y el Estado mexicanos: la revolución de 1917, pero por el otro en el monopolio político del Estado que hábilmente se logró tejer, eliminando por la fuerza o la cooptación, a casi todas las fuerzas opositoras.

El gran mérito de Revueltas reside en la crítica del poder ideológico del Estado mexicano a partir de una nueva visión de la historia de México, en particular de la Revolución Mexicana. Un poder que logró el sometimiento de la clase obrera (y de otros sectores populares) y que puso

a la izquierda, durante muchos años en una ecuación imposible de resolver. El ejercicio de una crítica radical del nacionalismo y del Estado revolucionario que le impedía convertirse en una opción de masas, o en una izquierda nacionalista y antiimperialista que podía resultar atractiva para muchos sectores populares, pero que no rompía claramente con el discurso oficial. La historia se encargó de resolver este acertijo, pues con el neoliberalismo adoptado por el régimen priista, ya en los años ochenta, y con mayor fuerza en la década posterior, el discurso del poder estatal se vino abajo y con ello, se reveló la verdadera naturaleza del Estado mexicano, descrita por Revueltas.

A pesar de sus ropajes ideológicos, el poder del Estado mexicano se utilizó reiteradas veces contra el pueblo sobre todo a partir de 1948, para tratar de doblegar su resistencia frente a los despojos, las injusticias, el autoritarismo y la corrupción. Revueltas puso en claro, con un análisis que representó una verdadera revolución intelectual, que ese Estado represor no defendía otro interés que la conservación del poder de una élite política y los intereses económicos de una reducida clase dominante.

Hoy en día, esa crítica sigue vigente. Por ello, aunque los términos de las disyuntivas de la izquierda han cambiado por las condiciones impuestas por el neoliberalismo, en el fondo la izquierda se debate todavía entre la necesidad de hacer una denuncia de las desviaciones del poder —su autoritarismo, su corrupción y su impunidad—, y el necesario pragmatismo político que le impone la competencia electoral, el camino de las reformas y su responsabilidad a la hora de ejercer parte de ese poder (del Estado). Entre

una política sectaria y otra de masas. Entre una propuesta política sólida desde el punto de vista teórico e ideológico, y el oportunismo que borra fronteras entre la izquierda y la derecha.

La izquierda ya no vive, hoy, subyugada por el dogma. Pareciera que, por el contrario, su propuesta se diluye o se decolora hasta hacerse difícilmente reconocible, como una alternativa propia, en el marasmo de nuestra vida política. Pero precisamente por eso, las reflexiones de Revueltas son tan necesarias. La inspiración de su pensamiento y de su vida fue, básicamente, la crítica del poder (del Estado, de la burguesía o del comité central) y la búsqueda por convertir a la clase obrera en un actor político, libre del control del Estado y de líderes traidores. Ambas cosas son o deberían ser inspiración, y objetivos, hoy como ayer, de la izquierda mexicana.

México D.F., 19 de junio de 2014.

RECORDANDO A REVUELTAS

Francisco González Gómez

*En memoria de Jorge Fuentes Morúa
y de Bernardo Bader Ocampo*

UNA ÉPOCA REVOLUCIONARIA

Los acontecimientos nacionales e internacionales de los años 50 alimentaban nuestra inquietud y nuestras ansias por comprender y actuar en una época a la que se podía aplicar muy bien el pensamiento de Carlos Dickens en su *Historia de dos ciudades*: “No ha habido tiempos mejores, no ha habido tiempos peores; fueron años de buen sentido, fueron años de locuras; una época de fe, una época de incredulidad; lapso de luz, lapso de tinieblas; primavera de esperanza, invierno de desesperación; lo teníamos todo ante nosotros, no había nada ante nosotros; todos íbamos derecho al cielo, todos marchábamos en sentido contrario. Aquel periodo fue, en una palabra, tan semejante al actual”.

En efecto, a la primavera que había significado el auge de la lucha sindical de electricistas, maestros, telegrafistas, telefonistas, estudiantes y, en el centro, los ferrocarrileros, había seguido el invierno de la represión, de la destrucción del movimiento sindical insurgente que cuestionaba la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que anunciaba la posibilidad de la independencia política de la clase obrera y luego el ominoso asesinato de Rubén Jaramillo.

No fue sencillo para el régimen, atrapado en el tránsito de la sucesión presidencial de Adolfo Ruiz Cortines a Adolfo López Mateos, permitir el avance de la lucha democratizadora. Solamente después del ascenso de la nueva administración, ésta preparó las condiciones para reprimir al núcleo principal del movimiento, el sindicato ferrocarrilero. Todavía reciente la represión, el recuento de las luchas, la asimilación de las experiencias, el balance de lo sucedido provocaba diferentes opiniones en el seno de un campo amplio de lo que podemos considerar el sector progresista del país, desde el Partido Popular, liderado por Vicente Lombardo Toledano, al Partido Comunista Mexicano (PCM), al Partido Obrero Campesino Mexicano (POCM), a un sector del PRI encabezado por el general Lázaro Cárdenas, y a una capa de los intelectuales que sin militancia partidaria apoyaban la democratización del país.

En esa coyuntura histórica se explica que existiera un enconado debate ideológico sobre las perspectivas de las luchas populares y de la izquierda nacional. En el contexto de esa situación surgió la Liga Leninista Espartaco (LLE) cuando todavía estaban vivos los rescoldos de las recientes

luchas populares, no en vano uno de sus documentos principales y del que era autor Revueltas sería titulado *Enseñanzas de una derrota*. A partir de la LLE y de sus planteamientos en los años siguientes se originaría una corriente más amplia y con distintos referentes orgánicos: el espartaquismo.

También en el ámbito internacional había “tiempos mejores” que permitían alentar la esperanza de un futuro no capitalista. El derrumbe de los imperios coloniales y la independencia política de países sometidos a ellos perfilaba un panorama optimista: el triunfo de la Revolución China (1948), la independencia de India (1947) y de Indonesia (1949), tres de los países con mayor población del mundo, dejaban poco al colonialismo europeo en Asia. En Medio Oriente el ascenso del coronel Gamal Abdel Nasser (1952) al gobierno en Egipto y la derrota del intento de Israel, Inglaterra y Francia (1958) de adueñarse otra vez del Canal de Suez dieron un gran impulso a la causa de los pueblos árabes, que continuaban sometidos a las metrópolis capitalistas. En la parte subsahariana de África, habitada básicamente por tribus, avanzaban los movimientos de liberación nacional: Ghana obtuvo su independencia en 1957, y el Congo Belga junto con Kenia y Uganda, por mencionar sólo los más representativos de esa época, continuaban esforzándose por sacudirse el yugo colonial. Respondiendo a la creciente discriminación de la población originaria y al *apartheid*, que impuso la segregación total de los habitantes de origen africano y la obligación de vivir en poblados separados de los “blancos”, se había formado el Partido del Congreso Africano, y poco tiempo después, con Nelson Mandela al frente, se inició la violenta sublevación

contra el régimen racista. En Estados Unidos se extendía el Movimiento por los Derechos Civiles iniciado a mediados de los años cincuenta contra la discriminación de la población afroamericana, obligando al gobierno norteamericano a adoptar acciones más firmes para lograr la integración en las escuelas. Pocos años después surgiría el Partido de las Panteras Negras. En Europa, la Unión Soviética se apuntaba logros enormes al enviar al espacio el Sputnik, el primer satélite artificial, luego colocar en órbita a la perrita Laika y poco después al primer astronauta, Yuri Gagarin.

Merecen mención especial por su influencia en los movimientos revolucionarios mundiales las revoluciones argelina, vietnamita y cubana. La primera, iniciada en 1954 después de ciento treinta años de dominación francesa, fue particularmente cruenta en virtud de la importancia estratégica que le otorgó el capital francés y la presencia de una numerosa población de origen europeo que se oponía a la independencia. La extraordinaria película de Gillo Pontecorvo, *La batalla de Argel*, mostró al mundo las torturas, la represión de los revolucionarios y su heroísmo. Triunfó finalmente en 1962.

En el caso de la segunda, habría que mencionar que durante el siglo XIX Francia se adueñó, con una serie de maniobras, de la península de Indochina y fue sometiendo paulatinamente a Vietnam. Proceso que culminó en 1897, cuando se estableció plenamente el dominio francés. La oposición al colonialismo se manifestó de inmediato con escaso éxito inicial. A partir de los años treinta se incrementó su lucha y alcanzó un nuevo nivel durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los comunistas encabeza-

ron el combate contra la invasión japonesa. Comandados por Ho Chi Minh y el Partido Comunista, el pueblo vietnamita expulsó a los japoneses en 1945 y formó un gobierno que declaró su independencia de Francia. Inconforme, el colonialismo francés inició una guerra para restablecer su dominio, que culminó con su derrota en la batalla de Dien Bien Phu (1954), que dirigió el estratega vietnamita Vo Nguyen Giap; el imperialismo estadounidense entró al relevo y en la década de los sesenta apoyó a un dictador que era su marioneta, violó los Acuerdos de Ginebra de 1954 que establecían el proceso de reunificación del país y su ejército empezó a invadir el país. El pueblo vietnamita respondió con valentía y tenacidad el intento de someterlo a un nuevo colonialismo. Su resistencia era un aliento para los revolucionarios de todos los países y la movilización social a su favor se dio en todo el mundo.

La Revolución Cubana fue un terremoto en América Latina. Una de las dictaduras más sangrientas del continente era la que presidía Fulgencio Batista desde 1952 en Cuba. Para enfrentarla Fidel Castro organizó el movimiento revolucionario que el 26 de julio de 1953 asaltó al cuartel Moncada, sede principal del ejército batistiano, en un intento por derrocar al dictador. Fracasado el ataque, Fidel y sus compañeros sobrevivientes fueron encarcelados. Presionado por la población, Batista se vio obligado a liberarlos y desterrarlos a México. Aquí Fidel reorganizó y entrenó un nuevo contingente que desembarcó en Cuba con mala fortuna, pues fue de inmediato detectado, atacado y diezmado por las fuerzas batistianas. Al mando de doce hombres que se salvaron, Fidel reorganizó su contingente en la Sie-

rra Maestra, que incluía a Ernesto *Che* Guevara, a Camilo Cienfuegos y a Raúl Castro. La guerrilla rural contó con el respaldo del Movimiento 26 de Julio, estructurado en las ciudades, desempeñando un papel fundamental al abastecer de hombres, armas e información a la lucha guerrillera. Derrotado militarmente, Batista huyó de Cuba la madrugada del 1 de enero de 1959. Una huelga general en toda la isla impidió cualquier intento golpista del ejército batistiano. Los revolucionarios entraron triunfantes a La Habana ante la admiración de toda América. La radicalidad de los dirigentes cubanos, su apego a los principios revolucionarios, su negativa a someterse a los dictados de los gobiernos estadounidenses, el respaldo popular que recibieron en todo momento, la profundidad de sus reformas sociales y políticas, conmocionaron al mundo, especialmente a nuestro continente.

El lenguaje y las acciones de los revolucionarios cubanos era contundente, nada parecido se había oído ni visto nunca en nuestro continente. Así lo subrayó Fidel Castro en la Primer Declaración de La Habana: "... la Revolución al llegar al Poder (encontró) un país subdesarrollado, un pueblo que era víctima de todo género de explotación... lo único que han hecho los cubanos es rebelarse ... y liberarse de todo eso". Frente a las agresiones económicas de Estados Unidos el gobierno revolucionario decidió: "cuando produzcan nuevas agresiones económicas, entonces nosotros nacionalizaremos las empresas (norteamericanas) que quedan". Para los gobiernos estadounidenses era inadmisible la política revolucionaria de los cubanos y la negativa a doblegarse a sus órdenes. Instrumentaron el bloqueo eco-

nómico, promovieron atentados contra buques y aviones, armaron grupos mercenarios que agredían a la población, atacaron innumerables veces el territorio cubano cobrando la vida de la población e intentaron asesinar a los dirigentes revolucionarios; finalmente, organizaron una invasión a la isla, pensando repetir el éxito que habían alcanzado en Guatemala en 1954.

La invasión de cientos de contrarrevolucionarios financiados, organizados y entrenados por los gobiernos de Estados Unidos generó una grave preocupación entre todos los que apoyábamos la Revolución Cubana. Hasta esa fecha habían triunfado en América Latina todos los golpes de Estado violentos auspiciados por los Estados Unidos. La ansiedad cedió el paso a la alegría cuando fue derrotada la invasión después de dos días de combate en Playa Girón.

Como respuesta a la agresión, el pueblo y el gobierno cubanos declararon el carácter socialista de la revolución, refrendaron su decisión de resistir y en la Segunda Declaración de La Habana, aprobada en un inmenso acto de masas el 4 de febrero de 1962, gritaron en la voz de Fidel Castro: “No importa que aquí no vengan automóviles en muchos años, no importa que muchos objeto, de lujo no vengan a Cuba... ¡No importa, si ése es el precio de la libertad! ¡No importa, si ése es el precio de la dignidad! ¡No importa si ése es el precio que nos exige la Patria!”. Y más adelante expresó una idea que ha prevalecido durante más de medio siglo “El deber de todos los revolucionarios es hacer la revolución”. El reto era inmenso, Cuba tenía menos de diez millones de habitantes y era una nación pobre; Estados Unidos tenía más de doscientos millones de habitantes,

su gobierno tenía (y tiene) el ejército más poderoso y mejor armado. Los monopolios norteamericanos controlaban la economía del planeta. La más simple comparación hacía evidente la desigualdad de fuerzas. Pues bien, con todas las limitaciones impuestas por el bloqueo económico estadounidense que dura ya cincuenta y cuatro años, por las condiciones materiales en que se ha desenvuelto el proceso cubano y por el colapso del “socialismo real”, la revolución ha subsistido a pesar de errores y condiciones adversas y continúa resonando su llamado “porque esta gran humanidad ha dicho ¡Basta! y ha echado a andar. Y su marcha, de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia. ¡Patria o muerte! ¡Venceremos!”. Así sentíamos en esos años la confrontación con el capitalismo estadounidense. No era una frase vacía gritar ¡Cuba sí! ¡Yanquis no! Y lo que vivíamos nosotros también resonaba en toda América Latina y activaba la decisión de lucha entre los pueblos de numerosos países.

La Conferencia de los Países no Alineados, realizada en la ciudad de Bandung, Indonesia (1955), ofrecía una alternativa a la *guerra fría* entre Estados Unidos (EU) y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); el “espíritu de Bandung” llamaba a construir un mundo pacífico, condenaba el colonialismo en todas sus manifestaciones y contribuía a realzar mundialmente la presencia de las naciones recientemente descolonizadas y a sus líderes: Ga-

mal Abdel Nasser, de Egipto; Jawaharlal Nehru, de India; Sukarno, de Indonesia; Mao Tse-Tung y Chou En-Lai de China, y Ho Chi-Minh, de Vietnam.

Una de sus consecuencias fue la formación del Movimiento de Países no Alineados (1961), con la incorporación de Josip Broz Tito, de Yugoslavia, al cual también se afilió Cuba, cuyos dirigentes Fidel Castro y Ernesto Guevara ya eran mundialmente conocidos y gozaban de prestigio en todo el orbe. Estos acontecimientos alentaban la idea de que vivíamos “tiempos mejores”, permitían abrazar la idea de que vivíamos en los albores de una nueva era de cambios revolucionarios. Muchos hacíamos nuestras, estremecidos de emoción, las palabras del gran pensador argentino Aníbal Ponce: “¿Cómo no vamos a poder nosotros ante el espectáculo prodigioso de millones de seres humanos liberados y de otros millones ya resueltos a liberarse, salir al encuentro de la historia para decir tan alto como la voz lo permita que estamos viviendo con lucidez absoluta este momento, el más dramático de la vida del hombre, y que tan seguros nos sentimos del porvenir inevitable —cualquiera que sea la suerte personal que el destino nos reserve— que ya podemos desatar al viento la infinita alegría de vivir ahora?”.

Simultáneamente había “tiempos peores”, en los años 50 y 60 se desataba la *guerra fría* entre la URSS y EU, ambos respaldados por bloques militares. El primero de esos países por el desaparecido Pacto de Varsovia, y el segundo de ellos por el Tratado del Atlántico del Norte, todavía vigente, actuante y siempre con la pretensión de imponer el dominio mundial estadounidense. La amenaza de un conflicto nuclear

estaba presente y atemorizaba a la población mundial. Aunque muchos en México nos sentíamos identificados con la URSS y considerábamos que ella tenía un mayor interés en conservar la paz mundial. No teníamos duda en esto, los gobiernos estadounidenses eran quienes impulsaban las guerras de agresión todo el orbe. Eso sigue igual.

En Estados Unidos el macartismo llevaba a cabo una persecución canallesca contra personalidades, artistas y literatos democráticos y de izquierda. Acordes con los tiempos las oligarquías latinoamericanas apoyadas, financiadas e impulsadas por los gobiernos estadounidenses implantaron regímenes dictatoriales en la mayoría de los países del continente y del Caribe, dejando solamente a México, Chile, Uruguay, Bolivia y Costa Rica con gobiernos formalmente democráticos, y en algunos de ellos al poco tiempo se impondrían dictaduras igualmente represivas. Para los jóvenes de entonces fue especialmente traumática la experiencia guatemalteca. Gobernaba Guatemala desde 1951 el Coronel Jacobo Árbenz, quien había ganado las elecciones presidenciales y emprendido una reforma agraria que afectaba a la poderosa empresa gringa *United Fruit*, de triste memoria en toda Centroamérica, la cual con el respaldo del gobierno estadounidense financió y organizó la invasión contrarrevolucionaria que derrocó a Árbenz en 1954 e impuso una terrible dictadura que duraría varias décadas.

Desde luego que la crítica emprendida por Nikita Jruschov contra el estalinismo, embozada como campaña contra el “culto a la personalidad”, durante la celebración del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS, 1956) estremeció los cimientos del movimiento

comunista internacional y alimentó la esperanza de un giro para desplazar al burocratismo y a la dictadura que caracterizaban al gobierno soviético.

También parecía abrir el camino para una renovación teórica del marxismo, necesaria después de largos años de dogmatismo y represión ideológica realizada por el estalinismo. Significó asimismo la posibilidad de una distensión en las amenazas de la *guerra fría* y alentó los movimientos de resistencia contra la dictadura burocrática soviética en Hungría y Alemania Oriental. El llamado *Informe secreto* develaba los crímenes que había cometido Stalin, su dictadura dentro del Estado y el partido, el régimen de terror que había impuesto, los errores en la conducción económica, el burocratismo y la represión contra los disidentes. Muchas de las denuncias formuladas por Jruschov ya habían sido planteadas por Trotsky y sus seguidores, y por sobrevivientes de las persecuciones de los años 30 que habían logrado exiliarse.

El *Informe secreto*, presentado al XX Congreso del PCUS por Nikita Jruschov, fue el origen visible de las discrepancias políticas entre los partidos comunistas de la URSS y de China; además, detonó una profunda crisis en la mayoría de los partidos comunistas, en los cuales se habían enquistado burocracias ajenas al movimiento obrero y a las luchas de los trabajadores. Analizar este proceso rebasa el objetivo de este escrito y me limito a señalar que hubo profundas repercusiones en el movimiento comunista mexicano.

Las imágenes de las acciones revolucionarias, sus triunfos y derrotas activaron nuestra imaginación juvenil. Nos hicieron pensar que era posible hacer justicia contra

los represores. Admirábamos la juventud de los dirigentes cubanos, la hazaña del Che Guevara atravesando zonas inhóspitas y conquistando Santa Clara, la recepción masiva que les daba el pueblo, la destrucción de los casinos propiedad de la mafia gringa y de sus mesas de ruleta arrojadas por los balcones por los cubanos, el juicio público y el fusilamiento de los torturadores pertenecientes a las policías batistianas. Todo ello nos entusiasmaba. Aunque también las derrotas calaron nuestra mente, la muerte de Patricio Lumumba. Las escenas de la *Batalla de Argel* nos conmovían y motivaban.

UN POCO DE AUTOBIOGRAFÍA

Conocí a José Revueltas en 1959. Su hijo Fermín y yo éramos condiscípulos en la Vocacional número uno y después en la Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura (ESIA) del Instituto Politécnico Nacional. Estudiábamos la carrera de ingenieros arquitectos y gracias a él me relacioné con Pepe.

En la vocacional cursábamos el segundo año y teníamos una materia denominada *Introducción a la filosofía*, que impartía el profesor Peraza, quien era militante del Partido Popular Socialista (PPS). La mayoría no sabíamos nada de filosofía, pero impregnados de las enseñanzas religiosas intentábamos rebatir los argumentos del profesor sobre el materialismo dialéctico. Obviamente, perdíamos. Decididos, otro compañero apellidado Blanco Morfín y yo fuimos con los curas de la iglesia de Santiago Tlatelolco, que estaba cerca de mi casa, para que nos asesoraran. A la tercera plática me peleé con el cura por su rechazo a la reforma

liberal y sus injustificadas críticas contra Benito Juárez y el juarismo que abracé desde la secundaria gracias al libro de *Historia de México*, de Alfonso Toro. No volví a la iglesia y conforme leía más, me fui alejando de la religión, pero mi condiscípulo se hizo más religioso. Así son las cosas.

Fue entonces cuando la amistad con Fermín se consolidó. Teníamos inquietudes similares; me invitó a su casa varias veces, donde conocí a su hermana Andrea y a su mamá, Olivia Peralta. Años más tarde, Andrea desempeñaría una labor insustituible en la recopilación de las *Obras completas* de José. Cuando ingresamos a la ESIA, en 1959, éramos un pequeño grupo de estudiantes inquietos, simpatizantes de la izquierda. Debido a nuestras coincidencias políticas Fermín nos invitó a platicar con José Revueltas. Formaban parte de nuestro círculo de estudios Juan Manuel Dávila, Julio Chiw Wong, Mortimer Tappan, Rafael Espinoza, Fermín y yo. Vivía Fermín en la calle de Morelia y ahí tuvimos la primera reunión con José. Fue impactante. Amable y paciente respondió a la andanada de preguntas que le hicimos sobre la Revolución Cubana, el movimiento estudiantil japonés, la huelga ferrocarrilera, la lucha de los maestros, el socialismo y muchos temas más. Fueron dos horas que empezaron una relación cercana que cambió mi vida.

En esa reunión Revueltas estaba contento, de muy buen humor respondía nuestras dudas tranquilamente. Cuando lo traté más, me di cuenta de que el mal humor no era parte de su personalidad, en cambio sí lo era una extrema sensibilidad que lo hacía padecer, como si fuera en carne propia, los sufrimientos y las angustias de la parte más frágil del pueblo. Nos impresionó mucho su sencillez, su trato cordial. Acordamos seguir reuniéndonos para estudiar algunos textos del marxismo-leninismo.

Poco a poco fuimos conociendo a otros integrantes del grupo: Enrique González Rojo, Eduardo Lizalde, Jaime Labastida, Virginia Angélica Gómez Cuevas y otros compañeros. Todos venían de una lucha difícil. Aprovechando el impulso renovador que el XX Congreso del PCUS le imprimió al movimiento comunista internacional y su experiencia militante, Revueltas, junto con González Rojo, Lizalde y demás miembros de las células Carlos Marx, Engels (en la que militaba el destacado historiador Juan Brom), Joliot-Curie y otras, iniciaron una crítica de la trayectoria del Partido Comunista Mexicano (PCM), que encontró la resistencia burocrática de la dirección del partido y la distorsión deliberada y el silencio de sus planteamientos.

Decidieron entonces abandonar el PCM y se incorporaron por un lapso breve al Partido Obrero Campesino Mexicano. Arnoldo Martínez Verdugo, muy de acuerdo con la época y en el peor estilo estalinista, acusó a la corriente de José Revueltas de sostener posiciones revisionistas y liquidadoras, de defender la tesis sobre la “inexistencia” histórica y práctica del partido y “la quiebra política (del) movimiento comunista (mexicano) en su conjunto”. Agregaba que “desde sus primeras intervenciones en el partido, después de su reingreso en 1956, Revueltas comenzó a exhibir una desviación ‘democratista’ en los problemas de la vida interna del partido (y) pretendió dar carta de naturaleza a la organización de tendencias en el interior del partido...”. Fue el mismo Martínez Verdugo que 10 años más tarde, en un afán de salvar a su partido de la quiebra, transformarlo y democratizarlo, aceptó la formación de tendencias y poco después encabezó la metamorfosis del PCM en Partido So-

cialista Unificado de México, primero; Partido Mexicano Socialista, después, y finalmente lo desintegró. Si alguien hubiera usado el lenguaje de antaño diría que lo “liquidó” para formar el Partido de la Revolución Democrática (PRD), confirmando ya no su “inexistencia histórica” sino su inexistencia física. Algunos recuperan, con benevolencia y adaptándolo a las circunstancias, el verso que dice “crímenes son del tiempo y no de España”, obviamente después de que las víctimas ya no pueden decir nada.

Cuando nuestro pequeño grupo estudiantil entró en contacto con Revueltas y sus compañeros, su salida del POCM era cuestión de semanas. Una vez que renunciaron, el 4 de septiembre de 1960 se constituyó la Liga Leninista Espartaco (LLE), se asumió la denominación de Liga porque todavía no se era partido; leninista, porque el eje de su posición política era rescatar la teoría de Lenin sobre el partido; Espartaco en honor la Liga Espartaquista fundada en 1916 por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo cuando rompieron con el Partido Socialdemócrata Alemán, que había apoyado la guerra imperialista de 1914. Revueltas explicaba que adoptar ese nombre era reconocer la importancia de actuar con principios en momentos de crisis.

En esta nueva organización Revueltas continuaba con la idea presente desde su reingreso al PCM en 1956 y que había desarrollado con sus camaradas en el partido: la tarea primordial era reestructurar la izquierda revolucionaria dentro de un verdadero partido marxista-leninista. El meollo de su crítica era que el PCM no actuaba conforme a una línea marxista leninista, que no cumplía con las tareas “históricas” que debía desempeñar, que había sido incapaz

de deslindarse, criticar e independizarse de la ideología de la Revolución Mexicana, que esto impedía que encabezara la lucha por la independencia ideológica del proletariado; su programa era reformista, no socialista, no observaba las normas leninistas de organización partidaria, no permitía la crítica ni practicaba la autocrítica de sus errores. En síntesis, que no era la vanguardia del proletariado mexicano, que no era un partido comunista a pesar de que utilizara ese nombre. La corriente formada por varias células, la célula Marx y otras, denunciaban por lo tanto que no tenía una “existencia histórica” como partido comunista, sino como partido pequeño burgués y que lo urgente era iniciar su transformación; no negaban la existencia física de un grupo que decía ser el PCM, pero que éste no reunía las características de los partidos verdaderamente comunistas ni cumplía con su misión “histórica”.

Los integrantes de nuestro círculo de estudios abrazamos esta concepción e ingresamos a la Liga el 20 de septiembre, si bien el compromiso y la militancia política de cada uno de nosotros fue diferente. Así, Juan Manuel Dávila y yo fuimos más constantes, al grado de que todavía seguimos, cada uno en su campo de acción, comprometidos con el movimiento revolucionario. Nuestro grupo formó una célula a la que los integrantes de la dirección de la LLE se referían como los “niños cantores” debido a nuestra juventud.

Continuaba una situación muy agitada en el país por la represión a los ferrocarrileros. Ante la ilegalidad y lentitud con la que se les procesaba, treinta y un presos políticos, entre ellos Demetrio Vallejo, Filomeno Mata, Valentín Campa y David Alfaro Siqueiros iniciaron una huelga de

hambre el 19 de noviembre de 1960 al mediodía. Acallados los medios de difusión, la prensa ni siquiera aceptaban inserciones pagadas de familiares y simpatizantes de los presos, dispersados violentamente por los granaderos los intentos de manifestación en su favor, el día 23 se efectuó una reunión en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP) y se elaboró un llamamiento para respaldar la acción de los presos. Revueltas promovió una huelga de hambre solidaria de intelectuales y artistas, y se instaló en la ENAP. Participaron en ella José Emilio Pacheco, Enrique González Rojo, Jaime Labastida, Eduardo y Enrique Lizalde, Juan de la Cabada, Emmanuel Carballo, Jesús Guerrero Galván, Gastón Melo, Carlos Prieto, Sergio Pitol, Aurora Reyes y Rodolfo Reyes.

Los acontecimientos se sucedían aceleradamente, los militantes de la LLE no tuvimos oportunidad de acompañarlos y organizar mejor el apoyo, pues el 25 de noviembre los presos políticos decidieron levantar su protesta en virtud de que el gobierno había dado respuesta parcial a su petición y agradecieron las muestras de solidaridad y respaldo que habían recibido.

El encarcelamiento de Siqueiros le quitó a Revueltas un aliado en la lucha que iniciaba al interior del PCM. Juntos habían firmado un importante ensayo denominado *La situación actual del Partido y las tareas relacionadas con su transformación en un verdadero partido marxista-leninista del proletariado*, conocido también como *Tesis Siqueiros-Revueltas*, para una Conferencia del PCM celebrada en agosto-septiembre de 1957. Esta Conferencia “tiene una gran importancia, pues marca el inicio formal de la lucha interna”, por ello no se entien-

de por qué los recopiladores no la incluyeron en sus *Obras completas*, si bien reconocen que “en este trabajo, los autores destacaban la importancia de la conferencia, que reveló el hecho de que existían dos tendencias en el seno del Partido (aproximadamente la base y los cuadros contra la mayoría de la Dirección); éste era un fenómeno ‘habitual y constante en la vida del Partido’; no obstante, la Dirección violaba los principios del centralismo democrático, al abusar de su poder y querer imponer opiniones; se señalaba además que la autocrítica de la dirección era falsa y abstracta. Por otra parte, los autores abordaban la cuestión electoral”. Preso Siqueiros, Revueltas continuaría la lucha interna defendiendo la crítica hecha en ese documento apoyado por los militantes de la célula Marx y de otras.

La huelga de hambre de San Carlos, como la conocimos en la LLE, provocó un intenso debate. González Rojo y yo defendíamos la posición de que era indispensable participar más abiertamente en el movimiento democrático y social, Revueltas y Lizalde consideraban que no teníamos las condiciones para hacerlo. Recuerdo que Lizalde lanzó una frase lapidaria: “la huelga de hambre es la demostración práctica de que no podemos hacer práctica”. Finalmente triunfó la decisión de concentrarnos en las tareas de orden teórico que aceleraran la construcción del Partido proletario.

Al poco tiempo la cuestión de tener mayor participación en la lucha política y social volvió a presentarse con la fundación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), concebido como un frente amplio de las fuerzas democráticas y antiimperialistas. Volvimos a ser derrotados quienes deseábamos participar en tareas “prácticas”. Para entonces

me había integrado a la dirección de la LLE por un acuerdo unánime que habían adoptado los compañeros que la conformaban. Con ese carácter defendí la idea de vincularnos al MLN, perdí la votación. No quedé muy convencido de la decisión, pero la disciplina me hizo acatar el acuerdo. En esa coyuntura no era un asunto menor la reunión que originó al MLN. Resultado del impacto que la Revolución Cubana tenía en toda América Latina, especialmente en México, fue convocada la Conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que inició sus actividades el 5 de marzo de 1961 con la asistencia de un gran número de personalidades y organizaciones de toda América, incluyendo a Estados Unidos, Canadá y una delegación de la China Popular. En la organización y convocatoria al evento desempeñó un papel central el general Lázaro Cárdenas. Representaba un esfuerzo por aglutinar y darle organicidad al apoyo a la Revolución Cubana e impulsar la lucha antiimperialista en todo el Continente Americano.

Pocos meses después de la Conferencia Latinoamericana se formó el MLN. Quienes proponíamos participar aquilatábamos la importancia del evento y la inconveniencia de aislarnos. Mi inconformidad aumentó cuando revisaba en la imprenta, a fines de 1961, el libro de José, el *Ensayo de un proletariado si cabeza* (abril de 1962). Revueltas escribió en sus páginas que el belicismo y la “irracionalidad burgués-imperialista” ya no podían mantener enajenados “a la gran mayoría de los miembros individuales de la propia clase burguesa, y menos aún en los países dependientes... La lucha por la paz, en este sentido, es uno de los caminos que se ofrecen a la persona individual del burgués para

desenajenarse de la irracionalidad de la clase burguesa... Ahora la lucha por la paz se identifica con la aceptación del modo de vista socialista, como el único modo verdaderamente racional, humano y fraternal en que el hombre puede vivir". De alguna manera esto se concretaba en la realización de la Conferencia Latinoamericana a la que nos habíamos negado a asistir y fue un motivo de malestar entre algunos militantes entre los que me encontraba.

La tarea principal era formar círculos de estudio para conocer la teoría revolucionaria y difundir las ideas del espartaquismo y repartir sus publicaciones. Fue en esa época cuando conocí a Raúl Álvarez Garín. Sucedió que Juan Manuel Dávila, compañero de la escuela y militante de la LLE, persona inteligente y callada con una gran vocación por la arquitectura, integró un círculo de estudios en el multifamiliar Juárez. Yo asistía regularmente y Raúl era su vecino y conocido. Fuimos a platicar con él sabiendo que pertenecía a una familia cercana al PCM. La plática fue bastante ríspida, Raúl se asombró de que perteneciéramos a la Liga y aunque él no militaba entonces en la Juventud Comunista, defendió la posición del Partido. Fue una discusión prolongada y bastante áspera, ya que ninguno de los dos éramos peritas en dulce, giró en torno del conflicto ferrocarrilero y las discrepancias que originaron la salida de los integrantes de la célula Marx y de Revueltas del PCM. Concluimos montados en nuestro macho cada uno. En el movimiento revolucionario nos encontramos muchas veces participando en la lucha estudiantil y sindical. A lo largo de cinco décadas de militancia revolucionaria fueron reiterados nuestros contactos. Pocas veces coincidíamos en

la orientación que había que imprimirle al movimiento. Él había ingresado a los pocos meses de nuestra primera discusión a la Juventud Comunista y las discrepancias eran grandes. Después me hice partidario del maoísmo y él no; aunque se alejó del PCM siguió una línea diferente. A pesar de las diferencias siempre reconocí en Raúl su gran capacidad como dirigente político, su honestidad, su tenacidad en la lucha, su carisma y su voluntarismo. Indudablemente fue el líder más importante que ha tenido el movimiento estudiantil en México. Con el paso del tiempo y en la medida que nos aceptábamos como parte de la izquierda revolucionaria, sobrevivientes de la misma tribu de la que tantos habían desertado, el trato fue mejorando y en sus últimos años fuimos cada vez más cordiales y afectuosos uno con otro. Al fin de cuentas éramos combatientes en la misma trinchera.

En los círculos de estudio el *¿Qué hacer?* de Lenin era nuestro libro de cabecera, recitábamos como una oración la conocida expresión “Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario” y otros pensamientos similares, reivindicábamos la necesidad de una “teoría de vanguardia” (que a la luz de la pobreza teórica provocada por el estalinismo era y es necesaria). Aprendimos los orígenes del PCUS, las aportaciones del periódico *Iskra*, la polémica de a quién debería considerarse militante, plasmada en *Un paso adelante, dos pasos atrás*, libro acerca de la división entre bolcheviques (mayoría) y mencheviques (minoría) en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

También leímos otros textos leninistas importantes: *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*;

El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo. Fue intensa nuestra formación y los libros de Federico Engels formaron parte de ella: *Del socialismo utópico al socialismo científico; Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana;* *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de Carlos Marx. *Salario, precio y ganancia; Miseria de la filosofía; El 18 de Brumario de Luis Bonaparte; Trabajo asalariado y capital, Las luchas de clases en Francia, La guerra civil en Francia* y, desde luego, *El Manifiesto Comunista*, escrito junto con Engels. Los que fuimos asiduos a esta intensa formación política realizada en más de tres años no podemos quejarnos de los maestros que tuvimos. Si no aprendimos fue culpa nuestra.

Asimismo, leíamos novelas y crónicas que acrecentaban nuestra admiración y cariño por la Revolución de Octubre: *Diez días que estremecieron al mundo, Así se templó el acero, La madre, Energía*, y veíamos películas que nos entusiasmaban: *Cuando pasan las cigüeñas, El destino de un hombre, La batalla de Argel*. Esto fue muy importante para mi generación, los espectadores salíamos de las salas de cine gritando “muera” al imperialismo. Las películas de Serguéi Eisenstein *La huelga* y, particularmente, *El acorazado Potemkin*, con esa maravillosa escena de la escalera del puerto de Odesa cuando los marineros del acorazado responden a la agresión del Ejército ruso y los cosacos contra los habitantes que saludan desde el muelle durante la revolución de 1905 en Rusia, es inolvidable y una de las de mayor impacto visual en la historia de la cinematografía, nos dejaban el grato sabor de que la revolución proletaria avanzaba.

El prestigio de la URSS era gigantesco: Yuri Gagarin, el primer astronauta en viajar al espacio y volar alrededor

del planeta, era soviético; el imperialismo estadounidense había sido rebasado en la carrera espacial y en algo tan temible como el armamento nuclear la URSS estaba ya al parejo; Jruschov ponía en ridículo a Nixon y hacía oír su voz en la ONU; en fin, todo parecía reflejar que el país del socialismo se estaba convirtiendo en la primera potencia mundial. Además, pregonaba la coexistencia pacífica entre los dos sistemas sociales. No teníamos todavía discrepancias de la forma como la practicaba Jruschov. Desde luego existían nubarrones en este cielo de optimismo. Las escenas de Patricio Lumumba, héroe de la independencia congoleña, siendo aventado a la caja de un camión de carga por los militares golpistas, las escenas de la guerra de Vietnam, que empezaba a enfrentar una mayor intervención estadounidense, nos hacían comprender que la lucha era mortal.

Concentrados en las tareas de crear las condiciones para construir un partido proletario retomábamos todo lo que había en esa ruta. Ejemplo de ello es un extenso poema de Vladimir Maiacovski, poeta soviético, escrito en 1924 que recorre la historia de Rusia, la Revolución de Octubre de 1917 y el papel de Lenin en la Revolución.

A continuación, me parece ilustrativo citar un fragmento del poema *Vladimir Ilich Lenin*, que refleja el espíritu que nos animaba en esa época:

El individuo, solo, es un mito.

El individuo, solo, es un cero.

*El individuo solo, aún siendo fundamental,
no podría levantar, simplemente una viga de cinco
metros,*

*y menos una casa de cinco pisos.
El Partido, son millones de hombres estrechamente
unidos.
El Partido, levantará la vida hasta el cielo,
elevando a todos, y a cada uno.
El Partido, es la espina dorsal de la clase obrera.
El Partido, es la inmortalidad de nuestra causa.
El Partido, es lo único que jamás me traicionará.
De la clase, el cerebro.
De la clase, la fuerza.
De la clase, la gloria.
Eso es el Partido.
El Partido y Lenin, son hermanos mellizos.
¿A quién la historia prefiere?
Cuando decimos, Lenin,
entendemos, Partido.
Cuando decimos Partido, entendemos Lenin.*

NOTAS BREVES SOBRE LA HISTORIA DE LA LLE

Centrados en el estudio participábamos poco en política, aunque estábamos saturados de tareas. En mi caso atendía diversos grupos aquí en la ciudad y salía a Chapingo para coordinar el trabajo del grupo que teníamos en esa institución educativa. En mi papel de dirigente de la LLE fui a Monterrey a reclutar a los compañeros del grupo de Severo Iglesias y viajaba a regularmente para atender sus reuniones. También acudía en ocasiones a Morelia con otro grupo.

Además, absorbí otras responsabilidades necesarias para el desarrollo de la LLE: inicié mi labor con las publica-

ciones. Colaboraba en la edición de la revista *Espartaco*, que era nuestro órgano de difusión, estaba al pendiente de la impresión. En esa época me hice amigo de González Rojo. La dirección nos encomendó algunas tareas que debíamos realizar conjuntamente y nos frecuentábamos. Me ayudaba mucho su don natural de educador. Aprendí con él los rudimentos de la redacción. A veces dábamos paseos por las calles de Coyoacán, él vivía en la de Berlín, y me leía en algún parque sus nuevos poemas, me pedía sugerencias y opiniones, ¡a mí, que a duras penas redactaba una cuartilla! Nuestra amistad sufrió un quebranto después de la escisión de Revueltas, cuando quedamos como responsables de la LLE junto con Labastida, que estaba en Morelia, y otros compañeros. Pero esa es otra historia. Puedo dejar constancia de que a lo largo de cincuenta y seis años de conocernos, durante los cuales tuvimos discrepancias y reconciliaciones políticas, conservamos la amistad y mi admiración por el poeta no ha disminuido.

Aunque Enrique me incitaba a escribir y revisaba mis textos, no me sentía capacitado para ello. Me esforzaba por garantizar la publicación de *Espartaco* y del importante libro de José. Iba a la imprenta, que estaba en la calle de Platino, a recoger las pruebas de galera y de página, las regresaba corregidas, labor que efectuaba con otros compañeros. La publicación del libro de José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, fue emprendida como una tarea de todos. Para allegarnos el costo de la edición vendíamos bonos con el compromiso de entregar el libro una vez publicado. Colaboré con la compañera Virginia Gómez Cuevas en la revisión de las pruebas de plana y de galeras, en corretear

a los impresores que colocaban en segundo término nuestro libro porque no pagábamos. Cuando por fin apareció, en abril de 1962, fue un enorme gozo, palpábamos el libro, —aunque a mí no me gustaba la portada diseñada por Julián Oliva—, olíamos la tinta. Nos dedicamos a estudiarlo, difundirlo y entregarlo a quienes habían comprado bonos, pagándolo con anticipación.

Aquellos años los vivió José en un diminuto departamento amueblado en la calle de Holbein, cerca de la Ciudad de los Deportes. El espacio era muy reducido y se congestionaba fácilmente cuando nos reuníamos los de la Dirección. Pepe vivía en condiciones precarias. Sus ingresos eran bajos y recibía un pequeño salario gracias a una colaboración periodística que Enrique Ramírez y Ramírez, director de *El Día* y antiguo compañero de militancia en el PCM y el PP, le había dado, pero era insuficiente. En muchas ocasiones nos cooperábamos para saldar el pago de la renta. Nos preocupábamos por garantizar que tuviera comida, pues era descuidado en ese aspecto.

Más de una vez charlábamos durante horas. José tenía un tema recurrente y central: la situación del movimiento comunista internacional. ¿Qué pasaba con Yugoslavia que se había alejado del bloque socialista? ¿Cuál sería el derrotero de la Revolución Cubana? Criticaba duramente a Regis Debray y su folleto *Revolución en la Revolución*. Pero sobre todo, como una obsesión, volvía una y otra vez a interrogarse y a interrogarnos acerca de cómo se conocería en la historia el siglo XX, si sería conocido como el siglo de la Revolución de Octubre o el siglo de los Procesos de Moscú. Él se inclinaba por la segunda respuesta. Los demás no teníamos una posición firme sobre ello.

Fue especialmente sobrecogedora la lectura que una noche nos hizo José de un fragmento de su nueva novela, *Los errores*, aquella parte en que narra la fuga de un preso político de Lecumberri (Olegario) a través de las alcantarillas. Me estremecí al oír cómo subían las ratas por su pierna y el forcejeo en medio de la oscuridad para librarse de ellas. Lo más impactante es cuando su interlocutor (Emilio) compara su experiencia en medio de los roedores con la que él vivió luchando contra la burocracia soviética y le respondió: “Lo imagino todo (...) Tú, tres días; yo tres por trescientos sesenta y cinco (...) Un caño de agua sucia. El paraíso de las ratas. Los burócratas (...) llevados de un falso celo dogmático, de una ortodoxia fingida, tan sólo en busca de las pequeñas comodidades y de las condecoraciones. Entretanto, los verdaderos comunistas callan, sombríos y con los dientes apretados. No es que tengan miedo. Dicen que deben preservar sus vidas para que puedan comparecer como testigos de cargo (...) De lo contrario piensan que en el futuro no habrá comunistas: un comunista auténtico es difícil hacerse, se crea con un esfuerzo enorme. Se construye con lentitud”. Todos guardamos silencio, como si nos hubieran develado una verdad oscura, como si nos hubiera acercado a un abismo que debíamos evitar. Esa noche quedó en mi memoria, comprendí lo difícil que es ser un comunista verdadero y entendí mejor lo que Pepe siempre decía: mis novelas forman parte de mi pensamiento político.

Esta novela de Revueltas ha dado pie para presentarlo como un individuo desencantado, cuya esperanza había sido defraudada. En parte tienen razón. No sólo Revueltas quedó defraudado, también millones de comunistas y sim-

patizantes en el mundo entero, por el derrotero que siguió la URSS y el fracaso en que concluyó la construcción de la utopía socialista. Lo admirable en Revueltas es que el “desencanto” no lo condujo a entregarse a la política de la burguesía, a defender al capitalismo “benefactor, modernizador y reformista” como tantos intelectuales que se han convertido en escritores adalides de una modernización que no ha traído ni traerá mejores condiciones de vida a las mayorías.

Muchos olvidan también que Revueltas denunciaba siempre la deshumanización del capitalismo, que ése era el núcleo de su militancia, la crítica de la profunda enajenación que impone a los individuos este sistema, la devastación personal a la que los conduce. Todo ello lo denunció Revueltas en una de sus novelas poco leídas y menos comentadas: *Los motivos de Caín* (1957). Obra en la que presenta la absoluta destrucción moral que impone el imperialismo a las personas. En este libro narra la historia de un soldado de origen mexicano, integrante del Ejército estadounidense (Jack) durante la Guerra de Corea (1950-1953), obligado a presenciar y a participar en la tortura de un militante comunista norcoreano, con raíces maternas mexicanas, quien resiste los peores castigos: “Lo desconcertante es que no se queja, teniente Morris (...) ni un quejido, y esto nos impide saber hasta qué grado sufre, o si no sufre en absoluto. ¡Es como para que cualquiera enloquezca de rabia con estos bastardos amarillos!”. Se cumplía así la premonición que había tenido Jack cuando lo capturó y vio su carnet de comunista: “parecía de esos comunistas convencidos, de esos que son incapaces de soltar la lengua aunque se les meta en un caldero de agua hirviente (...) El muchacho no iba

a pronunciar una palabra". Es la novela de un Revueltas maduro; su siguiente obra sería *Los errores*.

Confrontar ambos textos da la primera impresión de que son dos autores diferentes. No es así. El contraste entre una burocracia sórdida, ajena a toda convicción política, ante la cual los verdaderos comunistas guardan silencio, con la conducta estoica rayana en el heroísmo del comunista norconeano. Porque los comunistas, argumenta Revueltas, vivían "una conciencia dividida en dos esferas: la esfera racional, que los ha hecho afiliarse a una de las causas más nobles de la historia humana, y la esfera mágica, irracional y fideísta" que les impide asumir una autocrítica de su partido. Poner de relieve esta circunstancia, doliéndose del sufrimiento que vivieron bajo el estalinismo los verdaderos comunistas atraviesa toda la obra literaria de Revueltas. Al mismo tiempo acusa la irracionalidad absoluta del capitalismo. Su crítica a la burocracia responde básicamente a que es un obstáculo para combatir al capitalismo al limitar la capacidad de acción y pensamiento de los comunistas.

Cuando le solicité a José que me dedicara *Los motivos de Caín* se mostró un tanto sorprendido y me preguntó dónde lo había conseguido. Le respondí que en la librería Zaplana, que estaba en San Juan de Letrán antes del terremoto de 1985, que la vendían a un peso porque no tenía demanda. Evidentemente se molestó porque se malbarataba su trabajo. Era consciente de que su éxito literario no se correspondía con un éxito de mercado y no le importaba demasiado. Lo mismo había sucedido con *Los días terrenales* en 1949, cuando a pesar de la polémica pública en torno a este libro se vendieron unos cuantos ejemplares. Antes de

convertirse en el símbolo del movimiento del 68, las obras de Revueltas no tenían mucho éxito de ventas.

Revueltas conoció etapas de muy escasos recursos en los años treinta. Mejoraron sus ingresos cuando ingresó a la industria cinematográfica. Al final de los años cuarenta y los primeros de la década de los cincuenta vivía en un departamento en las Lomas de Chapultepec gracias a su trabajo en la industria cinematográfica. Si bien no tenía una forma de vida lujosa, era más holgada que la de los años en Holbein. Aun así nunca tuvo una situación ampliamente bonancible ni remotamente opulenta, como lo expresa en varias de sus cartas personales en las cuales se queja de algunos aprietos económicos. Era muy reservado en su vida personal. Muy pocos compañeros tenían información de ella, y nunca comentaban nada. No supimos los problemas personales que vivía, ni las causas que lo llevaron a separarse de su segunda esposa, María Teresa Retes, de eso no hablaba y nosotros respetábamos su discreción.

Sabíamos un poco de los conflictos que había vivido en la industria cinematográfica y que había renunciado a esa actividad por sus enfrentamientos con el monopolio que conformaban Manuel Espinosa Iglesias, Gabriel Alarcón y Williams Jenkins, quienes acaparaban ya la exhibición fílmica. Fue determinante para alejarse de esa labor su decisión de integrarse por completo a la vida política y partidaria. Aunque su carrera en la industria cinematográfica fue notable en la llamada “Época de Oro” del cine nacional, estábamos convencidos de que había optado por dedicarse de tiempo completo a la actividad política renunciando a su carrera como argumentista y guionista de películas. Lo cual significaba una vida mucho más austera.

Junto con el director Roberto Gavaldón formó una de las parejas creativas más importantes del cine mexicano, con películas como *La diosa arrodillada* (1947), *En la palma de tu mano* (1950), *El rebozo de Soledad* (1952) y *La escondida* (1955). También trabajó con otros directores. Efraín Huerta lo bautizó en esos años como “El pájaro”, y decía de él: “Otro ser humano con bastantes ideas de cine es “El Pájaro” José Revueltas, a quien fuera de México se le considera como uno de los dos o tres más brillantes novelistas de México”. Resultado de su última estancia en la cárcel de Lecumberri fue la novela corta *El apando*, que se filmó con guión de él y de José Agustín.

Para nosotros, noveles militantes, José Revueltas aparecía como un personaje extraordinario, formado en los duros años treinta, cuando la lucha contra el fascismo era la principal tarea de los comunistas. Aún siendo adolescente había padecido dos deportaciones a las Islas Marías y cargaba con la aureola legendaria de los combatientes comunistas que en esos años se caracterizaban “por su internacionalismo y la convicción apasionada con la que dedicaban sus vidas a la causa (...) y se contaban ‘entre los más valientes de los valientes’”. Nunca alardeaba de su militancia, ni de sus éxitos literarios como novelista, escritor teatral o guionista cinematográfico. Y menos de sus conquistas femeninas, porque José era muy afortunado en su trato con las mujeres, que eran atraídas por su inteligencia, buen humor y su fama de escritor. Eso lo comentábamos discretamente con algunos compañeros mejor enterados. Los demás no conocimos de sus relaciones porque nunca interfirieron en su actividad política.

De una extrema modestia, fue varios meses después de que empezamos a militar cuando nos enteramos en nuestro círculo de estudios que había recibido el Premio Nacional de Literatura en 1943 por *El luto humano*, y todavía tardamos más para conocer algo de su carrera en el cine. Jamás hablaba de eso. Cuando algunas veces salía en la plática o en las reuniones alguna mención a sus obras, Revueltas insistía, una y otra vez, que sus novelas eran parte de sus escritos políticos, que sólo se podían entender desde esa perspectiva. José consideraba que todo lo que escribía se orientaba a construir un futuro mejor, un “hombre nuevo”, como diría el Che Guevara. Su convicción revolucionaria nos la transmitió y la grabó a fuego en nuestras conciencias.

Aunado a ello estaba su increíble y enorme sentido del humor, su aguda ironía. Sus historias acerca de los viajes que hacía en el transporte público eran desternillantes, su relación con los árboles que lo espiaban por la ventana o que le hablaban en la calle eran de risa loca, al igual que las narraciones sobre monstruos que lo acechaban. No tenía automóvil porque no sabía manejar esa “ancheta”, palabra que utilizaba para designar cosas raras o indefinibles para él. Si bien bebía licor muy seguido, era consciente de la necesidad de superar esa enfermedad.

En una carta de 1955 dirigida a María Teresa Retes, escribía: “el maldito, el desgraciado alcohol, del que todos, todos sin excepción —en todos los órdenes, en política, en literatura, en mis relaciones sociales, y en mis actividades profesionales— se sienten felices que padezca”. En la Liga no entrábamos en esa categoría, y cuando los compañeros más cercanos a él hacían alguna referencia era con respeto

y amistad, comprensión y afecto. Para los más jóvenes no tenía importancia, pues poco a poco nos dimos cuenta que cuando la militancia lo requería ésta se hallaba por encima de todo lo demás, entonces José no bebía ni una copa durante largos periodos.

Tenía el vicio de leer. Se pasaba noches enteras devorando las páginas de algún libro. Gracias a su narración del libro *Libertad o muerte* conocí la obra del enorme escritor griego Nikos Kazantzakis, injustamente privado del Premio Nobel de Literatura que ese año (1953) le fue otorgado a ¡Winston Churchill! Era una delicia oír la plática sobre literatura de José, Jaime, Eduardo y Enrique. Estos dos últimos, poseedores de grandes conocimientos de ópera y música clásica, aunque José y Jaime no eran ignorantes en ese arte. Los jóvenes adorábamos a Pepe por todo lo qué era y cómo era. Los camaradas provenientes desde del PCM tenían una enorme deferencia hacia su persona. Por eso, cuando aparecieron discrepancias y José se negó a debatir con nosotros, sus discípulos, el dolor fue enorme y nos sentimos traicionados.

En 1961 González Rojo fue a impartir clases al Colegio de San Nicolás, en Morelia. Ahí realizó una intensa difusión de las tesis de la Liga y formó un grupo donde estaban jóvenes estudiantes, el poeta Ramón Martínez Ocaranza y su esposa, Ofelia Cervantes. También impulsó la publicación de la revista *Revolución*, órgano de los seminarios formados con sus alumnos. De abril a junio apareció mensualmente. Sus páginas contenían textos sobre historia de la filosofía, poemas de Efraín Huerta, Nicolás Guillén y materiales políticos del mismo González Rojo, Labastida,

Lizalde y Arnaldo Córdova, quien militaba en ese entonces en el PCM. La virtud de la revista era que los textos espartaquistas tenían un lenguaje político más accesible, menos “filosófico político” de los que publicábamos en *Espartaco*, que en ocasiones eran poco accesibles aun para los mismos militantes de la izquierda. Se desplazó el centro político de la LLE a Morelia, al igual que la revista.

Durante 1962 y los inicios de 1963 la Dirección de la Liga, consciente de que no se había resuelto la crisis del PCM y del POCM, buscó el acercamiento con otros grupos de izquierda marginados o expulsados de esos partidos. En el PCM la crisis no se había remediado en su XIII Congreso. Continuaba el conflicto entre el Comité del Distrito Federal con el Comité Central. Tuvimos contactos con integrantes de esa disidencia agrupada en torno al Comité de DF, pero no se avanzó en la medida que la lucha interna absorbía su tiempo y sus esfuerzos. Meses después las diferencias culminaron con su escisión.

En esa perspectiva establecimos relaciones con el Frente Obrero Comunista, dirigido por Juan Ortega Arenas, abogado laboral asesor de algunos sindicatos de empresas medianas y pequeñas. No prosperaron esas pláticas. Como tampoco tuvieron éxito las que realizamos a finales de 1962 y principios de 1963 con los núcleos marxistas del Movimiento Revolucionario del Magisterio y del Partido Agrario-Obrero Morelense, encabezados por Othón Salazar y Rubén Anaya Sarmiento, respectivamente, a pesar de las expectativas que compartíamos en la Dirección de la Liga. Un documento elaborado por José así lo expresaba: “El Comité Central de la LLE (...) recibe con enorme júbilo

este encuentro esperado con el movimiento obrero que no es sino la comprobación objetiva de la historicidad de la LLE y de la justeza de su línea en la lucha por la creación del partido proletario de clase”.

Sin embargo, había contradicciones que complicaron todo. Primero, conforme al documento mencionado se establecía que los organismos dirigentes de los grupos revolucionarios (Comité del DF del PCM, Frente Obrero y otros) no podrían fusionarse orgánicamente con el Comité Central de la Liga, “deberán integrarse, en lo individual y de acuerdo con las normas leninistas a los correspondientes organismos de base de la Liga Leninista Espartaco”. En términos más claros: serían absorbidos por la LLE, eso no era una fusión. Así éramos de sectarios.

Además, las posiciones políticas acerca de la situación nacional eran muy diferentes: esos grupos decía Revueltas “no habían logrado sustraerse a la enajenación sectaria e izquierdista a que los empuja el carácter indudablemente negativo que reviste la situación actual y que en gran medida no es sino el resultado de los propios errores cometidos por el movimiento revolucionario en su conjunto (...) pierden la perspectiva histórica real sustituyéndola por la desesperación política, el inmediateismo revolucionario y la pérdida de la confianza en las masas”, en otros términos, no compartíamos su visión “radical” e “izquierdista”. Y lo más grave, desde nuestro punto de vista, era que no habían asumido en todas sus implicaciones la teoría leninista del partido como nosotros la entendíamos. No está por demás asentar que si bien era José el que expresaba estas conclusiones, estábamos de acuerdo con ellas todos los que parti-

cipamos en ese proceso y las defendíamos en las reuniones celebradas con dichos grupos.

Es claro que fijábamos límites excesivos para cualquier acercamiento: la LLE no aceptaba “ningún género de acción común sobre ‘puntos de acuerdo’ o ‘coincidencias’ ni ninguna discusión sobre cuestiones políticas a debate (Movimiento de Liberación Nacional, contradicción principal nación-imperialismo, etcétera, cuestiones sobre las que expondrá su propio juicio con los grupos que se lo han solicitado: Comité del DF del PCM y Frente Obrero Comunista, porque, inevitablemente, dichas acciones comunes y discusiones políticas presuponen un trato de organización a organización con la Liga), y presuponen descartar la lucha por la creación del partido y eternizar la existencia de fracciones al margen y en contra de la “teoría y normas leninistas”. Esa disposición nos marginaba sectariamente dentro del movimiento revolucionario y en el fondo condicionaba que se aceptara de antemano lo que defendíamos como fundamental y prioritario o no habría ningún acercamiento, menos fusión.

Hay que señalar que ese aislamiento se percibía también en el seno del movimiento comunista internacional, pues el PCUS y los demás partidos comunistas del orbe continuaban reconociendo al PCM como el partido del proletariado mexicano. Esto quedó de relieve a raíz de la estancia de Revueltas en Cuba, de mayo a noviembre de 1961. Depositaba José una gran esperanza en su relación con Vittorio Vidali (el celebre *comandante Carlos* de la Guerra Civil española), a quien conocía desde los años 40, según narra Olivia Peralta.

Era paradójica y un tanto ingenua esa esperanza, considerando las posiciones eminentemente estalinistas del personaje. Cuando José llegó en mayo a La Habana, donde estaba en esos días Vidali, tuvo dos entrevistas con él. Al principio éste lo recibió afectuosamente, nos escribió José, pero bromista acerca del esfuerzo que le dedicaba a escribir “sobre cuestiones políticas en lugar de consagrar mi tiempo a la literatura (y después de algunos comentarios sobre la Revolución Cubana)... (le) anticipó sus esperanzas en la nueva dirección del PCM electa por el XIII Congreso”. Revueltas intentó desengañarlo pero no lo logró. Cuando se entrevistó por segunda vez, después de mirar a la ligera el libro de Pepe y los documentos de la lucha interna, se expresó de esta manera: “el movimiento comunista internacional tiene más de 50 años de experiencia, de participar en revoluciones, unas triunfantes, otras derrotadas, y de dirigirlas, son 50 años que representan un tesoro de conocimientos (...) ¿y tú y tu Liga Espartacus (él dice así, Espartacus, como en tiempos de Liebknecht) quieren sustituir a un partido comunista, ser más sabios que todo el movimiento comunista internacional?”. Le recomendó no publicar el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, si bien reconoció que solamente lo había visto superficialmente y “terminó con algo que ya no podía ser más desalentador (...) ‘tú no eres hombre que deba pertenecer al Partido (...) tú ayudarás siempre mucho más desde fuera, como literato’.” Revueltas comentó en su carta que “la cosa era como para ponerse a llorar, pero por él”. El menosprecio no desanimó a José y nos recordó que “tener la razón es sobrellevar una de las tareas más pesadas y difíciles, más expuestas y más llenas

de sinsabores, pero también es la única insoslayable e irrenunciable de todas las tareas. Tenemos que seguir adelante cueste lo que cueste”, concluyó la carta insistiendo en la urgencia de publicar su libro.

A pesar de externar su indomable voluntad de seguir, el rechazo de Vidali lo afectó seriamente. Según Rubén Rivera Álvarez, José mantenía una correspondencia con Vidali en 1957 informándole de la lucha interna en el PCM y la entrevista en La Habana “buscaba explotar estas relaciones internacionales”. Nunca en el seno de la Liga, ni siquiera a nivel del Comité Central conocimos este supuesto intercambio epistolar. Aunque Lizalde dice que “Revueltas llegó a creer que Vidali (...) sería un aliado en la lucha interna del partido mexicano”. Es cierto que una de nuestras preocupaciones era el respaldo que el Partido Comunista de la Unión Soviética le otorgaba de forma acrítica, y podía decirse incondicional, al PCM. Los integrantes con mayor experiencia de la LLE y de otras organizaciones comunistas consideraban que este partido se sustentaba, esencialmente, a falta de apoyo interno en sindicatos y organizaciones populares, en el reconocimiento que le dispensaba el PCUS como “partido de la clase obrera en México”.

El reflejo de la aflicción que el desaire de Vidali produjo en Revueltas, y el deslumbramiento que le produjo la Revolución Cubana, le llevó a escribir en una carta en julio, que estaba pensando en no “regresar a México, quedarme aquí a vivir esta historia directa que, por más que yo lo quiera con toda el alma, ya no podré vivir en México, así pudiera yo trabajar allá por su preparación todo lo más intensamente que se pueda concebir. Mi trabajo en México

ya dejó de tener un sentido histórico por cuanto a lo que yo pudiera hacer en lo futuro, ya no rebasará mi actividad pasada, ya no añadiría ninguna cosa nueva al proceso: será una simple repetición, una simple forma de sobrevivirme convertido en una especie de autorrecuerdo" ... Quería vivir "históricamente" en Cuba. Y pensaba que los militantes de la Liga deberíamos "comprender el problema, que en el fondo resulta bastante simple: yo ya les 'heredé' lo que podía heredarles como fusión histórica de lo que se salva de mi generación política, con la generación de nuevos comunistas mexicanos que ellos representan. ¿Por qué voy a vivir en lo sucesivo junto a ellos como un muerto sin testar, o como un ser viviente (al que habría que meter dentro de un vitriolero) que ya hizo entrega de las dudosas propiedades que tenía y ahora se encuentra en la indigencia? Terminaré por convertirme en un estorbo para su desarrollo y mucho menos que de estímulo, mi presencia no hará otra cosa que inducirlos, de modo fatal, a una competencia, primero subconsciente, en mi contra, pero que no puede sino culminar en graves deformaciones del trabajo político y serios peligros para la perspectiva revolucionaria de nuestro movimiento en el país".

Desde La Habana nos decía, cuando le expresamos nuestra preocupación por esa intención, que "personalmente creo (y ya lo he dicho en otras ocasiones) que la primera fase de desarrollo de la LLE hay que darla por clausurada con la publicación de los tres libros (el anti-Lombardo — me imagino que era *México, una democracia bárbara*, FGG-, la reseña del partido y mi ensayo — *Proletariado sin cabeza*-, aparte de los documentos de la lucha interna). Tenemos

que discutir las nuevas tareas que se nos presentan desde el punto de vista ideológico, político y orgánico”.

En realidad, una vez que fracasaron las pláticas con los grupos marxistas antes mencionados nuestra tarea se complicaba. No había en el panorama nacional la posibilidad de que la dirección de la LLE se convirtiera en una “dirección marxista-leninista integrada” con la participación de las otras organizaciones y, mucho menos, era aceptable un pensamiento de José: “dar por concluido el proceso de fusión ideológica del *movimiento marxista revolucionario independiente* (al margen del PCM, del PPS y demás corrientes mediatizadas) con la teoría leninista del partido”. En lo internacional, el respaldo del PCUS al PCM era inamovible. La única opción era emprender con las escasas fuerzas propias la construcción de una organización que sirviera de sustento para un partido de la clase obrera y redefinir el rumbo que deberíamos seguir. En una cosa coincidíamos con José, aunque no sacáramos las mismas conclusiones, no podíamos continuar solamente con las mismas acciones, que algunos considerábamos limitadas.

En este sentido, Revueltas ya había definido las formas y el estilo de trabajo que debería seguir la LLE en los siguientes puntos:

a) La dirección práctica de la teoría, o sea, la elaboración de los conceptos teóricos necesarios en el camino de la lucha para la creación del partido: desenajenación de la conciencia de la clase obrera mexicana y vías nacionales hacia el socialismo.

b) No emprender desenajenaciones falsas: acusar a Lombardo de agente del Departamento de Estado, como lo pretendía el Frente Obrero.

c) Rechazar las vías mexicanas al socialismo que ponían en práctica los ideólogos democrático-burgueses del régimen.

d) Estudios colectivos y planificación centralizada para elaborar estudios nuevos, originales; conceptos no formulados antes por nadie. Y desde luego, abandonar la “espontaneidad en el desarrollo del trabajo ideológico”.

El trabajo se presentaba arduo. Habíamos crecido un poco en Morelia, Monterrey y Chapingo, pero era una labor ingente la que enfrentábamos. Existía entre la mayoría del reducido núcleo de militantes que éramos el ánimo y la disposición de avanzar. Entonces llegó el tsunami de la crisis del movimiento comunista internacional: el conflicto chino-soviético.

LA DIVISIÓN DE LA LIGA LENINISTA ESPARTACO

Los militantes de la LLE, la Dirección y las células estábamos expectantes e inquietos por las discrepancias teóricas y políticas que agitaban al movimiento comunista internacional. Sin profundizar se había comentado la tesis del “foco guerrillero” y el texto de Régis Debray, *Revolución en la Revolución*. Indudablemente algunos militantes simpatizaban con su lenguaje radical y su forma innovadora de criticar el reformismo y la cachaza inmovilista de las burocracias de los partidos comunistas latinoamericanos. Por otro lado el disgusto con algunas actitudes de los soviéticos era creciente. Criticábamos su tibieza y escaso apoyo a la Revolución Vietnamita, su comportamiento durante la crisis de los co-

hetes instalados en Cuba, juzgábamos reformista la forma como aplicaban la coexistencia pacífica. Se había decolorado la simpatía hacia Jruschov que había predominado hasta hacía poco. La línea política soviética no ofrecía ninguna alternativa viable frente al impulso del “foquismo”, que algunos considerábamos poco sustentado en la realidad concreta de cada país y en un atractivo riesgo para la militancia.

Entonces empezaron a difundirse los textos del Partido Comunista Chino. Pronto ganaron simpatía entre muchos de nosotros, entre los que nos encontrábamos González Rojo y yo. La trayectoria de Revueltas lo colocaba en una actitud favorable a los soviéticos que habían iniciado la crítica del estalinismo, aunque todavía consideraba que se estaban quedando cortos. En el fondo José veía en Mao y la dirección comunista china como un baluarte del estalinismo, pensaba que eran afines a la burocratización estalinista, que eran renuentes a rechazar el dogmatismo anterior al XX Congreso del PCUS y que se oponían a la coexistencia pacífica. Todo esto se había comentado informalmente. Las posiciones no estaban consolidadas ni petrificadas, había, sobre todo entre los incipientes simpatizantes del maoísmo, la disposición para debatir la línea a seguir. Entonces aparecieron los artículos de Revueltas en *El Día*, donde se decantaba a favor de la línea soviética. Fueron tres artículos publicados el 28 de marzo, 6 y 11 de abril de 1963. En ellos se pronunciaba en favor del PCUS y de su líder Jruschov. El resultado era de esperarse: sus argumentos fueron interpretados fuera de la organización como una definición política de la LLE en ese mismo sentido.

Cuando inició esta crisis nadie esperaba que concluyera con la escisión de la Liga y la expulsión de Revueltas. Si

bien entendíamos que era una polémica grave, que ameritaba ser abordado con cautela y tacto político, creíamos posible alcanzar un entendimiento y establecer una línea común. Ésa era la razón fundamental por la que deseábamos realizar un debate interno e intentar un acuerdo. Desgraciadamente nunca se dio ese debate político y derivó en una lucha alrededor de los principios de organización partidarios.

Desde el principio Revueltas fue apoyado totalmente por Eduardo Lizalde. La mayoría considerábamos que una cuestión tan compleja debería ser abordada internamente por el Comité Central y buscar una posición común oficial y entonces darla a conocer públicamente. En tanto, no emitir más opiniones individuales que causaran confusión. Revueltas y Lizalde se opusieron rotundamente. Declararon que tenían la libertad absoluta de pronunciarse sobre todos los temas ideológicos y que no aceptarían medidas coercitivas que limitaran su libertad como escritores y militantes. Adoptaron una postura irreductible. No aceptaban ningún camino que permitiera encontrar un mínimo acuerdo y declararon que era una cuestión de principios a la que no podían renunciar. El debate se fue enconando. La mayoría nos apoyábamos en las mismas tesis enunciadas por Revueltas sobre la organización del Partido. Examinemos a continuación las características del centralismo democrático, que se pueden resumir en la siguiente forma:

a) Libertad de discusión en el seno del partido en relación con todos los problemas del movimiento. Esta libertad de discusión no es un concepto nihilista ni implica las nociones del liberalismo burgués de discutir o de pensar lo que se quiera, sino discutir y pensar con apoyo en el co-

nocimiento científico del desarrollo histórico y de las leyes que lo rigen;

b) “Sometimiento de la minoría a la mayoría, después de discutido y votado un problema, y sometimiento de los órganos inferiores a los superiores.

c) “Disciplina única, dirección única y unidad monolítica del Partido.

Y aclaraba que no se refería a los aspectos estatutarios “sino al *contenido* del propio centralismo democrático como concepción teórica del método que pone en práctica el Partido como sujeto del movimiento. Estas características corresponden cabalmente a los términos de la dialéctica del movimiento que se cifran en: 1) una afirmación; 2) negación de la afirmación precedente, y 3) negación de esta última negación”.

Una situación que para la mayoría parecía sencilla: acordar si el debate sería interno primero y después público, o desde el principio sería público, adquirió dimensiones insospechadas. Revueltas y Lizalde se encapricharon, agudizaron la discusión a niveles desmesurados, rechazaron toda mediación. Discutir abiertamente todos los problemas ideológicos se contradecía con lo que Revueltas había afirmado en mayo de 1950, cuando habló de la posibilidad de discutir sobre estética con Pablo Neruda.

En una entrevista que le hicieron en aquella fecha a propósito del retiro de su libro *Los días terrenales*, dijo: “Convendría una controversia, no pública sino privada, para dilucidar muchos puntos oscuros sobre el realismo analítico de los artistas modernos y el realismo que yo llamo socialista”. Evidentemente había cambiado de opinión.

Bastaba con decirlo, con explicarnos que durante el predominio del estalinismo el debate de muchos problemas no podía darse públicamente, que los tiempos habían cambiado, que ya podían discutirse muchos temas abiertamente y aceptar lo que se acordara colectivamente para que la crisis hubiera desaparecido. No lo hizo así. Es probable que el pensamiento expresado en Cuba acerca de que ya había aportado lo que le correspondía hacer y que ahora la tarea quedaba a los nuevos comunistas haya pesado de alguna manera en su actitud.

Revueltas decidió alejarse de la militancia y aunque se hicieron todo tipo de gestiones para que modificara su silencio, ninguna prosperó. En el Comité Central de la LLE acordamos enviarle una carta en la cual le señalábamos que la “falta absoluta de militancia en su célula, en el Comité Central y en el secretariado” habían provocado una situación de desconcierto y de confusión que no podía prolongarse y ameritaba una explicación. No hubo respuesta.

Todos estábamos pasmados por la actitud de José, quien ahora contradecía lo que nos había predicado. Simplemente se negaba a discutir las diferencias con nosotros. Lo que ocurría era increíble, no salíamos de nuestro asombro: Revueltas se negaba a convencernos de su posición, no nos daba la mínima posibilidad de sumarnos a sus argumentos, parecía que no merecíamos esa pequeña atención, que no éramos dignos de discrepar con él, evadía la lucha ideológica, emitía pronunciamientos autoritarios, ampliamente respaldado por Lizalde, quien le hacía eco y magnificaba la confrontación. Simplemente nos correspondía aceptar su posición. Obviamente despertó la indignación

de nosotros, los adeptos que ahora criticábamos al profesor con los mismos argumentos que éste nos había enseñado.

En tales circunstancias, el Comité Central decidió convocar a una Asamblea Plenaria para el 2 de junio de 1963. Lizalde acudió, Revueltas no, y propuso que los acuerdos se tomaran por las dos terceras partes de los asistentes. Así fue: la votación más baja obtuvo 73.5 por ciento, el resto, 80 por ciento. En lo esencial tales acuerdos expresaban que se podían votar problemas ideológicos similares al del debate, que estaba suficientemente discutido el tema y los puntos de vista de la mayoría eran correctos acerca de la conveniencia de votar si el debate se hacía primero internamente o externamente.

A partir de ahí los acontecimientos se sucedieron con celeridad. Revueltas, Lizalde y cuatro compañeros más suspendieron su militancia y afirmaron que no abandonaban la Liga y se constituían en una fracción (julio de 1963). En respuesta, el Comité Central los expulsó. Así fue como concluyó esa brevísima lucha interna. En la inmensa mayoría de los escritos publicados por diferentes autores se ha visto a José Revueltas como una víctima de la intolerancia, siempre perseguido y expulsado de las organizaciones por sus ideas. En el caso de la LLE eso no fue cierto. Quienes mantuvieron una actitud intolerante fueron él y Lizalde, quien llegó a externar que la única forma de resolver la crisis era que se adoptaran acríticamente sus puntos de vista y enseguida se expulsara a varios integrantes de la mayoría, seguramente a Enrique González Rojo y probablemente a Labastida y a mí.

Revueltas siempre estuvo dispuesto a debatir en condiciones adversas, sin posibilidad de contar con tribunas

apropiadas, enfrentado a audiencias prejuiciadas y desfavorables de antemano, padeciendo la imposibilidad de difundir en toda la organización sus ideas. En la LLE fue todo lo contrario, le dábamos la tribuna que quisiera, la publicación y discusión interna de sus escritos, el acceso a cualquier instancia: células, comités, Dirección; rechazó todo esto sin el mínimo argumento, sólo su voluntad soberana contaba.

En perspectiva, considero que todo fue resultado de la inmadurez del movimiento comunista, de la ignorancia generalizada del marxismo, defectos comunes a todas las organizaciones comunistas mexicanas, y desde luego a la nuestra, a pesar de que presumíamos de mayor nivel teórico. Discutíamos dogmáticamente sobre una forma de funcionar que no estaba acorde con nuestra realidad: éramos un pequeño grupo de militantes, muchos sin experiencia política, con una visión doctrinal del Partido Leninista.

Después de esos acontecimientos, Revueltas y Lizalde intentaron formar otro grupo, empeño en el que fracasaron. Luego Lizalde se alejó de Pepe y se acercó a Octavio Paz. José, muy aislado, aceptó un trabajo en la Secretaría de Educación Pública que le ofrecieron algunos de sus amigos escritores y al poco tiempo recibió el premio Xavier Villaurrutia, en 1967, en reconocimiento de su obra literaria.

A los pocos meses el movimiento estudiantil del 68 conmovía al país, y Revueltas, con una actitud revolucionaria, militante y consecuente, se convirtió, sin duda alguna, en un referente obligado y en un símbolo, borraba de esta forma sus errores anteriores y le otorgaba el portaestandarte de la izquierda revolucionaria. En el curso de la

lucha estudiantil José no desaprovechó la oportunidad de criticar severamente la política de la Liga Comunista Espartaco (LCE), porque ésta había considerado en un escrito que la participación del rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y la manifestación a la que había convocado representaba una amenaza a la independencia del movimiento y un paso atrás en su actuación.

Revueltas señaló que “no comprender el acto de la explanada (del día 31) y la manifestación del día primero, es adolecer de una declarada incapacidad táctica que los hace acreedores a regresar al kindergarten de la política. Confundir la Rectoría con el Estado burgués es de un esquematismo de mentalidades que funcionan por reflejo condicionado (...) ¿Consigna abstracta, la autonomía universitaria? Ya la habían vuelto *concreta* los granaderos, el 26 de julio (cuando reprimieron una manifestación estudiantil), y el bazukazo del 27 (contra la puerta de la preparatoria de San Ildefonso); (y remataba la golpiza política asentando que) Conclusiones de la LCE: Incorporar a la clase obrera —como en 1959. No se puede dar un paralelo más torpe y peregrino. ¿Qué fue 1959? La victoria de la burguesía a costa de los errores que la Liga preconiza como línea en 1968. Existe una fuerza ‘emergente’ de los obreros ahora. ¿Dónde, cómo? (...) Las peligrosas generalidades de siempre: derrocamiento del Estado; lucha violenta y armada. ¿Por qué hablar de eso si no está a la orden del día? La grandilocuencia que sustituye la capacidad de análisis *concreto, real*”. Tenía razón Revueltas en la crítica que nos hizo.

La última vez que vi a José, poco antes de su muerte, fue frente al Teatro de los Insurgentes. Había sido liberado

hacía poco y se notaba enfermo y muy delgado. Lo vi venir y me acerqué con un poco de temor a un posible rechazo. Todo lo contrario, nos abrazamos fraternal y cálidamente sin ningún rencor de por medio, conversamos brevemente y quedamos de vernos cuando yo regresara de un viaje que tenía que hacer a Guerrero para atender algunas tareas políticas. Lo vi muy cansado, pero como siempre entusiasta y afectuoso. Me conmovió profundamente. No sospeché que sería la última vez que lo vería. Me cuenta González Rojo que él tuvo una experiencia similar: asistió a una conferencia que dio José, al final se dieron un abrazo y Revueltas lo invitó a platicar, pero él no pudo aceptar en ese momento por una de esas migrañas que lo aquejan frecuentemente.

Hace poco, revisando la biografía de Nikolai Bujarin, dirigente del PCUS perseguido por Stalin, sentenciado arbitrariamente en uno de los Procesos de Moscú en los años treinta, encontré esta carta póstuma que dirigió “a la futura generación de dirigentes del partido”:

“Salgo de la vida (...) Me siento impotente ante la máquina infernal que utiliza procedimientos medievales, posee una fuerza gigantesca, fabrica la calumnia organizada y funciona cínica y segura.

“Estoy en el Partido desde mis dieciocho años, y el contenido de mi vida ha sido siempre la lucha por los intereses de la clase obrera, por la victoria del socialismo (...) Hemos marchado por vez primera hacia el objetivo común, por caminos que estaban sin abrir. Eran otros tiempos y había otras costumbres. En *Pravda* había espacio para la discusión, y todos discu-

tían, buscaban caminos, se peleaban y reconciliaban, y seguían avanzando juntos”. Así era el trato con José Revueltas.

Antes de cerrar este apartado quiero relatar la historia poco conocida del paso de Revueltas por la Secretaría de Educación Pública en 1968. Al otorgarle el premio Villaurrutia en 1967 y darle un empleo en la Secretaría de Educación Pública el gobierno creyó que ya había logrado cooptar a Revueltas. Pronto se desengañó. Invitado por la Casa de las Américas para formar parte del jurado del género de novela, Revueltas viajó a Cuba en enero de 1968 cuando la política gubernamental mantenía una relación fría y presuntamente diplomática con los cubanos revolucionarios, pero que en el fondo era agresiva y distante.

Al regreso se encontró que le habían “congelado” por “orden superior” su modesto sueldo como empleado de la SEP. Escribió entonces una carta, fechada el 11 de marzo de 1968, a Agustín Yáñez, Secretario de Educación Pública, relatándole las vejaciones a que eran sometidos por disposiciones del gobierno díaz ordacista todas las personas que viajaban a la isla, resaltando el carácter fascista de estas acciones a las que él también había sido sometido. Dejó en claro que denunciar estas arbitrariedades no era el objeto central de la misiva, sino presentar su “renuncia irrevocable” pues no había duda que retenerle el sueldo era una represalia política que no estaba dispuesto a callar.

Al conocer la decisión de Revueltas y con tal de que no trascendiera al público esta situación que dejaba muy mal parados a los funcionarios de la SEP, le ofrecieron otros ingresos oficiales, incluso superiores al que devengaba en el

puesto al que había renunciado. No aceptó. Era claro para él que se trataba de un soborno y dio a conocer su renuncia en declaraciones enviadas a la prensa. Solamente fueron publicadas por el periódico *El Día*. En consecuencia, como dijo en una carta, se encontró de golpe y porrazo en la calle, literalmente sin un centavo y en las peores condiciones. Buscó trabajo con sus amigos del cine sin obtener una respuesta concreta positiva y terminó aceptando en mayo un trabajo como redactor en el Comité Olímpico, mismo que dejó para integrarse en cuerpo y alma al movimiento popular estudiantil que se inició en julio de 1968. Así era José.

Recordar esos tiempos y las acciones positivas y negativas de lo ocurrido fue un esfuerzo doloroso y agradable, muy nostálgico, de mis primeros años de militancia y de cómo me marcaron; de lo que aprendí de Pepe y de su conducta como revolucionario: no darse nunca por vencido, no ceder a las tentaciones de la vida burguesa, cometer errores, corregirlos, y no sacrificar los principios; nunca ceder ni arrodillarse ante el poder; si era necesario, empezar otra vez a partir de cero.

A despecho de las fallas y errores en mi actividad militante, he intentado ajustar mi vida política a todos estos rasgos revueltianos que absorbí en la época de mi iniciación política, y que en justicia responden al clima fraternal que vivimos los primeros años en la Liga gracias a Revueltas, González Rojo, Labastida, Virginia Gómez, junto con otros camaradas, y que me formaron como militante. Pero estas facetas de la forma de ser de José se transmitieron junto con muchas de sus ideas, modificadas y desarrolladas a partir del movimiento del 68, entre activistas estudiantiles e inte-

lectuales que paulatinamente lo convirtieron en un mito de la izquierda revolucionaria.

REVUELTAS COMO MITO

M.S. “¿Qué opina del mito en torno a José Revueltas
J.R. *Que si existe hay que destruirlo?*”.

Conversación con Margarita Saldaña.

Revueltas fue un iconoclasta, no era así en los primeros años de su militancia, cuando no se podía sustraer al ambiente que privaba entre los comunistas en las décadas de los 30 y los 40 del siglo pasado. Él mismo refiere que “Durante aquella época éramos estalinistas por la URSS, no estábamos muy al tanto de la lucha interna que sobrevenía en los altos círculos de la Internacional Comunista. Todo lo aceptábamos como quien recibe la bendición papal”. En su obra posterior al XX Congreso del PCUS y reconociendo su adhesión en esa época al “culto a la personalidad” de Stalin, como todos los comunistas de entonces con la honrosa excepción de los trotskistas, acentuó su crítica al estalinismo y extendió su rechazo a las repercusiones que éste tuvo dentro del movimiento comunista mexicano, en especial a las deformaciones en el funcionamiento, la política y la pretensión del PCM de considerarse un partido leninista.

En su obra literaria, ya a finales de los años 40, inició su rechazo a las prácticas estalinistas, desaprobación que plasmó en una de sus novelas más importantes, *Los días terrenales* (1949) y que le valió la crítica de muchos de sus camaradas —en particular de Enrique Ramírez y Ramírez,

compañero suyo en el PCM, después en el PP y que terminó como un cuadro dirigente del PRI.

El Revueltas maduro repudió siempre la entronización y mitificación de los dirigentes, por eso no es de extrañar que en octubre de 1971 se alejara del Grupo Comunista Internacionalista, que contribuyó a fundar todavía en Lecumberri, cuando percibió que sus militantes le “empezaron a dar un trato de ‘santón’ verdaderamente no político y casi repugnante”. Su actitud se mantuvo firme en este aspecto y no aceptó en vida que se le convirtiera en un mito, como lo demuestra la conversación con Margarita Saldaña que sirve de epígrafe a este apartado. Al respecto, Andrea Revueltas alertó contra el intento de convertirlo en un mito, porque se corre el riesgo de “ocultar al individuo con sus cualidades, defectos y contradicciones, para ocultar sus planteamientos originales y la carga explosiva de su labor crítica y desmitificadora, tanto del sistema político imperante como del oportunismo y sectarismo de la izquierda”.

La construcción del mito de Revueltas se da a partir del movimiento de 68. Antes, tras su escisión de la LLE había disminuido su participación política y se encontraba relativamente aislado de los grupos marxistas. Cuando el movimiento se inicia en la Ciudadela y luego del bazukazo que destruyó la puerta de San Ildefonso, José renuncia a su trabajo en el gobierno, agarra sus escasos bártulos y se lanza de lleno a la lucha. Participa en la formación de la Asamblea de Intelectuales y Artistas de Apoyo al Movimiento Estudiantil, y en su representación acude ante el Consejo Nacional de Huelga (CNH), donde lo miran azorados sus integrantes. Al principio nadie le hacía caso, lo veían raro

¿qué hace aquí se preguntaban?, la diferencia de edades saltaba a la vista, pero José, acostumbrado a remar contra la corriente, se quedó a vivir en Ciudad Universitaria, en la Facultad de Filosofía y Letras.

Dormía en las bancas, sobre las mesas, en el suelo, comía y bebía lo que hubiera (acostumbrado como estaba a las huelgas de hambre y a la penuria, no era para nada exigente con la alimentación), rejuveneció gracias al contacto con el movimiento estudiantil y se abocaba a todo tipo de tareas: redactaba volantes y manifiestos, organizaba brigadas y actos culturales, daba pláticas a todos los que se dejaran y promovía lecturas de poesía, disertaba sobre cine, literatura y marxismo. En una palabra, se integró en cuerpo y alma al movimiento.

La convivencia cotidiana con los activistas y con los líderes del CNH borró paulatinamente la distancia generacional. Aportaba su experiencia política y organizativa acumulada a lo largo del trabajo en sindicatos y ejidos, en el periodismo y en la literatura, su amplia visión le permitía coadyuvar en el análisis de las coyunturas y del curso de los acontecimientos. Una entrega total sin ninguna pretensión de dirigir ni de imponer, todo al servicio incondicional del movimiento. Se ganó a pulso la estimación y el respeto. Su trato de igualdad, sin pretensiones de ser dirigente ni hacer valer su mayor experiencia en la lucha política, así como su extraordinario buen humor, encontraron un auditorio atento durante las noches, cuando había disminuido la actividad. “Él no es un líder, pero sí una presencia inspiradora, el ejemplo más fértil de la continuidad generacional”, dice Carlos Monsiváis.

En los días previos al Informe presidencial, la actividad de Revueltas se multiplicó. “Hay que trabajar sin descanso, noche y día, las 24 horas, enérgico, con calma, sin perder la lucidez, desde hoy, durante las semanas venideras para conjurar peligros que ya están en marcha. Si no logramos evitarlos, hay que disponerse a una lucha llena de sacrificios, sufrimientos y fatigas, pero que debemos asumir con entereza, valentía y dignidad”.

Durante el Informe de Gustavo Díaz Ordaz, junto a dirigentes y activistas, escuchó el diagnóstico que hizo el régimen del movimiento, las respuestas a sus demandas, las advertencias y las amenazas: la intención de disminuir la responsabilidad gubernamental al inicio del movimiento, la falacia de acusarlo como un intento de sabotear los Juegos Olímpicos y desprestigiar al país; la negación de la existencia de presos políticos en México; los argumentos sobre los artículos 145 y 145 bis, que se dijo eran un instrumento para defender la soberanía nacional; el ánimo de considerar la posibilidad de otorgarle la autonomía al Instituto Politécnico Nacional; la negativa de que la autonomía universitaria hubiera sido violada; la acusación calumniosa de que era “evidente que en los recientes disturbios intervinieron manos no estudiantiles”.

Luego de fijar su postura, el presidente procedió a la intimidación: “La injuria no me ofende; la calumnia no me llega; el odio no ha nacido en mí y vuelvo a invitar (...) a cambiar el clima de intransigencia por otro que permita abordar los problemas con ánimo ponderado y espíritu de justicia (...) Hemos sido tolerantes hasta excesos criticados, pero todo tiene un límite y no podemos permitir que siga

quebrantándose irremisiblemente el orden jurídico, como a los ojos de todo el mundo ha venido sucediendo (...) No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario; lo que sea nuestro deber hacer, lo haremos; hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos”.

Revueltas escribe una respuesta, “un texto excepcional por su valentía, su lucidez, su fuerza analítica”, dice Monsiváis. Agregaría yo que es uno de los mejores textos políticos de Revueltas, impecable y certero, del cual vale la pena reproducir algunas partes:

Los términos y las consideraciones con los que el presidente se refiere al movimiento estudiantil son inaceptables y “constituyen todo un sistema ideológico de argucias, falacias y presupuestos calumniosos y gratuitos, destinado a impedir la transformación radical y profunda del presente contexto político y social de México, transformación que se ha convertido ya en el anhelo más entrañable e ingente del pueblo entero, y a la que el estudiantado sólo se limita a darle la forma y la fuerza para expresarse y realizarse, por el pueblo mismo, en un futuro que todos deseamos lo más cercano posible.

“El Informe del señor presidente (...) descubre el contenido y las intenciones reales que se ocultan tras de las ficciones y mitos jurídicos que invoca para sustentar sobre ellos su política de fuerza y su autoritarismo antidemocráticos.

“Nuestro movimiento representa la contrapartida de un sistema de degradación cívica, de corrupción política, de sustitución de derechos y de ausencia de libertades, cuya expresión práctica es la inexistencia de partidos inde-

pendientes; el presidencialismo que anula y mediatiza los demás poderes de la nación.”

Continúa subrayando que el movimiento estudiantil se contrapone a ese sistema y que la respuesta a sus demandas la ha dado el presidente con los “recursos más indignos y menos compatibles con su investidura, como son los de inventar móviles y señalar mecanismos a los que nuestro Movimiento no obedece, no ha obedecido ni obedecerá jamás”.

Rechaza que los estudiantes se hayan propuesto impedir la celebración de los Juegos Olímpicos. Lo que no puede demostrarse “atribuyéndole propósitos calumniosos, tan fantásticos y que sólo los retrasados mentales asumirían, como el de hacer saltar por los aires la XIX Olimpiada”.

También es insustentable la idea de Díaz Ordaz sobre la autonomía universitaria y Revueltas argumenta que el estudiantado no se ha salido ni por un momento del régimen constitucional; que si hubo algunos desmanes al inicio fueron faltas menores que castigan los Reglamentos de Policía y Buen Gobierno, y que de ninguna manera puede aceptarse la aberrante ligereza de considerar que la Universidad habría “dejado de ser parte del territorio patrio”. Son incomparables los atentados a la soberanía nacional con acciones externas, ya que no se pueden equiparar con los actos internos de oposición política, pues se condenaría de antemano toda manifestación de rechazo al régimen.

“Recogemos con la natural prudencia del caso las francas amenazas que el señor presidente nos lanza a los estudiantes y al pueblo cuando dice que (...) apelará al servicio del Ejército cuando lo juzgue necesario, que arrostrará las consecuencias de ello y que llegará hasta donde esté

obligado a llegar. Tenga la seguridad el señor presidente que no nos ofreceremos a que, cuando lo juzgue necesario, nos convierta en carne de cañón". A continuación llama al movimiento a regresar a las escuelas en virtud de la anulación de los derechos constitucionales y a iniciar un proceso de autogestión académica.

Pocos días después el ejército invadió Ciudad Universitaria y los líderes del Consejo Nacional de Huelga se vieron obligados a pasar a la clandestinidad. Revueltas tuvo que abandonar la Ciudad Universitaria y emprender una febril actividad para contactar a los miembros del CNH. Algunos de sus amigos de las esferas políticas oficiales gestionaron ante Díaz Ordaz un salvoconducto para Revueltas. Díaz Ordaz, dispuesto a deshacerse de la molestia que le representaba el reconocido escritor y político, aceptó otorgar el salvoconducto, pero las tres veces que se lo propusieron a José lo rechazó con la pregunta: "¿Y también le van a dar un salvoconducto a mi dignidad?".

Al mes del Informe presidencial, el 2 de octubre, las amenazas vertidas por Díaz Ordaz se cumplieron en la Plaza de Tlatelolco. La represión se agudizó y Revueltas tuvo que cambiar constantemente de domicilio. Finalmente, a mediados de noviembre, fue capturado. En el trayecto al Ministerio Público se durmió en el automóvil. Frente al juez aceptó ser el culpable ideológico del movimiento. Aseveró que lo hacía para evitar que inculparan a otros compañeros y que no es lo mismo ser el culpable que el dirigente. En él no se daba esa pretensión.

En prisión es el símbolo intelectual, moral, político" del movimiento. Reluce su experiencia al enfrentar las

condiciones de la vida carcelaria. Se adapta con facilidad; abundan las anécdotas de su comportamiento cotidiano: la fabricación de curado de papa, la receta para la elaboración de gelatinas de vodka, se convierte durante unos días de visita en fotógrafo ambulante retratando a las familias. Y hace lo mismo que afuera: escribe, organiza grupos de estudio, pláticas y convive con todos de igual a igual. Escribe *El Apando*, su última y extraordinaria obra literaria. Encabeza la protesta y la denuncia contra el asalto de presos comunes organizado por la Dirección del penal contra los presos políticos. Da confianza e inyecta reciedumbre a los estudiantes novatos, sin experiencia de vivir “enjaulados”. Resiste con otros abandonar Lecumberri bajo la figura del “perdón” que le otorga el gobierno de Echeverría en 1972. Finalmente, sale de la cárcel y sobrevive hasta la Semana Santa de 1976, que en ese año cae en abril.

Los años que le restan de vida los vive rodeado de un reconocimiento amplio de los militantes, los activistas, los intelectuales de izquierda. Desarrolla su tesis sobre la autogestión académica, profundiza su crítica a los supuestos países socialistas y se deslinda definitivamente del “socialismo real”. Es una fase intensa de trabajo limitada por la edad y los males que lo aquejaban, agravados por el encarcelamiento. Vale la pena recoger el aforismo revueltiano con el que Monsiváis cierra su crónica: “La historia es terca y yo tengo su misma insistencia”.

Al darse su liberación, en mayo de 1971, Revueltas sale con una aureola mítica. Se ha convertido, como decía Monsiváis, en el símbolo intelectual, moral y político del 68. Los reconocimientos son múltiples: la generación de

1965-1969 de alumnos de Sociología lo designan como padrino de la generación, aún estando preso. Tras su liberación recorre el país invitado por los estudiantes de diversas universidades.

Según sus palabras, la visita a la Universidad de Sonora es particularmente fecunda, imparte hasta tres conferencias por día, su propuesta de autogestión académica es recibida con mucho interés, acude a Jalapa, Puebla, a la Universidad Iberoamericana, también reclaman su presencia en Monterrey, Sinaloa, Veracruz, entre otros lugares, “Los auditorios se llenan a reventar y el número de preguntas se vuelve casi torturante”, le comenta a su hija Andrea.

Los Estudios Churubusco le proponen que dirija una película sobre algún texto suyo; recibe el encargo de traducir *Le manifeste differentialiste*, de Henri Lefebvre, reconoce que se encuentra muy disperso y desordenado. Los jóvenes se acercan a él para escuchar lo que tiene que decir, sus tesis, sus ideas políticas. Sin embargo, paulatinamente conforme pasa la euforia suenan alejadas y, en ocasiones, decepcionantes para su público. Como reconoce Andrea Revueltas: “los jóvenes veían en él un símbolo de oposición y de lucha que les servía para canalizar sus sentimientos, un tanto oscuros e imprecisos (sic), de repulsa a un régimen que había mostrado su faz represiva en 1968 y 1971, con ese ánimo acudían a sus conferencias; pero había una gran distancia entre el personaje que iban a ver y a escuchar, y el hombre real que exponía tesis abstractas e iconoclastas, que no llegaban a ser comprendidas sino al contrario, más bien causaban estupor y consternación en sus oyentes”, como el mismo José llegó a expresar en una carta de 1974.

¿Qué había sucedido? ¿Cómo era posible que la admiración por el personaje no se tradujera en la formación de una corriente política o ideológica amplia, y en el mejor de los casos quedara solamente en grupos pequeños de adeptos donde predominaba el interés por el estudio de su obra y en forma más extendida la simpatía y el reconocimiento personal? La misma Andrea Revueltas agrega: “si queremos desmitificar y valorizar el aporte efectivo de Revueltas, debemos partir de lo que él mismo enunciara con claridad (...) en 1970”. Desde luego la crisis del marxismo y los nuevos “contenidos de la realidad contemporánea”; el estudio de la verdadera naturaleza del Estado contemporáneo, muy especialmente del “socialista”, al que considera que se desvincula en gran medida “de las clases mismas a las que representa (...) no deja de ser un Estado de clases, pero actúa sobre ellas e independientemente de ellas”; el internacionalismo proletario, que considera fracasado; la inoperancia de los principios del socialismo, propiciada por una “deformación del desarrollo”, y desde luego, como inicio de una época “nueva”, la utilización de la bomba atómica y los peligros que engendra para la humanidad.

A pesar de la intensa actividad que realiza una vez liberado de la prisión, Revueltas guarda un interés fundamental por estos problemas que no están en las necesidades de quienes acuden a oírlo. Se había roto el nexo, diría yo mágico, entre el comunista combatiente de cien batallas de la lucha de clases y un movimiento desorientado al que le urgía saber cuál era el camino y responder a preocupaciones más concretas: qué hacer en los sindicatos, entre los campesinos, en las colonias populares, porque esa era la

herencia que el movimiento le había legado a buena parte de la juventud estudiantil: ir al pueblo. De manera similar a los jóvenes universitarios rusos que a mediados del siglo XIX dejaban los estudios y se marchaban a las aldeas de los mujiks para vivir su vida y hacerlos revolucionarios, originando el importante populismo ruso, base sustancial de todo el movimiento antizarista revolucionario que asaltaría el cielo en las décadas iniciales del siglo XX. Para Revuel-tas eso no era suficientemente significativo. Al respecto dijo que “el estudiante en aquel año (1968) fue un poquito desproporcionado, desorientado de las formas para contactar con los obreros; su desconocimiento de la situación real de estos impidió que existiera una soldadura entre ambos sectores. Las idas a las fábricas eran puramente románticas, carecían de contenido; nosotros hablábamos a los trabajadores de *El Capital*, de la explotación del trabajo no pagado y la plusvalía”. Era evidente que ignoraba lo que un gran número de estudiantes estaban logrando al establecer lazos más permanentes con los obreros que iniciaban un nuevo ciclo de la lucha por sindicatos independientes. Gracias a ello movimientos como los de Spicer, Mexicana de Envas-es, Instituto Mexicano de Rehabilitación tuvieron el eco suficiente y el respaldo para obtener algunos triunfos.

¿Qué decirles a los compañeros que habían decidido tomar las armas, organizar guerrillas y ofrendar su vida en la lucha armada contra el régimen? ¿Qué decirles a los que habían emprendido el camino de las reformas y la participación electoral en partidos con registro oficial? Revuel-tas no tenía una respuesta alternativa. Sabía que existían nuevos contenidos de la realidad contemporánea, pero los

captaba a partir de sus obsesiones previas, los veía como parte de una problemática anterior que había ocupado sus esfuerzos y que era estratégicamente importante. Esto le impidió otorgarle el suficiente interés a los retos que enfrentaban los nuevos militantes.

Estaba empeñado en dilucidar los problemas de lo que llamaba “dialéctica de la conciencia”, temática que aborda filosóficamente problemas relacionados con la enajenación del ser humano, el papel de la praxis, la dialéctica entre el sujeto y el objeto. Aquí contradice Revueltas una afirmación que había sido capital en sus primeros trabajos teóricos de 1938: “adaptar el marxismo a las condiciones nacionales (...) y adecuar el problema de la lucha de clases (...) a las condiciones objetivas de nuestro país”. A ellos dedicó lo mejor de sus esfuerzos después de su excarcelación y no comprendió los contenidos de los conflictos sociales generados a partir del movimiento estudiantil ni la dinámica de los activistas que se iniciaron en sus magnas movilizaciones y en la denuncia del régimen priista concreto. El resultado fue que ganó prestigio en el ámbito intelectual, pero se aisló paulatinamente del movimiento social.

Por otra parte, los problemas que le ocupaban eran tan generales y abstractos que encontraban poco eco. Donde este escollo había sido parcialmente superado era en lo referente a la autogestión académica, gracias a una base social sensibilizada por la experiencia del movimiento, que había entendido este mensaje y que, organizada en algunas escuelas buscaba formas de materializarlo, como en la Universidad de Sonora, según él afirmaba, y las dificultades muy concretas que enfrentaban para consolidar el autogo-

bierno en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como en la UNAM, en la Facultad de Arquitectura y en algunos planteles del Colegio de Ciencias y Humanidades, destacadamente el plantel Oriente. Desde luego esto implicaba conflictos políticos y administrativos con las autoridades educativas a los que debían responder los estudiantes a partir de la correlación de fuerzas específica en cada sector.

La concepción de autogestión académica difundida por José iba mucho más allá de las escuelas universitarias. Formulaba una teoría basada en el desarrollo de la conciencia y enunciaba temas que no se habían formulado en esos términos entre el estudiantado y no encontraban un asidero en la realidad concreta de la mayoría: “La autogestión transforma a los centros de educación superior en la parte *autocrítica* de la sociedad. Es decir, si la educación superior anteriormente sólo desempeñó un papel crítico, ahora, mediante la autogestión, deberá desempeñar un papel transformador y revolucionario”.

Era un primer paso para organizar la “conciencia proletaria”. Sin embargo, eran pocos quienes estaban comprometidos a su lado para realizar una tarea de esa magnitud. Muy escasos eran los que comprendían los principios de la autogestión académica en esos términos. Sus ideas eran demasiado generales y, sin embargo, muchas de ellas, las que enraizaban mejor en la realidad nacional, ya eran patrimonio del movimiento revolucionario.

Al final de sus días, empeñado como siempre en la revisión de los hechos históricos, Revueltas le escribe a su hija Andrea: “creo firmemente que la teoría leninista del partido — así como la teoría del Estado y de la dictadura

proletaria —, a la luz de las experiencias de esta segunda mitad del siglo XX, deben y pueden ser superadas. La tarea no es simple, pero ya están empeñados en ella hombres como Henri Lefebvre”. Desdichadamente ya no vivió lo suficiente para llevar al cabo esta tarea.

Lo que también sucedía era que muchas de sus ideas ya se habían convertido en parte del bagaje político del movimiento revolucionario. Ahora, a la distancia, son cuestiones mayormente superadas porque el tiempo demostró su certeza o su invalidez, pero en su momento fueron parte central del debate teórico y político librado durante tres décadas en el seno de la izquierda, desde mediados de los años treinta. Revueltas, a partir de su ruptura con el Partido Popular en 1954, contribuyó a fortalecer con sus ideas a la izquierda revolucionaria, a superar esquemas que constituían el cuerpo teórico de la subordinación a la ideología burguesa, que presentaba a la Revolución Mexicana como hecho histórico *sui generis* que abría una ruta nacional, inédita mundialmente, para arribar al socialismo. Con modificaciones y variantes ésta y otras formulaciones ideológicas encarnaban en la línea reformista de los sedicentes partidos marxistas: el Partido Comunista Mexicano y el Partido Popular Socialista, desarrollada sobre todo por Vicente Lombardo Toledano.

Ya era elemento común y esencial en los programas de los grupos marxistas luchar por la independencia política e ideológica de la clase obrera; desenajenar a la clase obrera y al pueblo de la ideología de la Revolución Mexicana, empleada por la burguesía para consolidar su hegemonía; construir un partido político proletario, como una

organización basada en los principios del marxismo-leninismo alejado del estalinismo; reconocer que la Revolución Mexicana había fallecido y era una discusión estéril debatir acerca de las tareas para impulsarla; liquidar la quimera de que existía una burguesía nacionalista capaz de integrarse en un frente antiimperialista; hacer a un lado las ilusiones de que el capitalismo de Estado, o sea las empresas nacionalizadas, eran la vía mexicana para llegar al socialismo; criticar a fondo la práctica y la teoría reformista, falazmente marxista, preconizada por Vicente Lombardo Toledano.

En torno de estas tesis, con diferentes matices y discrepancias, en las políticas de acción surgió un movimiento al que se le puede denominar Espartaquista, que de una forma u otra reconocía en Revueltas a uno de sus fundadores, ya que hacía suyos muchos de estos principios básicos, formado por múltiples organizaciones: Liga Comunista Espartaco, Asociación Revolucionaria Espartaco, Partido Mexicano del Proletariado, Partido Comunista Bolchevique, Unión Reivindicadora Obrero Campesina y otras más que Paulina Fernández Christlieb incorpora en un enjundioso estudio donde recoge los programas y las declaraciones de Principios de los grupos espartaquistas y destaca las diferencias con los del PCM. Sin duda una valiosa aportación para el conocimiento de este sector del movimiento comunista en México. Paulina Fernández concluye su análisis con la recuperación de las ideas de Revueltas, las referentes a las condiciones de los años 60 y 70, “el espartaquismo representa después de un largo periodo de tinieblas, una pequeña luz, pequeña, pero lo suficientemente intensa para descubrir que efectivamente había un camino alternativo

para el movimiento revolucionario, en el cual tenía que profundizar el pensamiento socialista de México”.

Así fue como las ideas de Revueltas encontraron en los cambios sociales y políticos su comprobación y validez para ese momento histórico concreto. Bien dice González Rojo: Revueltas es “no sólo el gran antecedente de la lucha que se ha dado en el país, y que se sigue dando, por dotar a la clase obrera de un partido real en que desaparezcan de una vez por todas las enajenaciones del antiguo PCM y de todos los partidos políticos amaestrados, supuestamente de izquierda, que pululan en la vida política nacional, sino que es el precursor teórico de lo que debe realizarse, como tarea políticamente preeminente, en el México de hoy”.

¿Pero que otras cosas representa Revueltas? Representa lo que está más allá de la táctica y la estrategia. Encarna la persistencia heroica en medio de la desolación de las derrotas, la inquebrantable confianza de que tarde o temprano derrocaremos al capitalismo; la convicción de que luchar es la vida y, desde luego, que la ética revolucionaria y los principios son lo que nos hacen merecedores del título de hombres y nos permiten levantar el rostro frente a la adversidad y los enemigos. Acierta Jaime Labastida cuando recuerda “su desprecio (...) por las prebendas políticas, por la sumisión a los poderosos, por los falsos méritos, constituyeron —y constituyen— para todos nosotros (...) metas por alcanzar”.

En un sentido similar, Barry Carr destaca que lo notable en Revueltas “es la fuerza y la constancia de su compromiso revolucionario (no por casualidad su carrera política se inició y terminó con largas temporadas de encarcela-

miento) y la profundidad humana de su examen literario sobre el compromiso de izquierda". Aún para aquellos que no comparten las ideas marxistas de Revueltas hay un reconocimiento profundo de su conducta. Así, José Antonio Aguilar Rivera asienta: "Y queda el ejemplo de Revueltas. El desprendimiento, su integridad moral. La entrega a sus ideales fue absoluta, incondicional. 'Para mí' —decía— 'la política ha sido una cuestión de dualidad y de personalidad: el entregarme a una causa que considero justa'".

Representa lo mejor de nuestro pasado, el pasado heroico de todos los que han participado en la lucha contra el capital, el de la intransigencia revolucionaria. Está al lado de Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Othón Salazar, Genaro Vázquez, Lucio Cabañas, ocupa un lugar destacado en nuestro *Pantheon* revolucionario, al lado de nuestros héroes.

A cuarenta años de la muerte de Revueltas un balance de la lucha por el socialismo es triste. El movimiento comunista y socialista internacional ha sufrido derrotas de gran magnitud y muchos de los antiguos militantes débiles de espíritu y de convicciones frágiles se han resignado, en el menos malo de los casos, a su vida personal. Otros se han convertido en esbirros del capitalismo en ocasiones en forma abierta y en otras enmascaradamente. El futuro está oscurecido por una feroz ofensiva de la minoría oligárquica mundial, que defiende con saña sus privilegios. Hoy no podemos sentirnos seguros de "un porvenir inevitable" como pensábamos los revolucionarios de mediados del siglo pasado. Sin embargo, igual que ayer, millones de hombres y mujeres luchan contra la explotación y la opresión y participar a su lado, sentirnos integrados a esa in-

mensa voluntad de transformar al mundo en algo mejor, siguiendo el ejemplo de José Revueltas, es desatar al viento la infinita alegría de vivir ahora. Misma que lo acompañó toda su vida de militante comunista, de esforzado luchador contra el capitalismo y por una sociedad sin explotación ni opresión, y desenajenada de todo lo deshumano impuesto por el capitalismo. Revueltas no fue solamente un demócrata, fue un comunista que nunca renunció a su ideología y a sus convicciones. Algunos con motivo del centenario de su nacimiento así lo presentaron. Seguramente se revolvió en su tumba con este calificativo.

En esta perspectiva y contra lo que algunos afirman, la vida de Revueltas no es la de un “gran fracaso”. En realidad nos heredó las bases de un movimiento revolucionario diferente al burocratizado PCM, nos incitó a buscar en la realidad nacional las motivaciones de una política liberadora y de lucha, nos heredó su ejemplo de perseverancia inquebrantable, de su convicción sintetizada en la frase “vivir no es necesario, luchar es necesario”. ¿Qué otra cosa es la vida de los trabajadores y del pueblo en el capitalismo sino una disyuntiva entre adaptarse al sistema y someterse, y la opción de resistir y combatir? Y Revueltas tomó el camino que han trazado las causas populares, la lucha por la libertad y la justicia.

Gracias a ellas y a la entrega de millones de seres humanos se generan los cambios en la historia. No puede decirse en una perspectiva general que luchar es fracasar, lo cierto es que pueden obtenerse triunfos o fracasar en lo inmediato, que a veces los éxitos y las victorias son efímeros, pero el esfuerzo por realizar la utopía socialista de un

mundo diferente donde todos los que hoy son humillados, expropiados y empobrecidos por el capital ocupen un lugar donde reciban la justicia, la libertad y el bienestar que merecen es permanente. Es un código de ética que debemos practicar todos los que luchamos por construir esa sociedad distinta al perverso sistema actual para vivir acordes con la inmensa pasión que devoraba a José Revueltas y determinaba su compromiso con todos los pobres de la tierra. Recordar siempre que lo necesario es luchar, si no ¿para qué vivir? Por todo ello Revueltas no es un mito, es la existencia revolucionaria ejemplar de un personaje, de un comunista que fue capaz de establecer pautas de conducta, querencias y tradiciones. Revueltas no ha muerto ni morirá mientras en México y en el mundo la lucha contra la enajenación del hombre, la explotación, la miseria y la opresión continúe. Vivirá siempre.

Coyoacán, septiembre 2016 .

JOSÉ REVUELTAS: ENTRE EL MESIANISMO CIENTÍFICO Y EL ÁNIMO LUCTUOSO

Armando Bartra

“Un país de muertos caminando...”

José Revueltas. *El luto humano*.

“Mira, le acabo de tomar una foto a José Revueltas”, me dijo el desconocido mostrándome su celular. Lo primero que se me ocurrió es que el fantasma de Pepe merodeaba por la manifestación contra la desaparición forzada de los normalistas de Ayotzyinapa. Pero al verla bien me di cuenta de que el de la foto no era el autor de *Los días terrenales*, era yo.

De momento pensé que el comentario del desconocido estaba fuera de lugar, que Pepe y yo no nos parecíamos en nada. Aunque luego tuve que reconocer que en efecto hay un cierto aire de familia entre la facha que tengo hoy y el Revueltas de lentes, piocha canosa y pelo largo de sus últimos años.

Más tarde, al escribir este texto, concluyo que la semejanza va más allá del remoto parecido físico. Y es que

al asomarme a la militancia, el pensamiento político y la literatura de Revueltas me asomo a mi propia biografía.

Pepe me llevaba 26 años, lo que cuando uno es joven — y yo lo era en el tiempo en que nos conocimos — es una distancia abismal. Sin embargo en los primeros sesenta del pasado siglo ambos éramos militantes de una izquierda vapuleada por la represión a los movimientos sociales y en general vapuleada por la historia. Una izquierda sacada de quicio que buscaba afanosamente un nuevo marco referencial.

Él y yo éramos “espartaquistas”, designación que Pepe había tomado del grupo de comunistas encabezado por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, expulsado del Partido Socialdemócrata alemán por oponerse a sus ideas claudicantes y derechistas. Y es que también los “espartacos” de aquí habíamos sido expulsados del Partido Comunista Mexicano. Aunque Revueltas y su grupo salieron en 1959-60 y nosotros dos años después, de modo que ellos militaban en la minúscula Liga Leninista Espartaco y nosotros en la ínfima Liga Comunista Espartaco. Y entre las dos corrientes había contactos, un diálogo político que me permitió tratar a Revueltas.

El primer encuentro fue en un departamento de la colonia Juárez, donde creo recordar que también estaban otros dos espartaquistas: Eduardo Lizalde y Jaime Labastida. Olvidé por completo los asuntos concretos que mi organización me había encargado negociar con la suya. Pero recuerdo muy bien que Pepe y yo nos enfrascamos en un animado debate geoestratégico y filosófico que evidentemente no estaba en el orden del día pero nos apasionaba a ambos.

Revueltas sostenía que en tiempo de bombas atómicas, la lucha por evitar una guerra mundial termonuclear

y por la coexistencia pacífica entre las potencias y entre los sistemas socialista y capitalista, era para los comunistas una tarea de primer orden. Yo en cambio argumentaba que era claudicante anteponer la lucha por la paz a la lucha por la revolución. Y, a poco discutir, apareció el fondo filosófico del asunto.

Pepe pensaba —y lo había escrito en su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*— que “el desarrollo de la técnica moderna de guerra a su máximo de irracionalidad” dramatizada por las bombas atómicas, coloca a la humanidad frente a un nuevo tipo de alienación que ya no es sólo al capitalismo y el imperialismo como sistemas, sino también a las fuerzas productivas-destructivas que estos sistemas han creado. Contradicción que por su potencial apocalíptico amenaza no sólo a las clases explotadas sino a la humanidad toda. Yo, en cambio, sostenía que las contradicciones sociales son siempre de clase y que la alienación no puede serlo a las cosas, aun cosas tan amenazantes como las bombas termonucleares, sino por fuerza a las relaciones sociales que las engendran.

Ese día agotamos el tiempo pero no la discusión, de modo que acordamos seguir debatiendo la cuestión en un próximo encuentro. Para esa nueva cita yo me pertreché con algunas frases del joven Marx tomadas de los *Manuscritos económico filosóficos* de 1844 recién publicados en español, mientras que Pepe llegó armado de un enjundioso manuscrito de varias cuartillas que había preparado sobre el tema. Naturalmente, y para estar a tono con nuestra filiación de izquierda, no pudimos ponernos de acuerdo.

A medio siglo de distancia tengo que reconocer que Pepe tenía razón. Como la tenía el historiador marxista in-

gles Edward Palmer Thompson, quien por esos años sostenía que la humanidad enfrenta un reto nuevo e inaudito que va más allá de la explotación y opresión capitalista y al que llamaba “exterminismo”. Postura por la que otros marxistas lo acusaban, como yo a Revueltas, de olvidar la lucha de clases.

La idea de que nos chingan las clases explotadoras y los órdenes sociales opresores —como dice el mantra marxista— pero que también nos joden las cosas, los objetos físicos y metafísicos pergeñados por este sistema; la idea de que la configuración material y espiritual del mundo por obra del gran dinero y en particular el desarrollo de unas fuerzas productivas que a la vez son destructivas, es el origen de una contradicción tan severa como las de orden económico; la idea de que el acoso del gran dinero es de índole socioeconómica pero también material y espiritual son puntos de vista que hoy hago míos y sobre los que he discurrido largamente en libros como *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en los tiempos de la Gran Crisis*.

Pero éstas eran posiciones a las que José Revueltas ya había llegado hace medio siglo. Quizá porque —como dice Thompson— los “que habíamos contemplado la anunciación de la tecnología exterminista en Hiroshima (habíamos) situado en un profundo lugar de nuestra consciencia la expectativa de que la misma continuidad de la civilización era problemática”. Y Pepe, que había nacido en 1914, sí la había contemplado.

Pero lo que mejor retrata a Revueltas no es que tuviera razón en alertar sobre el peligro de lo que llamaba la “desrealización objetiva del ser humano”, sino la generosidad

con la que un intelectual de primer orden y cabeza indiscutible de su corriente política, aceptaba intercambiar argumentos con el muchacho caguengue que era yo entonces. Y que lo hiciera sobre cuestiones sin duda trascendentes pero que por esos años, igual que ahora, parecían inaprensibles disquisiciones filosóficas.

En este tema Pepe traía la neta. Pero Revueltas fue un gran tipo no porque siempre tuviera razón sino pese a que se equivocaba y quizá porque —como todos— solía equivocarse. Y particularmente por la naturaleza de los errores que Pepe cometía.

En su novela de 1964 titulada precisamente *Los errores*, Revueltas se ocupa centralmente de las perversiones del movimiento comunista, equipo en el que alineó toda su vida, mientras que sobre el reto que representa la edificación del partido de los marxistas reflexiona —y pontifica— en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, publicado dos años antes. Enjundioso libro, éste, en el que propone una lectura aun hoy filosa y heterodoxa del siglo XX mexicano.

Aun así, pienso que el *Ensayo...* es uno de los espléndidos errores de Pepe, pues el texto falla en lo fundamental: la pretensión de aportar ideas útiles para evitar fracasos de la lucha popular como el que representó la represión de las huelgas ferrocarrileras de marzo de 1959, y formular propuestas políticas que permitan a estos y otros movimientos avanzar hacia la victoria definitiva sobre el capitalismo mexicano.

Y falla en esto porque Pepe se compra una fórmula de raigambre leninista y trotskista entonces todavía muy en boga: la idea de que todos los problemas que enfrenta la

lucha de clases se resuelven con un “partido de vanguardia”, que este partido se construye de “arriba para abajo” y que su tarea mayor es “inculcarle” al proletariado los conceptos necesarios para que se haga revolucionario. La propuesta hegeliana de que tras de la historia hay una razón subyacente que lo mueve todo, se prolonga en la propuesta marxista-leninista de que “el partido” encarna esta razón. Así lo plantea Trotski: “El Partido siempre tiene la razón. Solo se puede tener razón con y por el Partido, ya que la historia no tiene otras vías para realizar su razón”.

El punto de partida argumental del Ensayo... es que “el proletariado comienza por actuar, ante todo en la propia cabeza de Marx, en su pensamiento teórico”. Aserto de regusto hegeliano y del que Revueltas desprende que “corresponde a los ideólogos proletarios la tarea de dar a la clase obrera su conciencia en una forma organizada, es decir, organizar esa conciencia instituyéndose ellos mismos en el cerebro colectivo, que piense por la clase, para la clase y con la clase”. La conclusión de este razonamiento es que las ideas revolucionarias no surgen de las experiencias del movimiento social sino de un ejercicio científico.

La lucha de clases y la ideología socialista, como se sabe, tienen fuentes diferentes de desarrollo y no nace la una de la otra. La ideología socialista se forma al margen de la lucha de clases, como resultado de un proceso científico.

Propuestas paradójicas, pues, son formuladas por Pepe a fines de 1960 y principios de 1961, en plena cruda de la represión militar al movimiento ferrocarrilero de 1959 por la que los líderes rieleros Demetrio Vallejo y Valentín Campa, entre otros, estaban en la cárcel. Una huelga nacio-

nal que Revueltas y sus compañeros de militancia siguieron de cerca y de la que él escribió un buen balance, el artículo *Enseñanzas de una derrota*, publicado en julio de 1961, en el número 4 de la Revista Revolución.

Pero el *Ensayo*... no dedica al entonces reciente conflicto sindical más que tres renglones escasos en el Prólogo. Y uno se pregunta ¿cómo pudo Pepe escribir un libro de 260 páginas que busca salidas políticas a golpes tan fuertes como el de 1959, sin pararse a reflexionar, cuando menos un poco, sobre los avatares específicos de esa experiencia? La respuesta está en el propio artículo mencionado, donde escribe:

“En el movimiento ferrocarrilero se debatía esencialmente la cuestión de la independencia de la clase obrera (...) Pero, para que la independencia de la clase pueda ser posible en la realidad exterior, en la vida social y práctica, debe ser concebida desde antes en el terreno del pensamiento.”

En 1968 Revueltas —que antes del estallido andaba más errático y abismado que de costumbre— de plano se mudó al movimiento estudiantil. Por semanas comió, bebió, mal durmió, debatió acaloradamente y escribió interminables manifiestos, reflexiones y testimonios en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, compartiendo domicilio con la “uruguaya múltiple”: la inefable Alcira Sanst Scaffo. Sí, la que se pasó los largos días de la ocupación militar de Ciudad Universitaria encerrada en un baño de la Torre de Rectoría y escribiendo poemas en el papel sanitario, y que yo conocí como abonada en el Mesón del Perro, como llamaban los que ahí comían a la casa de Margarita Paz Paredes en San Ángel.

A muchos la experiencia del 68 nos sacó a empellones del vanguardismo sectario en que divagábamos, convencién-

donos de que es en la acción colectiva multitudinaria donde en verdad se hilvanan las utopías que valen la pena. Pensé entonces —y casi medio siglo después lo sigo pensando— que los movimientos sociales son los poetas de la historia.

También a Pepe lo transfiguró el movimiento. Y en su curso pergeñó interesantes propuestas autogestionarias. Pero en lo tocante al Partido, su leninismo era incurable. En sus reflexiones acerca de esos días en vilo reconoce que algunos participantes desprendieron de la experiencia del 68 la necesidad de “ir al pueblo”. Lo que para él no era sino espontaneísmo anarquista o maoísta. Así, en un balance escrito probablemente en 1969 y que se quedó en borradores Pepe ratifica lo dicho 7 años antes en el *Ensayo...* el problema del movimiento fue “la falta de un partido de clase del proletariado”, vanguardia que debe ser construida prontamente evitando las “concepciones antileninistas”, y a esa tarea convoca a los “antiguos espartaquistas”.

En tiempos como los de ahora, en que echamos porras a los movimientos sociales atribuyéndole a su “agencia” todo el protagonismo histórico, y en que no creemos en más trasformaciones chidas que las que vienen de mero abajo, el impúdico vanguardismo de las tesis revueltianas resulta inadmisibile para la mayor parte de las izquierdas. Pero en los sesenta esas ideas eran asumidas fervientemente por muchos activistas, entre ellos yo. Militantes, quizá algo mesiánicos, pero honestamente preocupados por una emancipación de los trabajadores que no veíamos cómo procurar si no era con una conducción iluminada.

Sin embargo Pepe era mucho más que un leninista del montón. José Revueltas era un hombre del medio siglo des-

garrado por las contradicciones sociales, políticas y existenciales que la Primera Guerra Mundial había patentizado. Y ese desgarramiento se muestra mucho más en su luctuosa literatura que en su optimista y a veces providencialista discurso político.

Nacido en 1914 Pepe pertenece a la generación del gran desencanto, de la vertiginosa desilusión, de la insondable incertidumbre derivada de una apocalíptica circunstancia mundial donde las promesas de la modernidad en sus dos vertientes, la capitalista y la socialista, iban cayendo hechas pedazos. Para entenderlo bien, hay que ver a Revueltas en el espejo de contemporáneos suyos de otras latitudes como los franceses André Malraux, Marcel Camus, Paul Nizan, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Simone de Beauvoir; como los alemanes Max Horkheimer, Walter Benjamin, Karl Jaspers y Hannah Arendt y, por qué no, chinos como Lu Sin. Permítaseme, pues, un breve recorrido por los luctuosos de otros rumbos.

Retomo aquí las líneas que sobre el tema escribí en *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*.

En el prólogo del libro *El fin de la esperanza*, publicado en 1950 y referido al gran trauma que fue la Guerra Civil Española, escribe Sartre:

“Hemos entregado a nuestros hermanos. La voz... se convierte en la voz... de un hombre que hemos asesinado... Morir no es nada: ¿pero morir con vergüenza, con odio, con horror, lamentando haber nacido? Es el Mal radical y no hay que pensar que victoria alguna puede borrarlo... Aunque liberásemos a España... Es necesario que leáis para saber cómo se grita el fin de la esperanza, porque dentro

de poco nos tocará el turno a nosotros. Luego no habrá ya nadie que grite. Ni nadie que se tape los oídos”.

El alzamiento de los militares contra la República española es más que anécdota literaria o asunto coyuntural. Para Sartre y su generación, hombres y mujeres que treintaban cuando se alzaron los generales, el fusilamiento de la democracia y de la inteligencia al otro lado de los Pireneos es un llamado al enrolamiento social.

Como lo fue la derrotada insurrección china de los años veinte para Malraux, participante en el movimiento y autor de una de las primeras novelas que aborda la revolución libertaria como compromiso y desgarradura. La condición humana, escrito en 1933, concluye alegóricamente con dos vidas que se bifurcan. La compañera de Kyo, revolucionario caído en el alzamiento de Shanghai, se dispone a continuar la lucha. En cambio, el padre de Kyo ha perdido asidero: “Era Kyo quien me unía a los hombres; el marxismo ha dejado de vivir en mí. Ante los ojos de Kyo era una voluntad (...); pero ante los míos es una fatalidad, y me ponía de acuerdo con él porque mi angustia de la muerte armonizaba con la fatalidad. Ya no hay más angustia en mí”.

La del medio siglo es una humanidad que no se halla, y los libros que documentan el malestar resultan *best seller* antes del tiempo de los *best seller*. La condición humana, de Malraux, La edad de la razón, de Sartre, *Los mandarines*, de Beauvoir, son textos abismados, y el mismo ánimo perturbado comparten Nizan, Camus o Merleau-Ponty. Un talante semejante lo encontramos en pensadores alemanes como el existencialista cristiano Jaspers, quien desmenuza la crisis moral, política y social asociada al ascenso del na-

cional socialismo y se enfrasca en una renovada búsqueda del fundamento, y su discípula Arendt, obsesionada por dilucidar la naturaleza del mal. Así como en miembros de la escuela de Frankfort como Horkheimer, que se erizan tempranamente contra el fascismo y contra el totalitarismo de la Unión Soviética, al tiempo que se desmarcan de lo que consideran el fatalismo de Carlos Marx: “Su error metafísico, pensar que la historia obedece a una ley inmutable, es compensado por su error histórico: pensar que es en su época cuando esta ley se cumple y se agota”. Del mismo grupo es Benjamín, quien deja constancia de su ánimo fúnebre: “De los que vendrán no pretendan gratitud por nuestros triunfos, sino rememoración de nuestras derrotas. Esto es consuelo: el consuelo que sólo puede haber para quienes ya no tienen esperanza de consuelo”, palabras escritas en 1940 y a las que añade un gesto elocuente al suicidarse en Port Bou tratando de escapar del fascismo.

Escuchar el grito desolado del sufriente y comprometerse con la rebeldía pese a la íntima desesperanza que nos angustia no es ánimo privativo de los franceses y alemanes o de la tradición cultural europea, es también perfil de muchos intelectuales excéntricos.

Los cuentos y novelas del chino Lu Sin escritos entre la tercera y cuarta décadas del siglo pasado en medio del torbellino revolucionario, son, como él mismo explica en un prólogo de 1922, “grandes gritos de llamada” para despertar a quienes duermen dentro de “una enorme casa de hierro sin ventanas y prácticamente indestructible”, con el propósito de que cuando menos sepan que van a morir asfixiados... Y también porque mientras haya hombres des-

piertos “no puedes asegurar que no existe la esperanza de destruir la casa de hierro”.

Con la perspectiva que me da el circunloquio, regreso a lo de acá: a otras matanzas, a otras insurrecciones populares extraviadas, a otros escritores que fusionan el ánimo luctuoso con el optimismo de la voluntad, como es el caso de nuestro José Revueltas. Y es que a Pepe lo desazonan el franquismo, la Guerra Mundial y el holocausto judío, pero también lo indigna el naufragio material y espiritual de la Revolución Mexicana en el mar de los sargazos del sistema de partido único.

Y aunque el novelista es un marxista militante, también a él le cala el vientecillo helado de la incertidumbre. En *Los días terrenales* (1949), Gregorio, encarcelado y torturado, reflexiona desde el pozo ciego de su celda:

“Porque el problema consiste en soportar, resistir la verdad interna de uno mismo, aunque esa verdad sea mentira. “Resistir la verdad —pensó Gregorio— es el planteamiento justo de la cuestión, porque la verdad es el sufrimiento de la verdad, la comprobación no tanto de si esa verdad es verdadera, tanto de si es uno capaz de llevarla a cuentas y consumir su vida conforme a lo que ella exige” (...) Soportar la verdad —se le ocurrió de pronto— pero también la carencia de cualquier verdad (...)”.

“La puerta de la celda se abrió (...) Lo conducirían a otro sitio, sin duda, para torturarlo nuevamente. Para crucificarlo.”

“Ésa era su verdad. Estaba bien.”

Con estas palabras de vértigo metafísico termina *Los días terrenales*, un libro que la valió a Revueltas la repulsa de sus correligionarios.

Porque, como Gregorio, Pepe admite que nuestra verdad puede ser la ausencia de la verdad. Convicción desoladora por la cual ciertos marxistas lo tacharon de individualista y pesimista, mismos epítetos que por esos años le endilgaban en Francia a Jean-Paul Sartre.

Uno de los ídolos de la modernidad que en el siglo XX se derrumba es el del providencialismo laico. La idea de que hay una “razón” histórica que trabaja para nosotros, la presunción de que el transcurrir de los tiempos es un curso de progreso que desemboca indefectiblemente en un mundo de leche y miel, en una Arcadia anticipadamente contratada que puede ser el paraíso de abundancia con libertad individual de los apologistas del capitalismo, o el paraíso de abundancia con equidad social de los cultores del socialismo. Fe nacida de la moderna fetichización del futuro, que a mi parecer profesa el Revueltas político de *El proletariado sin cabeza*, pero de la que se desmarca el Revueltas narrador: desde *Los muros de agua* y *El luto humano* hasta *El apando*.

La fijación política de Pepe con la ausente cabeza del proletariado, con el intelectual colectivo y con los conceptos revolucionarios de los que, según él, depende la emancipación de los trabajadores, contrastan con su obsesión literaria por los pies desollados y polvorientos con que marcha el pueblo; no por la mente esclarecida gracias al marxismo sino por el cuerpo maltratado y sufriente, por los apetitos carnales, por la violencia, por el sexo.

Pienso que Pepe sale a balcón en algunos de sus personajes. En *Los errores*, Jacobo es, como Revueltas, un comunista roído por la incertidumbre.

“¿O acaso los caminos del hombre — como los caminos de Dios — serían también inescrutables? (...) La historia sería siempre una deidad cruel, objetiva. Lo objetivo no admite consideraciones éticas; existe, sucede, transcurre y nada más. Las cosas habían sido siempre hacia delante, eso era una verdad más poderosa y elocuente que todo. Ahí estaba la Muralla china, las pirámides egipcias, los templos de Chichén-Itzá. Los muertos no contaban y tampoco las lágrimas de aquel poeta anónimo y sin huella que habrá protestado en su tiempo contra la violenta impiedad sin fin de las terribles construcciones. Sus lágrimas y su poesía habían sido anti-históricas; hasta nosotros sólo llegaron las lágrimas, la sangre, el padecimiento, el martirio y la muerte que se convirtieron en piedra labrada, en arquitectura, en túmulos astronómicos, en desafiantes estatuas. Estas lágrimas y esta muerte sí pertenecían a la vida, y no las del pobre poeta solitario y sin habla y desnudo y vencido. (...) ¿Qué es la verdad? (...) La única verdad es la falta de verdad: verdades concretas, transitorias, tangibles. Pirámides, cruces, sangre...”.

Otra evidencia que desde la Segunda Guerra Mundial, el holocausto y el gulag estaliniano estremece todos y en la que algunos se abisman, como es el caso de la alemana Hannah Arendt, es la presencia del mal. No la maldad de ciertos individuos descarriados sino el mal ontológico, el mal como protagonista mayor de nuestra historia. Una presencia que en los tiempos del crimen de Iguala y de la muerte sin fin que precipitaron las guerras del narco de Felipe Calderón y Peña Nieto, nos estremece a todos.

En *Los errores*, a Jacobo lo obsesiona “investigar el papel histórico de la maldad moral” seguirle la pista al mal

“como motor del impulso histórico”. Pregunta para la que Revueltas tiene una respuesta: el mal se apersona porque Dios nos ha dejado solos. En una de sus primeras novelas, *El luto humano*, la muerte de una niña: Chonita, es para los personajes la ausencia de Dios y de toda esperanza. El cura que los acompaña a esta muerte, y lo que el deceso desata, lo llevan a la certeza del desconsuelo; de que había en esta tierra un suceder inevitable y malo (...) De que los muertos entierran a sus muertos en este país (...) Los muertos cobraban entonces una calidad viva y superior. De pronto eran ya, consagrados e inmortales, actitud, salvación, renuncia. Y este país era un país de muertos caminando, hondo país en busca del ancla del sostén secreto.

En México esto es una persistente certidumbre, una terca verdad. Lo era en los tiempos de la inmediata pos-revolución en que transcurre *El luto humano*, lo era en los tiempos de sangrientas represiones que le tocaron a José Revueltas y lo es en los tiempos de hoy. Nuestros muertos a la mala, nuestros matados son legión y son inmortales.

En Revueltas, como en Juan Rulfo, un gran protagonista es la muerte. No sólo la que a todos nos espera sino la de quienes nos precedieron en el trance y no se acaban de ir porque dejaron pendientes. El asunto es entonces la responsabilidad que los vivos tenemos para con los muertos, en los términos en que lo plantea Benjamín cuando dice que hay que hacer la revolución no por los que habrán de nacer sino por los que dieron su vida luchando por la libertad y fracasaron en el intento.

Después de releer *El luto humano* y *Pedro Páramo* pienso inevitablemente que la desolada aproximación de Re-

vueltas y Rulfo al tema de la muerte hace que parezcan ingeniosas pero frívolas las lucubraciones de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

Y la mala muerte sigue ahí. Por si se nos había olvidado, la masacre de Atlautla y la ejecución en Iguala de los jóvenes de Ayotzinapa nos recuerdan que somos “un país de muertos caminando”, que el México del tercer milenio sigue siendo un país “en busca del ancla”, en busca del “sostén secreto”.

Pero ni Pepe ni sus abismados personajes tiran la toalla. Aun en los momentos de mayor desamparo no se rinden, siguen adelante. No caminan movidos por la fe pues Dios y Chonita han muerto, ni marchan en ancas de una razón histórica que no existe. Simplemente caminan; caminan “sin destino, sin objeto, sin esperanza. Por no dejar”.

Así también caminamos nosotros: por no dejar.

¿A dónde iban?

Pero con todo, caminar, buscarse, porque aun cuando fueran derrotados, algo les decía, muy dentro, sin que oyeran nada, que la salvación existía, si no para ellos, para eso sordo, triste y tan lleno de esperanza que representaban.

Caminaba Úrsulo en su desesperada voluntad, sobrehumano, tratando de salvarse, con el demonio de la salvación dentro, que repetía sus voces. No salvarse de la muerte; salvar su sentido, su desolación...

En efecto iban a desaparecer para siempre, así mismo la región entera y el país y el mundo. Pero aquellos pasos, aquel buscar, perdurarían por los siglos, cuando el viento, cuando alguien se detuviera a escuchar la voz del polvo.

Y así caminan recorriendo el país los compañeros, los padres, los hermanos de los desaparecidos de Ayotzinapa.

San Andrés Totoltepec, México, diciembre 2014.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

* Bartra, Roger. *¿Lombardo o Revueltas?*, Nexos, 1º de junio de 1982.

* Carr, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, Era, México, 1996.

* Chassen de López, Francie R. *Lombardo Toledano y el movimiento obrero mexicano (1917/1940)*. Editorial Extemporáneos, México, 1977.

* Crespi, Roberto Simon. *José Revueltas (1914-1976) A political biography* en Latin Amerinca Perspectives, Issue 22, 1979, vol VI, no 3. Disponible en <http://lap.sagepub.com>.

* Doyle, Kate. *After the Revolution Lázaro Cárdenas and the Movimiento de Liberación Nacional*.

* Fuentes, Jorge. *José Revueltas, una biografía intelectual*, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa – Miguel Ángel Porrúa, México, 2001.

* Hernández Beltrán, Rosalío. *Lombardo. Novela Histórica*. La Buena Estrella Ediciones, México, 2007

* Lombardo Toledano, Vicente. *La bancarrota de la revolución en La revolución mexicana t. 1 1921-1967*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1988.

* Lombardo Toledano, Vicente. *El camino está a la izquierda en La Revolución Mexicana...Op. Cit.*

* Lombardo Toledano, Vicente. *Lo que vive y lo que ha muerto de la Constitución de 1917*, en *La Revolución Mexicana...op.cit.*

* Lombardo Toledano, Vicente. *El veinte de noviembre*, en *La Revolución Mexicana...op.cit.*

* Lombardo Toledano, Vicente. *El Partido de la Revolución Mexicana en La Revolución Mexicana...*op.cit.

* Lombardo Toledano, Vicente. *Teoría y Práctica del Movimiento Sindical Mexicano*, Universidad Obrera de México, México, 1981.

* Manjarrez, Héctor. *Inadaptable Revueltas*, en Negrín, E. Nocturno.

* Millon, Robert Paul. *Mexican Marxist Vicente Lombardo Toledano* The University of North Carolina Press – Chapel Hill, 1966 (Existe una traducción al español de Jesús Lozoya editada por la Universidad Obrera de México Vicente Lombardo Toledano, con el título de *Lombardo, Biografía intelectual de un marxista mexicano*, 2a edición, 1976)

* Monsiváis, Carlos. *La izquierda mexicana: lo uno y lo diverso*, Fractal n° 5, abril-junio, 1997, año 2, volumen II.

* Negrín, Edith (selección y prólogo). *Nocturno en que todo se oye. José Revueltas ante la crítica*. Ed. Era, México, 1999.

* Poniatowska, Elena. *El Ángel Rebelde*, en Negrín, E. Nocturno..."

* Quintanilla, Lourdes. *Lombardismo y sindicatos en América Latina*, México, Fontamara, 1982.

* Revueltas, José. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Editorial Era, Obras completas, t. 17, México, 1980 (Ed. original, Liga Leninista Espartaco, México 1962)

* Revueltas, José. *México: una democracia bárbara*, Era, Obras completas, t. 16, México, 1983 (Ed. Original, Ediciones Anteo, 1958)

* Santamaría Gómez, Arturo. *El Viaje de la Izquierda Mexicana en Cuarenta años*, en *Del fin del milagro al fin del milenio*.

Homenaje a José Luis Ceceña Gámez. Carlos Maya Ambía (coordinador). Plaza y Valdés Ed. México, 2000.

* Spenser, Daniela. *Vicente Lombardo Toledano envuelto en antagonismos internacionales*. Revista IZQUIERDAS, Año 3, Número 4, Año 2009

* Tavira Urióstegui, Martín. *Vicente Lombardo Toledano. Rasgos de su lucha proletaria*. Partido Popular Socialista. Publicaciones Mexicanas, México, 1990.

* Tavira Urióstegui, Martín. *Vicente Lombardo Toledano. Acción y Pensamiento*. FCE, México, 1999.

* Zaragoza Carbajal, Máximo. *Vicente Lombardo Toledano: his role in the socio political evolution of Mexico since the 1920's*. Tesis doctoral. Saint Louis University, 1971.

* Carballo, Emmanuel et al. *Revueltas en la mira*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1984.

* Carr, Barry. *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. Ediciones Era (Colección Problemas de México), México, 1996.

* Fernández Christlieb, Paulina. *El espartaquismo en México*. Editorial El Caballito, México, 1978.

* Fuentes Morúa, Jorge. *José Revueltas una biografía intelectual*. Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, México, 2001.

* Martínez Verdugo, Arnoldo. *Partido Comunista Mexicano. Trayectoria y Perspectivas. Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista Mexicano celebrado del 9 al 14 de diciembre de 1970*. Fondo de Cultura Popular, México, 1971.

* Ponce, Aníbal. *Humanismo burgués y humanismo proletario*. Prólogo de Juan Marinello. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1962.

* Revueltas, Andrea. *Aproximaciones a la obra teórico-política de José Revueltas en Carballo, Emmanuel et al. Revueltas en la mira*. Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1984.

* Revueltas, José. *Obras Completas, tomos 12, 13, 14, 15, 18, 19, 20*, Ediciones Era, varias fechas, México.

* *Los motivos de Caín*. Edición F. de C.P.A.C. México, 1957.

* *México, una democracia bárbara*. Ediciones Anteo, México, 1958.

* *Los errores*. Fondo de Cultura Económica (letras mexicanas, 78), México, 1964.

* *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*. Edición de la Liga Leninista Espartaco, México, 1962.

* *Dormir en tierra*. Universidad Veracruzana, Xalapa, Méxwico, 1960.

* Rodríguez Araujo, Octavio. *Las izquierdas en México*. Grupo Editor Orfila Valentini, primera edición, México, 2015.

* Sheldon, Helia A. *Mito y desmitificación en dos novelas José Revueltas*. Editorial Oasis, México, 1985.

* Bartra, Armando, *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión*, Itaca, México, 2010.

* Bartra, Armando, *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la Gran Crisis*, Itaca, UAM-X, UACM, México, 2014.

* Benjamín, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Itaca, UACM, México, 2008.

* Horkheimer, Max. *Estado autoritario*, Itaca, México, 2006.

* Malraux, André. *La condición humana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1970.

* Revueltas, José. *Enseñanzas de una derrota*, en *Revolución* 4, julio 1961, Morelia

* *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Editorial Logos, México, 1962.

* *Los días terrenales*, ERA, México, 1973.

* *El luto humano*, SEP, México, 1985

* *México 68: juventud y revolución*, ERA, México., 2008.

* Sánchez Vázquez, Adolfo. *El valor del socialismo*. Itaca, México, 2000.

* Sartre, Jean-Paul. *El fin de la esperanza*, en Problemas del marxismo, Losada Buenos Aires, 1965.

* Sin, Lu. *Prefacio a Grito de llamada*, en *Novelas escogidas de Lu Sin*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1972.

* Thompson, E. P. *Opción cero*. Editorial Grijalbo, Barcelona, 1983.

HUMBERTO MUSACCHIO

Nació en Ciudad Obregón, Sonora. Hizo estudios de Economía en la UNAM. Ejerce el periodismo desde 1969 y ha escrito para los principales diarios de la Ciudad de México. Es autor de libros los de crónicas: *Hojas del tiempo* y *Urbe fugitiva*; de una *Historia gráfica del periodismo mexicano*, de la *Historia del periodismo cultural en México* y de *Quién es quién en la política mexicana*, entre otras obras. Hizo la selección y prólogo de la antología *Alfonso Reyes y el periodismo*.

Actualmente escribe en el diario *Excélsior*, en los semanarios *Siempre!* y *emeequis*. Conduce en Radio Red el programa “La República de las Letras”.

FABRIZIO MEJÍA MADRID

Nacido en el emblemático 1968. Escritor y ensayista mexicano, es un colaborador habitual de revistas como *Proceso*, *Letras Libres* o *Gatopardo* y ha sido ganador de premios como el Xavier Villaurrutia o el Antonin Artaud.

Autor de la novela-crónica *Hombre al agua*, que ganó el premio Antonin Artaud. Su novela más reciente es *El rencor* (como la anterior, publicada por Joaquín Mortiz). Sus escritos han sido incluidos en antologías como *Nuevas voces de la narrativa mexicana* y *The Mexico City reader*. Otros de sus obras son: *Viaje alrededor de mi padre*, *Pequeños actos de desobediencia* y *Entre las sábanas*. Sus más recientes publicaciones son *Vida digital*, *Nación TV* y *42 m2*.

SAÚL ESCOBAR TOLEDO

Licenciado en Economía (UNAM). Fue Diputado Federal y Subsecretario de Trabajo y Previsión Social del Gobierno del Distrito Federal. Fue Secretario de Relaciones Internacionales del PRD y actualmente profesor de la Dirección de Estudios Históricos del INAH.

FRANCISCO GONZÁLEZ GÓMEZ

Arquitecto, militante de izquierda, profesor universitario, colaborador en áreas técnicas de los gobiernos democráticos de la Ciudad de México.

Ha sido coautor de *La historia de México* que funcionó como libro de texto en el origen de los Colegios de Ciencias y Humanidades.

ARMANDO BARTRA

Director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya. Profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco. Autor de los libros *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria* (2003); *Guerrero bronco: campesinos, ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande* (2000); *Crónicas del sur: utopías campesinas en Guerrero* (2000); *El México bárbaro: plantaciones y monterías del sureste durante el porfiriato* (1996), entre otros.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de marzo del año 2017.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.